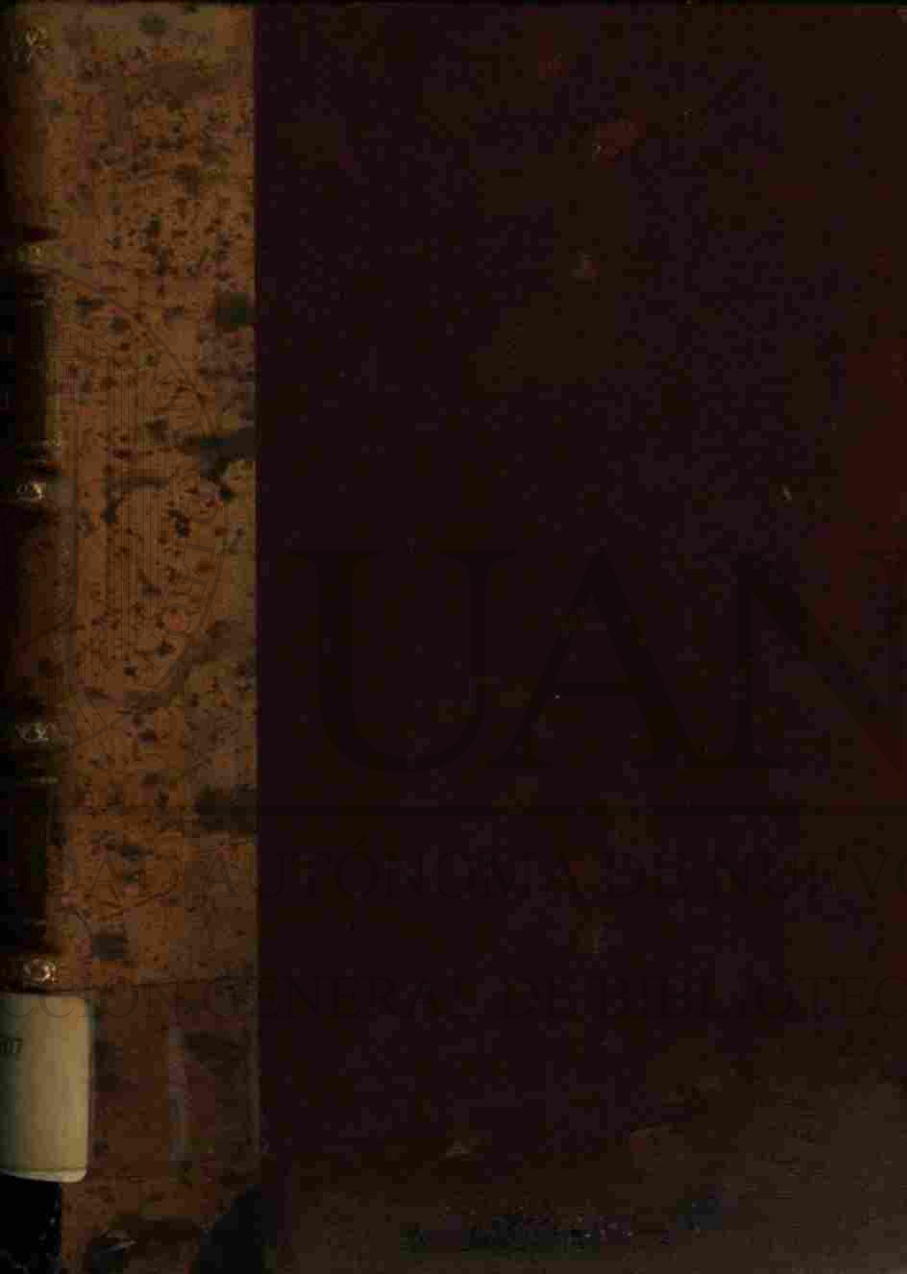




JOAQUIN
DICENTA

TINTA
NEGRA

RAUD
PQ6607
.I3
T5



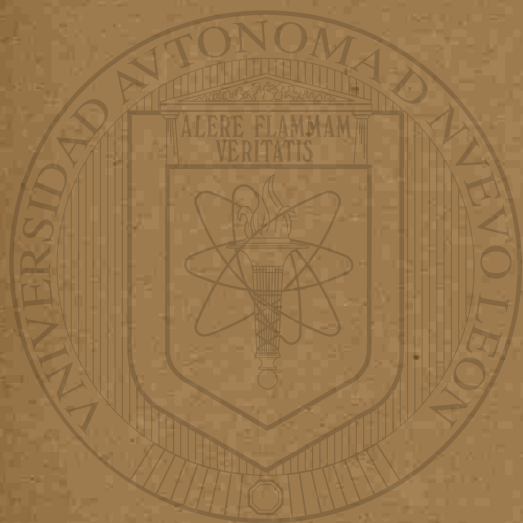
1020027635



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TINTA NEGRA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Adq.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificación

Reservados

868.5

05466

33325

-8- (R)



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

JOAQUÍN DICENTA

TINTA NEGRA

DIBUJOS DE T. MUÑOZ LUCENA Y A. PONS



MADRID

Librería de Fernando F.é.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1892

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



098562

33325

863 PQ 6607
II 3
T 5

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Spoliarium (cuadros sociales).

El suicidio de Werther.—Drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley.—Drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables.—Drama en tres actos y en verso.

Honra y vida.—Leyenda dramática en un acto y en verso.

EN PREPARACIÓN

Encarnación (novela).

Juan José (novela).

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DEDICATORIA

"Ayer tuve la honra de ser presentado á usted por X., y hoy me apresuro á escribirle con objeto de que me remita, dedicadas, las obras que usted ha escrito, y por las cuales siento admiración profunda, como lo pruebo al solicitar de usted este favor señaladísimo."

"Gracias anticipadas, y... ahí van las diez pesetas importe de los ejemplares," creí yo que diría Juan Pérez (así se firmaba el autor de la epístola); pero nada de esto; no ya las diez pesetas, ni mención de ellas venía en el escrito de aquel amigo improvisado.

Juan Pérez necesitaba leerme gratis y con autógrafo; cosa muy justa, porque, al fin y á la postre, el sujeto había cambiado conmigo un apretón de manos, dándome al paso las señas de su domicilio, circunstancias sobradas para que en esta tierra, eminentemente burguesa y rutinaria, donde sólo se consideran profesiones y medios de vivir los garantidos por un título oficial ó por un establecimiento con puertas á la calle, se atreva cualquier ciudadano á reclamar, de quien vive y se alimenta de su pluma, el fruto de sus esfuerzos y vigiliat, en clase de regalo y casi casi como haciéndole un gran favor.

Francamente, yo agradecí la honra que me dispensaba admirador tan fervoroso, y en vez de coger mis libros y mandárselos, de acuerdo con sus pretensiones, cogí la pluma y le escribí la siguiente carta, que copió y traslado á las páginas de este libro para satisfacción de todos los seres incógnitos que se ocupan en pedir dedicatorias y en proteger, sin detrimento de su bolsillo, las Bellas Artes y la impresa literaria.

Dice así la carta:

“Apreciable Mecenas y Pérez: ¿Cómo he podido yo merecer la ventura impensada de que usted me escriba, reclamando mis

libros para formar parte de su biblioteca económica?—Digo económica, porque, á juzgar por las señas, no debe haberle costado muy cara.—¿Qué hizo este humilde emborronador de cuartillas para que Juan Pérez, nada menos que don Juan Pérez, se acuerde de él y pretenda aumentar el número de sus lectores?

“Dígame á usted, generoso amigo, que semejantes mercedes me aturden, á tal extremo, que no sé cómo contestarle y cómo recordarle una cosa que seguramente se le quedó en el tintero, más por ignorancia que por propósito firme y decidido.

“Pide usted mis libros, dedicados y á título gracioso; yo se los remitiría inmediatamente, pero de hacerlo, perdería una peseta por tomo, y aunque esta cantidad no merece la pena de mentarse, conviene señalarla, añadiendo á la vez que yo vivo de mi dinero, y no de la amistad de usted, que, por otra parte, vale mucho.

“Aunque usted no lo crea, joven y aprovechado Pérez, yo vivo de mis libros y de mis artículos, no tan bien como usted, que lo hará con el sueldo que le proporcione algún tío suyo en un Ministerio cualquiera, pero vivo, y como, y visto, y hasta me permito cenar en Fornos de cuando en cuando.

„Para esto emborrono cuartillas y se las llevo luego á un editor, que me las publica en forma de pliegos impresos, previo el pago de papel, impresión y tirada; en seguida pongo el libro á la venta, y con sus productos voy pasando esta vida de desventuras.

„Ahora bien, estimado favorecedor: si después de lo mal que anda esto de la venta de libros, se les ocurre á todos los Pérez que hay en España pedirme los míos, como usted lo hace, es indudable que moriré ayuno, á no ser que usted me remita, á cambio de la dedicatoria que reclama, una panacea hábil para prescindir del estómago.

„Fíjese bien en el argumento, Pérez de mi alma. Exigir gratis un libro suyo al autor que vive de venderlos, es una inconveniencia. ¿Le parecería á usted bien que yo, inmediatamente de presentado á un sastre, le dijera: „Agradeceré á usted mucho que me dedique un traje de levita para mi uso particular? „¿Qué diría el sastre? Pues, sobre poco más ó menos, lo que sigue:

„El que quiera trajes, que los pague.

„Y si el sastre me diría á mi esto, ¿por qué no he de decirselo á usted yo, que vivo de mis cuartillas como vive el sastre de sus telas?

„Nada, amigo Pérez, que no le mando á usted los libros, aunque la negativa me cueste un pedazo del alma, órgano ó lo que sea, que, con valer mucho, no halla quien lo tome á cambio de un pedazo de pan.

„Bueno que todo el mundo tenga derecho á hacerme escribir en un álbum poesías que le sirven para conquistar los favores de alguna belleza; bueno que en reuniones y comidas esté uno obligado á vomitar versos para distraer la digestión de cuatro gastrónomos y á cubrir con el ritmo de la redondilla ó de las octavas reales el cuchicheo melifluido de media docena de novios; bueno es eso, y por ello paso, pero no más, aunque usted se enfade y no me salude en todos los días de su vida.

„Si quiere usted libros, pásese por las librerías, donde, previo el pago correspondiente, tendrá todos y cuantos le vinieren en gana; y si quiere usted dedicatorias, considere como dedicado este artículo y léaselo á todos los Pérez que conozca, con lo cual ganarán mucho, no yo, que de puro desconocido estoy casi libre de peticiones, sino otros autores afamados, á los cuales les sale á cada hora un Pérez ansioso de favorecerlos y de hacer la propaganda de sus obras.

„Consérvese usted bueno y disponga de

mi para todo, menos para llevarse gratis lo
que á mi me cuesta algún dinero, bastante
trabajo é infinitos disgustos."

Suyo afectísimo seguro servidor

Q. B. S. M.,

JOAQUÍN DICENTA



DE VUELTA

SEIS meses de separación!... Cuando la contemplé de nuevo desde una ventanilla del tren, sentí vehementes impulsos de abrazarla; pero no pude: es demasiado corpulenta para ceñida por los brazos de un hombre. Esta circunstancia la favorece; á ser posible abarcarla con los brazos, yo mismo, que la profeso un amor tan grande, la hubiera ahogado muchas veces entre los míos. Porque es pérfida y cruel, como

buen cortezana, la hermosa ciudad que se levantaba enfrente de mis ojos, envuelta por las brumas del amanecer y desperezándose con un rumor confuso y múltiple, como si la hubiese despertado de pronto el áspero resoplido de la locomotora que corría a su encuentro patinando sobre los rieles.

Era Madrid, que dibujaba en el fondo azul del horizonte su contorno irregular, sus torres escueltas, sus altas fachadas, sus tejados rojizos, su organismo entero, á través del cual circula para darle vida, como circula la sangre por las arterias para dar vida al cuerpo humano, una corriente impetuosa de sentimientos varios, de ideas encontradas, de aspiraciones infinitas que se atropellan y combaten, destruyéndose las unas á las otras, pero engrandeciéndose y sublimando á la populosa ciudad, prestándole atractivos fascinadores y encantos que no posee ninguna otra población de España.

Yo sentí, al mirarla, algo muy semejante á lo que siente el proscrito cuando regresa á la patria querida. ¡Bendita seas—grité por lo bajo—y así yo me condene si vuelvo á separarme de tí!

Libreme Dios de murmurar de las provincias. Ni tengo motivo para hacerlo, ni ellas lo merecen. Al contrario, me complaz-

co en elogiar su vida pacífica, el reposo y la tranquilidad que en ellas se disfruta, y lo fácil que resulta en ellas, ciniendo las aspiraciones propias, aspiraciones que yo llamaría municipales, al límite de su demarcación, obtener fama, renombre y hasta patente de sabio y personaje de campanillas.

Confieso también que Madrid es más inmoral y más inaccesible; que dentro de su atmósfera, caldeada por el batallar continuo de los sistemas más opuestos y de los egoísmos más tenaces, la existencia es dura, violenta, trabajosa, el combate mortal, la victoria inestable y el hundimiento rápido; sé también que la salud del cuerpo y el sosiego del alma se logran en cualquier parte mejor que en Madrid; sé todo eso, y, no obstante, declaro que fuera de Madrid me asfixio, como se asfixian los peces fuera de su elemento respirable; lo cual no quiere decir que yo viva en la corte como el pez en el agua. Al revés, estoy en seco la mayor parte de las veces.

En Madrid es preciso combatir cuerpo á cuerpo, y apenas si le queda á uno tiempo para restañar la sangre que brota por las heridas que recibe. Madrid es un usurero sin entrañas que nos presta una dicha á cambio de cien amarguras; pero yo me siento atraído por ella, como el vicioso por la espléndi-

da carne de la cortesana, que lo martiriza y lo destruye.

Habladle á ese hombre de las venturas del hogar, de la plácida calma que puede ofrecerle una mujer sencilla, modesta, algo chismosa, pero buena, complaciente y humilde, que le dará hijos y le repasará la ropa, y le servirá una tacita de caldo cuando esté enfermo; habladle de los placeres segados de la familia, y os enviaré enhoramala, diciendo:

—No me habléis de las delicias conyugales y de los idilios caseros, porque ni los entiendo, ni los apetezco, ni me satisfacen. Yo necesito de esta mujer despiadada y ardiente que me desespera, que me engaña, que me tiende los brazos, y cuando voy á arrojarme en ellos se aparta de mí con desdén. Es cruel, despótica, impura; su amor abraza mi sangre, me mata, me aniquila, me envejece; pero uno solo de los goces por ella á mí proporcionados, una de sus caricias brutales, vale más que la ventura tirada á cordel de que se disfruta en el hogar doméstico.

Pues bien; yo siento por Madrid algo muy parecido á lo que siente el vicioso por la mujer á cuyo lado agoniza consumido por la pasión, por el deleite, por el despecho, por la impotencia de rendirla y por la in-

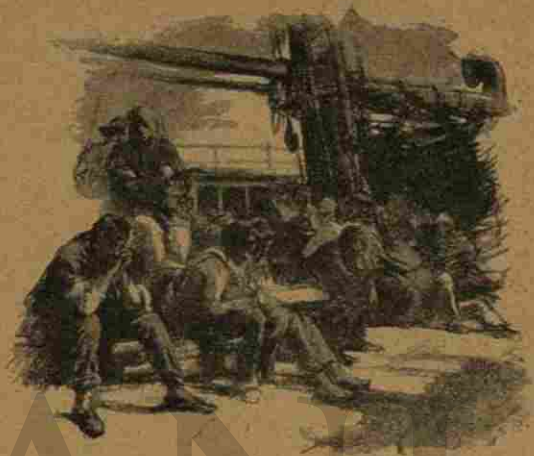
seguridad de conservarla; yo la amo tal como es, con sus desdenes, con sus caprichos, con sus locuras, con sus mezquindades y con sus grandezas. Vayan al diablo los días uniformes, monótonos, invariables y soñolientos propios á la existencia de las capitales de provincia; prefiero esta lucha constante y este bregar sin tregua, y vuelvo á Madrid, buscando los amores de la cortesana, ganoso de arrojarme en sus brazos, aunque debas salir de ellos estrujado, inservible, mientras ella sigue en pie brindando placeres y amarguras en esta bacanal eterna donde palpitan todas las sensaciones de la materia y relampaguean todas las energías del pensamiento.



RAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



LOS BLANQUEROS

EN el centro del muelle, columpiado voluptuosamente por las olas, alzabase el *Bolivia*, ostentando en la parte superior de su casco, las redondas bocas de los camarotes, cuyos cristales, heridos por el sol, despedían rayos de luz que transformaban la gigantesca mole en monstruo marino de múltiples y potentes ojos, útiles para escu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

drñar en todos sentidos la inmensidad inquieta y verdosa de los mares.

Arriba, en la cubierta, despedía torrentes de humo y gritos roncós la chimenea de la máquina, pintada de negro; enroscábase con áspero y salvaje chirrido la cadena del ancla, siguiendo los impulsos de la maniobra; pasaban los marineros de un extremo á otro, guiados por el pito del contramaestre; crujía, como si la sacudiera por la base la mano de un titán, la fuerte arboladura cruzada de palos, de cuerdas y de nudos; ondeaba á popa la bandera inglesa y, mientras el capitán, vigilándolo todo desde el puente, dirigía su anteojo hacia los últimos límites del horizonte, un marinero, apoyado sobre la rueda del timón, levantaba al espacio su rostro curtido por el viento y endurecido por la borrasca.

El barco iba á partir. Encaminaba su rumbo hacia la América del Sur. Los pasajeros, apiñados contra las bordas, enviaban una mirada repleta de amargura al sol poniente, que, resbalando por el cielo azul de Valencia, lo tenía, antes de ocultarse entre las rocas, de matices violáceos, de cambiantes color de rosa, de tonos encendidos que al descomponerse sobre las nubes, construían grotescas é inconcebibles figuras, por entre las cuales avanzaban trabajosa-

mente las brumas grises del crepúsculo.

Los pasajeros, á quienes yo contemplaba desde una lancha próxima, despertaron en mi ánimo dolorosa impresión. Eran muchos, y bastaba mirarlos para comprender que ellos constituían el *flete* principal del buque.

Aquella multitud de hombres y mujeres amontonados en la cubierta sin distinción de sexos, harapientos, rotos, con los cabellos en desorden, el rostro pálido y el cuerpo enflaquecido, no eran un pasaje, sino un montón anónimo que el vapor se aprestaba á conducir en busca de los climas mortíferos de la América meridional, más que como á seres humanos, como á esas manadas de carneros que se confían á los barcos de transporte, y mejor que acondicionar, acunán en la bodega y el entrepuente los armadores que se dedican al comercio de cabotaje.

Con ansias de mercader avaro mirábalos el contratista, que hacía veces de ganadero en tan cruel tráfico, y con odio y temor á un tiempo le miraban á él los pobres y desventurados emigrantes.

La muchedumbre, embarcada en la cubierta del *Bolivia*, representaba una mercancía; y así como éstas llevan sobre sus envolturas señales indicadoras del sitio de procedencia, aquéllos infelices ostentaban

sobre sus cuerpos una marca de fábrica, la miseria, común á todos y repartida entre ellos con triste y repugnante uniformidad.

Reclutados en diversos puntos de Italia y España, iban á América para fertilizar y enriquecer con el esfuerzo de sus brazos lugares desiertos, montes pedregosos, llanuras abandonadas y salvajes; é iban á merced de un contratista, vendidos á él y explotados por él, que teniendo en la reducción de gastos de viaje su más pingüe ganancia, procuraba alojarlos mal y mantenerlos peor, sin dársele nada ni de su vida, ni de sus privaciones, ni del horrible porvenir que les aguardaba cuando desembarcasen en país extranjero.

¿Cómo iba á fijarse en semejantes cosas aquel hombrecillo, si después de todo su lujo y sus comodidades estaban amasados con las desventuras y con los sufrimientos de la multitud agrupada contra las bordas del vapor!

¿Qué diferencia, me dije yo al pensar en esto, hay entre los contratistas de emigrantes que ahora se estilan y los negreros que se estilaban hace cuarenta años?

Ninguna. Carne de negros ó carne de blancos, el comercio es igual y la trata idéntica.

El negrero se valía de la ignorancia de

los negros, los compraba á cambio de unas cuentas de vidrio ó de unos lienzos pintarrajeados, y hacía embarcar el *ebano vivo* con destino á nuestras posesiones de América, para que, convertido en esclavo, nutriese con las energías de su organismo la ambición de nuestros criollos.

El blanquero (permítaseme el neologismo) utiliza la miseria del blanco, lo compra en trueque de algunas monedas, lo embarca en el entrepuente de un vapor, y allá va el esclavo europeo á satisfacer con la sangre de sus venas y con el trabajo de sus músculos los apetitos de engrandecimiento y el ansia de oro que dominan á los especuladores de las modernas repúblicas americanas.

¿Que hoy se hallan libres los hombres para aceptar ó desechar la venta de que son objeto?... Esta frase, tan repetida, es perfectamente inexacta. ¿Disponía antes un cacique á su antojo de la voluntad del negro? Hoy el hambre se transforma en cacique y dispone á su antojo de la voluntad del blanco. Varía la causa, el efecto subsiste, y la desgracia de los seres humanos sujetos á tan bárbara especulación, continúa.

Negreros y blanqueros viven de comerciar con el hombre; mejor que otra clase, es la segunda una derivación inmediata de la

primera. Peor aún, porque se ampara de la ley y trafica sin riesgo.

Así pensaba yo en presencia de los infelices pasajeros á quienes la miseria patria y el desamparo ó la ineptitud de sus gobiernos arrojaban sobre la cubierta del vapor inglés. Así pensaba yo contemplando con pena aquellas figuras oscilantes, de enérgicas facciones, de ojos inquietos, de cutis pálido y enfermizo, que, volviendo sus rostros contraídos hacia el muelle, maldecían en silencio de su abandono y se disponían á partir con la blasfemia entre los dientes y la desesperación en el alma.

De tales imágenes harapientas y sombrías destacábase una que llamó singularmente mi atención. Era una muchacha rubia y hermosa que brillaba entre sus otros compañeros como brilla un rayo de luz en las tinieblas.

En su pálido y juvenil semblante, donde palpitaban todos los encantos de la inocencia y todos los destellos de la esperanza, lucía una sonrisa melancólica, mientras sus ojos azules se posaban con íntima ternura en un anciano de cabellera gris, que con los brazos cruzados sobre el pecho miraba al cielo en ademán de desaffo.

Ella era hermosa como una virgen de Murrillo; él, siniestro como una creación del Gre-

co, y los dos contemplaban asombrados los harapos en que se envolvían, como si éstos fueran una sorpresa cruel del Destino, que aún no acertaban á explicarse.

¿Quiénes eran? ¿Qué representaban, en medio de la multitud confusa formada por los emigrantes, aquella niña y aquel anciano? ¿Un sarcasmo de la suerte? ¿Una miseria mayor que las otras?

No lo sé; no tuve tiempo de saberlo tampoco. La máquina lanzó un resoplido formidable; el buque hizo un movimiento de avance; su robusta mole se balanceó á un lado y á

otro; el blanquero, asomándose á la barandilla de popa, dirigió un saludo de despedida á alguien que le miraba desde el muelle; el contramaestre dió la orden de marcha, el timonel hizo girar la rueda pausadamente; de entre los emigrantes se escapó un grito que lo mismo podía ser un adiós que



boca de su amante un beso frenético, inabarcable, codicioso, síntesis muda de la pasión inmensa y de la desventura infinita que dominan y afligen á aquella cortesana, ennoblecida por el martirio.

Al repercutir en la sala el estallido seco del beso, inicióse en el público un rumor sordo y casi unánime, un eco extraño que no era señal de aprobación, ni mucho menos síntoma de protesta; algo así como si la enfracada y correcta multitud que llenaba el recinto se avergonzase de ver traducidas fielmente en presencia suya las santas expansiones de un afecto, donde no había ni podía haber entonces deseos carnales de ninguna especie.

Nunca he podido explicarme yo los repulgos estúpidos que se apoderan de nuestro público cuando autores y actores pintan ó interpretan delante de él las más elevadas expresiones del arte, traducidas porque así lo exigen el momento dramático, la acción de la obra ó el carácter de los personajes—en apasionados ademanes, en frases enérgicas ó en actos tan vehementes como precisos. ¿Es que el artista falta á sus deberes si, á impulsos de la inspiración, y tomando ejemplo en la realidad, refleja los afectos humanos en todo lo que ellos tienen de sublime y de grande, y

busca, para representarlos con acierto, la palabra más adecuada, el gesto más hábil y la actitud más propia? ¿Es que el arte debe contenerse en tan estrechos límites, que constituyan un rebasamiento de los mismos aquellas manifestaciones externas que, arrancando de la naturaleza, tienden á embellecerla, ocultando cuanto en ella existe de repugnante, y no á achicarla, desvaneciéndolo que en ella palpita de grandioso?

¿Es tan mezquino, tan menudo, tan pobre el concepto que nuestro público tiene del arte? ¿Sí? Pues en este caso, que se suprima de real orden; porque si el arte no puede ser una meretriz impura y desecada, tampoco puede ser un hipócrita cobarde y anémico.

Sujeto á tales trabas, ¿cómo podría existir, y mucho menos progresar? ¿Cómo iba el pintor á reflejar bellezas de la carne, si no pudiera recurrir al desnudo? ¿De qué medios se valdría el escultor para producir una estatua bella, si se le privara del dominio absoluto y exclusivo de la forma? ¿De qué recursos el poeta para condenar vicios y traducir pasiones, si se le vedase describirlas con exactitud y expresarlas con realidad y con franqueza? ¿De qué actitudes el actor para interpretar los afectos que á él se encomiendan y confían, si le privaran de

aquellas propias, convenientes y necesarias á su fin?

Pretender esto sería tanto como pretender el agotamiento del arte, cosa imposi-



ble; tan imposible como que el pintor no utilice colores y colores de su paleta para producir sobre un cuerpo desnudo todos los tentadores matices de la carne, y el escul-

tor líneas y formas enérgicas para sus estatuas, y el músico notas vibrantes para sus armonías, y el poeta frases é imágenes reales para sus asuntos, y el actor ó la actriz ademanes y actitudes propias al carácter del personaje que en ellos encarna. Esto no es posible, lo repito; y por no serlo, no lo era tampoco que Margarita Gautier, al despedirse de Armando, le besara en la frente ó en la punta de la nariz. Aquella mujer no puede besar á su amante más que en la boca; eso hizo la Dusse, é hizo bien.

—Tiene usted razón, me decía una señora á quien yo hablaba del asunto, sobre poco más ó menos en la misma forma que lo hago aquí.—Tiene usted razón; pero no debe usted negarme que ciertas cosas, agradables cuando se leen en una novela, producen muy mal efecto en el teatro.

¡Oh santa pudibundez de las masas que se llaman cultas, y hasta pretenden serlo! ¡Cuidado si indica moralidad y honestas costumbres asustarse de los besos que da á su amante una mujer enamorada! ¡Lástima que estas honradeces colectivas se guarden para aquellas manifestaciones artísticas que no significan desaprensión ni escándalo!

El mismo público que se subleva contra el beso absolutamente espiritual que da Margarita Gautier á Armando, asiste á diario

y sin protesta á teatrillos por horas, donde, si no hay literatura, ni arte, ni ejemplos de buenas costumbres, hay en cambio tangos coreados y chistes capaces de ruborizar á la propia Cibeles de Recoletos.

En presencia de estos espectáculos nadie se indigna, nadie se ofende, nadie se sonroja. Ciertó es que á lo mejor aparece en el escenario un grupo de mujeres desnudas, ó poco menos, de entre las cuales se destaca otra más desnuda aún (por algo es la primera triple) que baila, entre los acordes de una música sensual y rufianesca, un *tango*, durante el cual se mueven sus caderas con lascivo y desapoderado movimiento, y se alza su seno como si lo agitara el fuego de deleites livianos, y sonríe su boca con descaro, y resplandecen sus ojos expresando afectos nada sentimentales; cierto es asimismo que casi todas las noches salen de boca de los mal llamados personajes, frases incultas y adjetivos groseros; cierto es igualmente que muchos actores de los tales teatros indican sus pasiones con actitudes nada decorosas y un si es no es tabernarias; pero ¡qué demonio! todo eso entretiene y no hiere la moralidad convencional de los pudibundos que ahoran se estilan.

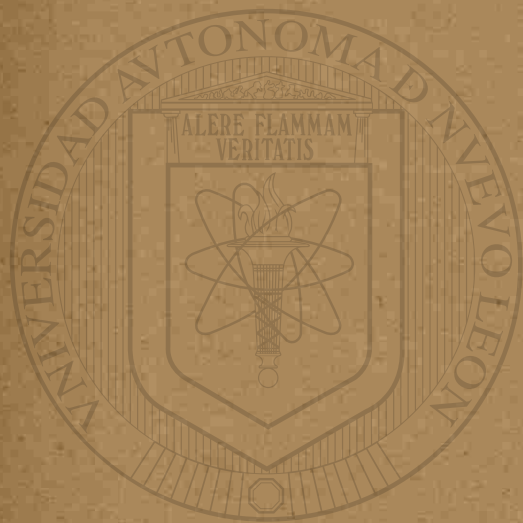
Lo horrible, lo que no puede tolerarse sin

rumores que dejen á salvo la honradez colectiva del público madrileño, es que una actriz, encarnando fielmente en el personaje que representa, viendo que con su amante van á alejarse para siempre todas sus dichas, todas sus esperanzas y todas sus venturas, se acerque á él, combatida por el dolor, convulsa, trémula, desesperada, loca de pasión y de angustia, y rodeándole con sus brazos, ciñéndose á su cuerpo, mirándose en sus ojos y disponiéndose al sacrificio, imprima en sus labios un beso largo, febril, infinito, detrás del cual se escapan su presente, su porvenir, su vida entera.

He aquí lo que sorprende y extraña á los pudibundos en corporación que constituyen la mayor parte de nuestro público; he aquí la idea que ellos tienen del arte y de la cultura teatral. ¡Son muy honestos los pobrecitos!

Por eso han aplaudido á rabiar *La Mascota*.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS BOHEMIOS



La muerte de Champfleury, el escritor culto, el ilustre bohemio francés, el compañero inseparable de Enrique Murger, ha traído á mi memoria la imagen de los bohemios españoles, mejor dicho, de algunos individuos que se llaman bohemios en España, dándoselas de genios desconocidos, sin comprender que no pasan de ser unos infelices con el pelo muy largo y los pantalones muy cortos, á quienes yo respeto y estimo, no por su talento, por su inocencia paradisiaca y por su vanidad infantil.

Han leído los tales sujetos en libros y periódicos que el artista es un ser excepcional, caprichoso, extravagante y alocado;

que, mal avenido con los procedimientos de uso y costumbre entre las personas que se llaman sensatas y respetables, gasta alegremente la vida sin dársele un comino del porvenir; han escuchado en los cafés, en los círculos, en todas partes, que muchos hombres de inteligencia poderosa, de facultades extraordinarias, de ingenio exuberante, sufrieron antes del llegar á la meta de sus ambiciones el hambre, la miseria, el desdén y el olvido; y, fundándose en lo que se dice de éstos, creen aquéllos que el toque de la bohemia está en pasearse por calles y plazas con la cara sucia, la camisa rota y mugrienta, las uñas largas y los dedos de los pies asomando como cabezas de galápagos por el caparazón deslustrado de unas botas vírgenes de tacón y no muy abundantes en suela.

Yo he conocido y conozco á varios de estos infelices que, imbuídos por tan equivocada como perjudicial idea, y no obstante poseer condiciones útiles para conseguir renombre y fama de artistas en lo futuro, se consumen y agostan entre la pública indiferencia, sin rebasar el límite donde se agita el montón anónimo de las nulidades.

Todos ellos son jóvenes; cual más, cual menos, ha sentido esa ráfaga de inspiración que es al artista lo que la aurora al

cielo: el anuncio vago de un sol que así puede deslumbrar con sus rayos, como perderse entre un círculo de nubes oscuras que maten y desvanezcan sus resplandores. Un boceto donde el color y la valentía de los tonos revelen el instinto del pincel; una masa de barro que atraiga por la franqueza de sus líneas á medio modelar; unos cuantos versos sonoros y vibrantes; ocho ó diez notas gallardamente armonizadas; el primer arranque de la juventud y del pensamiento que se exteriorizan manifestándose aptos para emprender la lucha por la gloria, provocan siempre el aplauso ajeno; aplauso que no representa un tributo de admiración, sino un testimonio de simpatía.

Pues bien: este aplauso, que es la señal para emprender el combate, tómanlo ellos por signo evidente del triunfo, y creyéndolo así, renuncian al trabajo de su cerebro y al desarrollo de su inteligencia; olvidan que las luchas del arte requieren ser continuas para ser fecundas; se proclaman genios ante un inocente conclave de amigos, y en calidad de tales se burlan de esos esfuerzos lentos y gloriosos que traen aparejada la victoria; ellos los califican de humillaciones; y abandonando la paleta, el cincel, la pluma, el instrumento músico, sus armas de combate, en fin, se cruzan de brazos y se

mueren de hambre, maldiciendo del mundo que ha cometido la injusticia de no elevarles una estatua al tener conocimiento de su primera producción.

¿Qué hacen después? El procedimiento resulta sencillo, tan sencillo como horrible. Dejar que sus cabellos y sus uñas marchen en proporción inversa de su traje y de su calzado; huir el trato de los que apellidan burgueses porque se ponen camisa limpia; emprestar dinero en vez de ganarlo, y correr á consumir el fruto miserable de su pordioseo y de su abyección en alguna taberna, donde respiran una atmósfera infecta y pegajosa que mata sus pulmones, y beben un aguardiente que agota su cerebro; abrasarse el cuerpo y embrutecerse el alma, teniendo por compañeras de sus orgías y por surtidoras de sus goces á cuatro infelices mujeres que inspiran más lástima que pasión y más vergüenza que apetito.

Eso es lo que hacen, y así transcurre su vida hasta que, despreciados ó desconocidos por todo el mundo, desaparecen de la tierra sin dejar un recuerdo, un nombre, una fama que les aseguren el respeto y la admiración de las generaciones que les suceden. Gracias si consiguen que algún mentecato exclame al día siguiente de su muerte: "¡Pobre Fulano!, Era un bohemio."

¡Un bohemio! Puede; pero no un bohemio del arte.

La bohemia del arte es muy distinta. Soportar la miseria, pero soportarla, no como á un compañero, como á un enemigo á quien es necesario vencer á todo trance en lid honrosa y noble; protestar contra la indiferencia y contra la envidia, pero protestar por medio del trabajo, del esfuerzo continuo, del asedio tenaz y de la producción sin tregua; dirigir los ojos á la cumbre, contemplarla con la alegría de la esperanza é ir á su encuentro paso á paso sin humillaciones, si, pero también sin orgullos necios y sin retraimientos estériles. Sufrir, luchar, vencer, tales son los deberes del artista; amén de cortarse el pelo y lavarse la cara y mudarse de ropa lo más á menudo posible.

Cuando se hace esto, ¡qué espléndida y qué encantadora bohemia se puede disfrutar!

El trabajo supone recompensa, recompensa tangible y cotizable, que crece en proporción de los esfuerzos hechos. Esta recompensa es de dos clases: un número más ó menos cuantioso de monedas y un nombre que atrae sobre él y sobre quien lo usa la atención de los hombres y las simpatías de las mujeres.

Con tales elementos tiene que ser deliciosa la vida.

Con el oro y con el renombre pueden proporcionarse al cuerpo y al alma aquellos goces de que ambos necesitan. Puede el artista, que es sensual y caprichoso por naturaleza, deleitarse en orgías, pero en orgías que tengan por marco un salón elegante, una atmósfera limpia, un recinto profusamente iluminado, donde chispeen el ingenio y la cultura entre los dorados matices del Jerez y el espumoso burbujeo del *champagne*; puede querer y puede ser querido, no por esas mujeres que ruedan al azar sin saber adónde é ignorando por qué, sino por una mujer hermosa, bien vestida, sacerdotisa del amor, no sacerdotisa del vicio, que, aguardando al artista en el poético espacio de su gabinete, se dirija hacia él y exclame al estrecharle contra su pecho: "Tú sufres, tú luchas...; pero ¡qué importa, si yo te amo!

Esa es la bohemia, la que consiste en derrochar la vida y el ingenio y el oro, sin fijarse en el mañana; pero cuidándose del hoy y combatiendo á diario por algo, que siempre es grandioso, aunque muchas veces sea irrealizable: la conquista del porvenir.

Esa es la bohemia inteligente; la bohe-

mia de Champfleury, de Musset, de Lamartine, de Zola, de Byron, de Larra, de Espronceda, de Ayala, de casi todos los que han legado su nombre á la posteridad.

La otra podrá ser bohemia también, pero no es la bohemia del artista; es la bohemia del tahir, del mendigo y del miserable.

En una palabra: la bohemia de la impotencia.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1626 MONTERREY, MEXICO

33325



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOCHEBUENA



Con que no hay que volverse atrás. Tú, Carmen, nos esperas á las doce en punto en tu casa.

Procura estar acompañada de dos ó tres amigas; yo iré con otros tantos muchachos de buen humor. ¡Qué demonio, pasaremos juntos la Nochebuena!

—Te advierto que la vieja está mala.

—¿Y eso qué importa?

Tales palabras se cruzaban, hace cuatro navidades próximamente, entre Carmen, hermosa criatura de diecinueve años, que llevaba dos rodando por los cafés y por las calles de Madrid con el mantón sobre los hombros y el pañuelo de seda sobre la cabeza, y Antonio, un es-

®

tudiante de medicina, tan poco aficionado á los goces de la familia, como amigo de divertirse y de gastar alegremente el dinero que le mandaban sus padres para matriculas y otras atenciones de la carrera.

—¿Qué tiene tu madre? preguntó Antonio á la muchacha.

—No lo sé. Hace unos días se metió en la cama con dolor de costado, y sigue mala y tose mucho, y dice que le falta la respiración.

—¡Bah! No te apures; eso es un catarro. Mira, tú lo preparas todo; yo encargaré la cena. Tendremos manzanilla *champagne*, *cognac*, y luego te daré diez duros para un par de botas.

—Bueno. Cuenta conmigo. Y gracias por los diez duros. Precisamente no hay en casa ni un ochavo.

—Pues toma eso hasta la noche.

Y Antonio puso en la mano de la joven un billete de cinco duros.

—Adiós, dijo ésta.

—Hasta luego, repuso él; y se alejó silbando un aria de zarzuela por la calle de Alcalá abajo, mientras Carmen se metía por la de Peligros, moviendo sus caderas, sobre las cuales se ceñía lascivamente su mantón de ocho puntas, y exclamando en voz baja:

—¡Vaya! Con estos cinco duros podré comprar la medicina y encender lumbre. ¡Buena falta le estaban haciendo las dos cosas á aquella pobre!

A las doce en punto de la noche estaban reunidos en el comedor de Carmen, Antonio, dos compañeros suyos, la dueña de la casa y dos mujeres jóvenes como ella, y como ella poco cuidadosas del qué dirán. Encima de la mesa humeaba el primer plato del festín; una moza desaharrapada y flacucha preparaba en la cocina los restantes manjares; varios leños ardían en la chimenea, con gran asombro de los morrillos, poco hechos á semejantes abundancias, y una lámpara colgada del techo repartía sobre el mantel, con el auxilio de una pantalla de cartón, su luz temblorosa y amarillenta.

¡Espectáculo extraño el de esta habitación desmantelada, en cuyas paredes describían fantásticos perfiles las llamas, que, al subir retorciéndose por los leños, arrojaban sobre el muro sombras inciertas y resplandores indecisos! ¡Más extraño aún el de aquellos hombres y aquellas mujeres

que, agrupados en torno de la mesa y desconocidos los unos para los otros pocas horas antes, tratábanse entonces con franca y sincera alegría, y chocaban los vasos, cambiando en voz baja frases y promesas de amor, nacidas con el primer sorbo de vino y llamadas á desaparecer con el último burbujeo del *champagne*!

Espectáculo extraño que hubiera sido repugnante si la juventud y la hermosura no tuvieran el privilegio de transformar en bello lo deforme, y de cubrir el eco repulsivo de las orgías mercenarias con el rumor de las carcajadas que se escapan de unos labios sonrosados y frescos y con el fuego que despiden unos ojos iluminados por la pasión, por la alegría y por el placer.

Por tal causa resultaba armónico y tenía no sé qué misterioso encanto aquel grupo de hombres y mujeres, separados ellos de sus familias, faltas ellas de las ternuras y de los goces íntimos del hogar, y reunidos en el comedor de una entretenida para formar una familia de artificio, que, al deshacerse, grabaría un recuerdo grato en la memoria de todos, sin dejarles ni el sabor acre de la ruptura, ni las tristezas del desengaño.

¡Lástima que tan agradable conjunto se viese turbado por los quejidos que salían de una alcoba inmediata, donde *la vieja*,

como la llamaba Carmen, se retorció en su angosto lecho, revolviéndose entre espasmos y convulsiones, que contraían su rostro lleno de arrugas y carcomido por la vejez.

Pero después de todo, *la vieja* no podía quejarse. Gracias á la fiesta que se celebraba, había tomado su medicina y tenía lumbré en la alcoba.

* *

La cena tocaba á su fin. El último plato acababa de ser puesto encima de la mesa por la moza que hacía oficios de camarero; Antonio se disponía á descorchar la primera botella de *champagne*, y los restantes comensales, con los ojos encendidos, coloreadas las mejillas, entreabiertos los labios y ardoroso el aliento, se entregaban á energías y locas expansiones, que si no eran el amor precisamente, guardaban con él relaciones iguales á las que existen entre la respiración y el hipo.

—Espera—gritó Carmen, dirigiéndose á Antonio, que se disponía á cortar el alambre de la botella.—¡Rosa!—añadió, volviéndose hacia la mozueta que había servido los

manjares:—vete allá dentro á ver si la vieja necesita algo.

La criada salió, y Antonio, tirando con fuerza del alambre, lo hizo pedazos, y mientras el corcho saltaba al techo produciendo un *¡pam!* seco, la espuma se desbordaba por el cuello de la botella, con rumor alegre y bullicioso. Todas las manos, empuñando las copas, se extendieron hacia adelante, y el *champagne*, cayendo sobre éstas y describiendo en su fondo caprichosas ondulaciones, las tiñó con matices de oro, á través de los cuales se quebraban y se descomponían los rayos amarillentos del quinqué.

—¡A la una, á las dos!... exclamó Antonio.

Las copas subieron perpendicularmente, y una carcajada general estalló en la estancia.

En aquel momento se oyó un grito de angustia, y la mozueta que servía á Carmen apareció en el comedor con el semblante pálido y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Tu madre...! dijo dirigiéndose á Carmen.

—¿Qué? repuso ella.

—No sé, pero está inmóvil en la cama; la he llamado, y no me contesta.

Carmen echó á correr en dirección de la alcoba, y todos la siguieron.

Allí, iluminado por una lámparilla de

aceite, veíase un lecho sucio y miserable, y tendida en él, con la rugosa cara contraída por el gesto supremo de la agonía, los miembros rígidos y la cabellera gris, desordenada y revuelta, estaba la vieja, inmóvil, semidesnuda, con las pupilas fijas en uno de los ángulos de la pared.



—¡Madre!—gritó Carmen abalanzándose sobre aquel cuerpo aniquilado.—¡Madre!... ¡No respondel murmuró. ¿Qué tiene?

—¿No lo ves?—repuso una de sus compañeras.—está muerta.

—¡Muerta! exclamó la joven; y al retroceder hacia los otros, tropezó con la mano con que empuñaba la copa mediada de vino en uno de los barrotes del lecho.

La copa saltó hecha pedazos, el líquido salpicó la cama, y una gota espumosa de *champagne* cayó de golpe sobre los labios descoloridos de la muerta.



LA FLOR DEL PANTANO

Como en los cuadros sombríos, de Ribera se destacan sobre las tintas oscuras del fondo la figura del santo y la figura del ángel, descarnada, triste y miserable la una, sonriente la otra, y formando un tono armónico las dos, así en aquel fondo constituido por el quicio tenebroso de una puerta y por

el enfangado piso de una calle, sobre cuyas piedras golpeaba la lluvia con rumor sordo y continuo, destacábanse el contorno confuso de la mendiga, montón de huesos, de arrugas y de harapos, más que guarecido, arrinconado contra las baldosas del portal, y la imagen esbelta de la niña que, chapoteando en los charcos con sus piecitos desnudos, corría al encuentro de los transeúntes en demanda de una limosna, que la mayor parte de ellos no entregaban; ¿por avaricia? nada de eso: por no enfriarse las manos.

La fraternidad humana tiene sus límites, y en esos límites no entra el sacrificio momentáneo de la epidermis.

Semejante grupo, y con especialidad aquella criatura de nueve ó diez años, ha llamado mi atención en el transcurso de varias noches, y algunas veces me he detenido á mirarlo, porque la pobre niña es hermosa, y su hermosura resplandece entre su miseria, como los relámpagos en la oscuridad, con luz siniestra y deslumbradora.

Compadece y encanta á un tiempo su cuerpecillo, envuelto por una túnica hecha de jirones recogidos al azar y remendados con instinto churrigueresco; dan pena sus pies, encallecidos por el roce áspero de los

guijarros; provocan la angustia sus manos rojas y agarrotadas por el frío, que se extienden hacia adelante en actitud de súplica; y atraen y seducen sus ojos grandes, negros é inteligentes, su naricilla remangada y burlona, sus labios frescos, su barba redonda, su frente ancha y su cabellera despeinada, que se pierde, revuelta y tumultuosa, entre los pliegues deshilachados de un pañuelo de percal.

¡Hechicera imagen sacudida por las privaciones y moldeada por la desgracia! Tras las amarguras de su presente, ¿qué tiene reservado para ella el porvenir?

Yo he pensado en esto muchas veces, formando á mis solas el proceso lógico de aquella existencia, y he visto con los ojos de la imaginación algo muy triste y que, sin embargo, representa el futuro de esa muchacha que todas las noches viene á mi encuentro y acaricia mi oído con su voz fresca y temblorosa.

Pasará el tiempo; seguirá la mendiga acurrucada en el quicio de la puerta; seguirá la infeliz criatura implorando el público socorro, y llegará, al fin, una noche en que deteniéndose, más que por capricho, por azar, frente á uno de esos grandes espejos que decoran las tiendas de lujo, vea reflejada su imagen sobre la superficie del

cristal, y observe que su cuerpo, redondeándose, ha adquirido formas espléndidas, curvas graciosas que, levantando el seno, contorneando la cintura, dando mayor ensanche á las caderas y á los hombros, más redondez á los brazos y más robustez á la garganta, han transformado en mujer á la niña; al ver esto verá que sus ojos resplandecen con luz extraña; que las ventanillas de su nariz se dilatan á impulso de desconocidos apetitos; que sus labios se entreabren, avarientos de goces; que sus mejillas se colorean y que estas múltiples vibraciones de su organismo la embellecen; sentiráse hermosa, y por serlo, mirará con asco sus harapos, tendrá ansias de vivir la vida que su instinto la ha hecho comprender, y será del primero que pase por su lado, y al pasar la mire, y al mirarla le ofrezca á cambio de su juventud un mantón de abrigo, un pañuelo de seda y unas botas pespunteadas con tacón alto y caña de *satín*.

Así vivirá un año, dos, cinco, diez, pasando de uno en otro, en ese comercio del vicio donde, como en todo tráfico comercial, el mejor postor se lleva la prenda, dejando en poder de cada uno un jirón de su vida exuberante y de su sangre fresca, hasta que, inservible y deshecha, vuelva al

punto de partida con los mismos harapos que antes, pero sin los atractivos de la inocencia y sin los encantos de la niñez.

¡Qué remedio! Tal es el destino implacable de estas existencias arrojadas en el arroyo por la indiferencia común, sin amparo, sin guía, sin sostén y sin alma: que no es alma un montón confuso de sentimientos embrionarios que nadie se cuida de desarrollar ni dirigir. A semejanza de las flores que nacen al borde del pantano donde la gente no se aproxima, temiendo fiebres perniciosas, la pobre niña tiene marcado su destino.

La flor del pantano crece á la orilla de las aguas infectas; débil el tallo, falto de savia, raquítico á causa de la atmósfera enrarecida que le envuelve, se levanta con trabajoso esfuerzo al principio; al cabo se yergue vencedor, ostenta sus encendidos tonos, que al excitar el apetito de los transeúntes, al detener su paso, y al provocar su admiración, la proporcionan á ella un triunfo efímero, que dura lo que duran aquellas hojas de vistosos colores y de aterciopelados matices.

Pero las flores se marchitan, la planta palidece, las raíces se secan, y el tallo, mustio, inservible y rugoso, se dobla y cae en el fondo de las aguas corrompidas, no

sin dejar antes sobre la ribera alguna semilla que fructifique y perpetúe los destinos de su especie desventurada y miserable.

¡Pobre niña la que yo veo todas las noches, roída por el hambre, educada por la miseria y expuesta al golpeteo de la lluvia, al embate del frío y á la curiosidad indiferente de los que tienen casa donde dormir, hogar donde acogerse, pan para nutrir el estómago é instrucción para alimentar el espíritu!...

¡Pobre flor del pantano, nacida en el fango y destinada á morir en el fango, sin que nadie la recuerde ni nadie la llore!...



EL RETRATO DEL REY

Tuve ocasión de verlo en el escaparate de una lujosa tienda de la Carrera de San Jerónimo. Representaba el retrato la efigie de nuestro Rey, ó, mejor dicho, del rey de España, don Alfonso XIII, vestido de Capitán general, con el pecho lleno de placas y grandes cruces, la espada al cinto y el cetro de oro, atributo de dominio absoluto, en la mano derecha.

Si he de decirlo francamente, me produjo muy desagradable impresión el retrato, no por la pintura — y era menos que me-

diana, - sino por el mal gusto del pintor en revestir á un niño, cuya imagen real atrae y seduce con los prestigios de la infancia, con aquellos ornamentos que, arrebatándole los encantos de su inocencia, le transforman en un máscara ó en un símbolo de fuerza, que si pudo representar mucho en las viejas Monarquías y en las costumbres tradicionales, representa muy poco para nuestra época, durante la cual el pueblo se une (cuando se une) á sus reyes por el respeto y el amor, no por el miedo y la servidumbre.

Delante de ese retrato podrán los enemigos de la Monarquía (que enemigos tiene en España, como en todos los países del mundo) traer á su recuerdo la idea de que el niño de cuatro años, á quien ha vestido un pintor de pésimo gusto el uniforme que sólo en fuerza de proezas y tiempo pueden usar los militares, no tiene para usarlo más derechos que los que le concede su nacimiento, ni otros prestigios que los que le otorga la herencia; enfrente de esa copia antiartística, pueden combatirse las opiniones y encontrar argumentos en favor suyo los adversarios del régimen monárquico que ahora nos rige; y puede también despertarse todo lo que significa odios, rencores, resistencias, ansias de lucha y esperanzas de triunfo.

Pero tales ó semejantes sentimientos no se alzarán nunca delante de otros retratos que yo he tenido ocasión de ver, en los cuales, y al lado de una madre en cuyo semblante pálido se reflejan las tristezas del recuerdo y los temores del porvenir, se ve á un niño, nada más que á un niño, llamado á ser Rey por los caprichos de la suerte, levantando al cielo su cabecita infantil y entreabriendo sus labios, en los cuales brilla una sonrisa candorosa, no enturbiada aún por las amarguras del desengaño y por la fiebre de la ambición; delante de un niño, mendigo ó Monarca, todas las frentes se humillan y todos los corazones laten á impulsos del amor, de la confianza y del cariño; porque hay algo en esos semblantes donde alborea la existencia, que pone respeto en los labios y afectos puros y generosos en el alma.

Yo no hablo, no puedo hablar como político en este artículo. He visto muy de cerca lo que valen, á juicio de los hom-



bres encargados de representarlos, los ideales que en la política se inspiran, para que no produzcan en mí profunda aversión y absoluto desprecio; hablo como artista, como ser que siente lo bello, y por sentirlo protesta indignado contra el afán ridículo de un pintor que transforma á un niño en General, cuando con mucho menos trabajo podía haberlo convertido en ángel.

Si yo fuera pintor, si por mi cerebro hubiese cruzado la idea de retratar á Alfonso XIII, no lo hubiera hecho nunca empleando los colores de mi paleta y la potencia de mi entendimiento en disfrazarlo de guerrero, de sujeto temible, de señor victorioso y omnipotente; no: la infancia, si ha de ser grande, si ha de ser sublime, no tiene más que una fórmula de expresión: ella misma. Con jirones si nació allá abajo, en las últimas capas sociales; con encajes si el Destino le colocó arriba; pobre ó rico, noble ó plebeyo, el niño hubiera sido niño, y nada más que niño. No podía ser nada mejor.

No le hubiera pintado vistiendo insignias que sólo le corresponden por la ley; hubiérale pintado como le vi no hace muchos meses en la playa de San Sebastián, en aquella playa tranquila, cercada de montes gigantescos, sobre los cuales crecen árboles frondosos y se extienden blan-

cos y alegres caseríos; hubiérale pintado allí, con la rubia y rizosa cabellera agitada por el viento del mar, entreabiertos los labios para aspirar el aire de vida que el Océano le enviaba, desnudos los brazos y chapoteando con sus pies, desnudos también, en la irisada espuma que depositaban las olas sobre la movediza arena de la playa: hubiérale pintado así, y hubiera obtenido un triunfo indiscutible.

Triunfo tanto mayor, como que en presencia de él se hubieran inclinado todas las frentes y se hubieran conmovido todos los corazones, acatando la más santa de las realidades y el más indestructible de los prestigios:

El candor de la infancia; la inocencia de la niñez.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFLICTO FRANCO-ALEMÁN

Se trata de un dato recogido por mí casualmente; no tiene valor positivo en la apariencia, y sin embargo podría servir de mucho á cuantos, ocupando su tiempo en resolver cuestiones internacionales, conside-

®

ran la enemistad de Francia y Alemania como base principalísima del conflicto europeo.

Va me sé yo que los tales políticos y estadistas soltarán una carejada mayúscula si me leen (cosa que dudo mucho), al enterarse del nuevo argumento que voy á aducir en confirmación de la proximidad de una guerra, tan inevitable como necesaria, entre la República francesa y el Imperio alemán. Ellos, que fundan sus profecías en rectificaciones de frontera, afanes mutuos de preponderancia, exigencias del equilibrio y otra porción de motivos históricos y diplomáticos, no podrán comprender la enorme importancia de este dato insignificante, recogido al acaso en las calles bulliciosas y alegres de París.

¿Cuál es el dato? Voy á exponerlo; y conste que respondo de su certeza, por haberme proporcionado persona que merece mi más absoluta confianza.

Él era un joven alto, fuerte, robusto, con el pelo rubio, la piel encendida, el cuello ancho, las espaldas macizas y los ojos azules. Hijo del Norte, llevaba impresos en su

cuerpo los rasgos característicos de su raza: la fuerza, la salud y la testarudez. Recién llegado á París, repletas las venas de sangre y la cartera de billetes de Banco, mostrábase afanoso por gozar los múltiples placeres que ofrece la gran población á los que tienen resistencia y fortuna bastantes para disfrutarlos. De todos ellos quería saturarse aquel hombre, y más que de ninguno, de cuantos pudiera ofrecerle una mujer muy hermosa, muy elegante y muy cara que excitaba entonces las atenciones y los apetitos de la juventud loca y de la vejez trasnochada que frecuenta las lujosas habitaciones de la *Maison dorée*.

Ella era delgada, pálida, flexible. En sus ojos oscuros relampagueaban todas las energías propias á la raza latina, á esa raza apasionada, vehemente impresionable y generosa; su naricilla remangada y sensual, sus labios entreabiertos y su cutis fino resultaban un prodigio de belleza, mientras su conjunto esbelto y bien contorneado, donde había más nervios que sangre, mostraba en su mismo atractivo abandono, cierto no sé qué de invencible y de salvaje independencia.

Nacida en medio del arroyo, hija del pueblo y nutrida con los mismos sentimientos y pasiones con que éste se nutre, aquella mujer, satisfecha de su impudor y guiada

por su hermosura, había subido desde las últimas capas sociales hasta las primeras, donde imperaba de contrabando á expensas de los viciosos ricos y muy á disgusto de gran número de madres de familia; y aquella mujer era la que, despertando los deseos del extranjero, y previo el anticipo de una suma metálica no despreciable, le llevó una noche á su casa, verdadero nido de amores transitorios, decorado con lujo de gran señora y con gusto exquisito de artista.

—Espérame aquí, dijo la francesa al extranjero, haciéndole sentar en uno de los ricos sillones que decoraban el elegante gabinete; espérame aquí, voy á mudar de traje; volveré en seguida. Cenaremos juntos.

Quedó el extranjero solo, examinando con alegre curiosidad los múltiples y artísticos adornos de aquel gabinete, entre los cuales sobresalían cuadros que llevaban al pie la firma de pintores notables; barros y mármoles de tanto mérito como valor; libros de los mejores poetas y novelistas franceses, todo aquello, en fin, que puede hacer llevaderas y soportables las torturas de un deseo ansioso de satisfacerse, y que, iluminado por una lámpara de tres brazos y por las llamaradas azules que despedían los troncos amontonados en la chimenea de mármol, llevaba al espíritu la ilusión de que

era, no la mujer vendida, sino la mujer enamorada, la que iba á aparecer ante los ojos del extranjero para pagarle con caricias del alma el oro sacado por él de las profundidades de su bolsillo.

Y la mujer apareció más hermosa que nunca, vistiendo una bata de seda oscura que se plegaba lascivamente sobre su cuerpo, y se abría en los hombros con tentador y modesto descote, para descubrir hipócritamente la piel blanca y satinada de un pecho robusto y las graciosas curvas de una garganta irreprochable.

—Cenaremos antes, dijo ella. Y á la señal dada por el timbre apareció una joven digna por su aspecto de ser doncella de una duquesa y presentó la cena y sirvió los vinos, mientras su señora seguía con el extranjero una conversación llena de promesas seductoras y de picantes galanterías.

Hermosa estaba cuando el joven, inclinándose hacia ella con la copa de *champagne* en una mano, rodeó con la otra su talle flexible, y le dijo al oído, con voz vibrante de deseos:

—¡No he visto en mi país ninguna mujer tan bella como tú!

—¿Qué país es el tuyo? preguntó ella acariciándole con los ojos y con la sonrisa.

—Alemania.

Al oír esta palabra, el rostro de la joven sufrió una transformación completa; sus ojos brillaron con cólera, su rostro se puso pálido y sus labios contraídos expresaron la ira. El hombre que la abrazaba era un alemán, un enemigo de su patria, uno de los que habían causado la muerte de su padre, de su hermano ó de su amante en los alrededores de París.

Todo el odio francés contra Alemania se reflejó en el semblante de la cortesana gala, y deshaciéndose del germano con ademán brusco, abrió un cajón de su escritorio, cogió de él un puñado de billetes, los arrojó desdeñosamente sobre la mesa, y con voz preñada de rencores y de amenazas, gritó al extranjero, señalándole con el brazo extendido la puerta de la habitación:

— *Sort prussien!*



LA EPOPEYA DE UNA CINGARA

El sol caía á plomo sobre la ancha carretera uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra: he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

dienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno, que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que

penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no queda más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de

contrapeso, ofreciendo á la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulso de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de cingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola,

sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

*
*
*

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La cingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed...; me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia: y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada! no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir á la cingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: "¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!." Y la cingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡no puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto la cingara sonrió, con una son-

risa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosa-



mente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto,

pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido: la cingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la cingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La cingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, deses-

perada, cogiendo con ambos manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empuñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín.

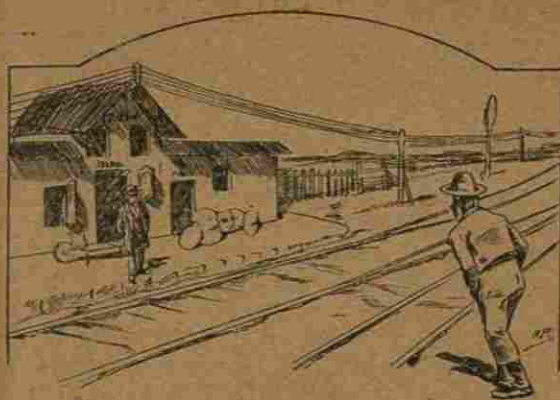
De pronto el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca, y cayó de espaldas. Los dedos de la cingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la cingara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriantada por los rayos del sol,

acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua; bebe, hijo mío!



EN LA ESTACIÓN

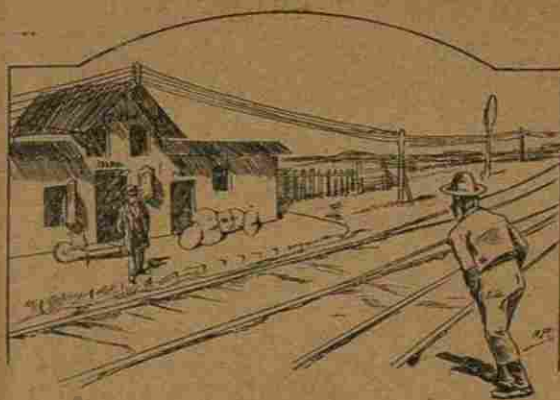
I

EL JEFE

DESCÚBRESE allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria, á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla al costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la

acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua; bebe, hijo mío!



EN LA ESTACIÓN

I

EL JEFE

DESCÚBRESE allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria, á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla al costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la

fachada principal y varios carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden, á los pies.

Aquello es una estación de último orden; á ella no llegan más vibraciones de vida que el canto de los pájaros, el cencerro del ganado que atraviesa la línea levantando una nube de polvo, antes de perderse en el blancuzco trazado de la carretera, las voces del gañán que cruza los campos con el pie desnudo y el azadón al hombro, y el silbido estridente de las máquinas que aplastan los rails y conducen los trenes y se detienen un instante respirando hulla, sudando vapor, para dar breve reposo á sus músculos acerados y potentes, y alejarse después entre torbellinos de humo, con el brusco crujir de sus ejes y el áspero chirrido de sus topes, sin dejar á quienes las contemplan, otro recuerdo de su paso, que el rostro ennegrecido del maquinista y las caras soñolientas de los viajeros.

Los trenes se suceden con intermitencias de dos, de tres horas á lo sumo. Ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se rindan, nervios que se desplomen, ojos que se cierren, estómago necesitado de nutrirse, y alma codiciosa de esparcimiento y de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles

salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, al servicio de los viajeros, á las contingencias de la marcha: es necesario coadyuvar á las seguridades del viaje, prever los peligros, observarlo todo, dirigirlo todo; no dejar nada á la casualidad y á la incertidumbre. Trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma; de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para este trabajo, para empresa tamaña y trajinar tan duro, no hay más que un hombre: el jefe de estación. Así lo exigen la codicia y el ansia de acaparar dinero de que parecen invadidas las compañías de ferrocarriles en España. Ese hombre, tostado por el viento y el sol, excluido ó casi excluido del trato con sus semejantes, retribuido con mezquindad y explotado con largueza, tiene que hacerlo todo, absolutamente todo; gracias si le auxilia un mozo ignorante é inexperto que sirve á la vez de cargador y de guarda-agujas.

El jefe es al mismo tiempo, en las estaciones de último orden, jefe, factor, telegrafista, expendedor de billetes y guardián de equipajes; ni puede separarse de su puesto, porque la marcha del servicio reclama su presencia; ni comer en su cuarto, porque solicitan su vigilancia el cuidado de

los andenes, el arreglo del billete y la seguridad de las mercancías; ni dormir sino vestido, porque los trenes pasan cada dos horas; ni amar, cuando ame, libre y tranquilamente, porque el rumor de los besos que deposite sobre los labios de la mujer amada puede turbarlo ó interrumpirlo el sibido implacable y burlón de una locomotora.

Así pasa él un día y otro, esclavo del deber y de las brutales necesidades de la vida, con el reloj por compañero, por advertencia y por acicate; desafiando la lluvia, el sol, el aire, el calor y el frío, la tempestad y el bochorno. ¿Viene un tren? ¿Acaba de dormirse? No importa; á coger con mano torpe el manipulador del telégrafo, á saltar al andén, á despedir la inmensa mole de madera y hierro que tiene delante. Nada de sosiego, nada de reposo. Que se rinden sus músculos... ¡á trabajar! Que se desploman sus nervios... ¡á trabajar! Que se cierran sus ojos... ¡á trabajar! ¡A trabajar siempre, porque no tiene más remedio, porque está solo! ¡Para eso le paga la Compañía MIL PESETAS anuales!

Tal es su vida; vida de privaciones, de tormentos; vida de mártir, vida insufrible, digna de admiración y de aplauso. Y, sin embargo, ¿quién se acuerda del jefe de es-

tación? Nadie. Para la Compañía es un instrumento: para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén; mancha que va creciendo á medida que el tren avanza en su camino, y que se pierde luego en las nebruras del horizonte; para los indiferentes que lo ven cruzar por delante de sus ojos cuando viene á Madrid, un individuo como otro cualquiera.

Pero ocurre una desgracia, un descarriamiento, un siniestro de cualquier especie; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea, se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez; acaso al levantarse de la silla en donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió, y chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe, representada por vagones que se destrozan, por portezuelas que saltan en astillas, por locomotoras que se desprenden del carril, por viajeros que sucumben, por ayes de espanto y por estertores de agonía...

Entonces todas las responsabilidades

caen sobre el desdichado jefe de estación, sobre aquel hombre que desempeña sólo un servicio fatigoso y terrible; él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia, se le despide; si la tiene, se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la Empresa, que economiza hombres, sueldos y trabajos; la Empresa, que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de 15.000 pesetas á sus consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.



II

EL MAQUINISTA

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y calor y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador, combinándolo todo, midiéndolo todo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ILF. N. O. REYES"
1924 MONTERREY, MEXICO

previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre vestido por una blusa azul recogida en desiguales pliegues, sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rails; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastres y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana,

camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, á la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua, sacudido por el huracán cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es á un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, á cuyo término le aguardan una vivienda humilde,

un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega á su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado á realizarlo, los otros á vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rails vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol encarnado, á cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisible? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fue un error de salida? ¿Un aviso mal da-

do? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. Él no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruirse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo. La catástrofe con sus horribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina: él está acostumbrado á tales saltos, y puede librar su vida á cambio de algunas contusiones; pero ¿y los viajeros? ¿y el tren confiado á su pericia? ¿y el deber que se le presenta en el espacio, con gesto de mando y ademán imperioso? No; él no puede huir, no puede abandonar la máquina, debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia; y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe; aprieta la manivela con mano firme; hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practi-

cando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil: las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... Inútil también... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe, deshechos, abiertos, á un lado y á otro de los carriles; escúchanse por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho.

¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre; esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza, y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos, pero también, que muere sin dejar recuer-

dos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



SU EXCELENCIA

EL GALÓN

—¡Gran persona de be de ser la que va dentro de ese carruaje! decíame no hace muchos días un provinciano trasplantado á la corte desde el oscuro rincón de cierta aldehueta miserable, y no hecho, por tal causa, á nuestros usos y costumbres.

—¿Gran persona? respondí yo. ¿Y por qué presume usted eso, amigo mío?

—Porque los guardias de orden público y algunos otros que no lo son, siquiera se asemejen á ellos por las trazas, se llevan la mano á la visera ó se quitan el sombrero, y hacen á ese señor, medio oculto entre los almohadones del coche, reverencias y cortesías altamente respetuosas.

—No crea usted semejante cosa, exclamé interrumpiendo al provinciano. A quien saludan con tanta humildad no es al estirado y peripuesto individuo que va dentro; es al galoneado cochero, al conductor del carruaje. Gracias á él, y á su ancho y resplandeciente galón, provocan curiosidad y respeto ciertas personas, que de otro modo pasarían completamente inadvertidas.

¿Quién imagina usted—añadí mientras mi compañero me contemplaba con asombro, rayano en la duda—quién imagina usted que es el sujeto á quien nos referimos? ¿Algún artista cuyo nombre corre de boca en boca, y cuyo retrato se halla de muestra en todos los escaparates de Madrid? ¿Algún príncipe de la sangre? ¿Algún político eminente? ¿Algún General enaltecido con el prestigio de cien victorias? ¿Alguien, enfin, que por su linaje, por sus obras, por su valor ó por su talento se haya hecho acreedor al aura popular y al respeto de sus conciudadanos?

—¡Claro que sí! repuso mi amigo.

—Pues no, señor; el tal *personaje* es un hombre á quien su patria, por no deberle nada, no le debe siquiera un disgusto gordo; yo le conozco por casualidad, y aseguro á usted que todas sus circunstancias meritorias se reducen á ser diputado por obra y

gracia de un Ministro, amigo íntimo de una tía suya (la tía es guapa), y á haber conseguido, no en fuerza de talento, sino en fuerza de adulaciones serviles y de procedimientos menudos, una subsecretaría, que así estuviera bien desempeñada, como produce sueldo pingüe y beneficiosas filtraciones... Conviene decir también que nuestro hombre, no sólo no habla como diputado, sino que apenas pronuncia como persona.

—Pero... ¿es cierto? exclamó el provinciano, poniendo una cara de espanto que dió ganas de reír. ¿Cómo ha podido ocupar sér tan inútil puesto tan importante?

—Muy sencillo; porque tiene una tía que le protege, y las tías siempre son útiles.

—Aun así y todo, interrumpió mi interlocutor. Lo que usted dice puede explicarme lo de la subsecretaría, pero no me explica lo de los saludos.

—Los saludos, ya lo dije antes, se explican por los galones del cochero; esos galones son á los empleados oficiales lo que los títulos universitarios á sus poseedores. De un abogado, de un médico, de un boticario, etc., hay que suponer que tienen suficiencia para el desempeño de sus carreras; lo mismo ocurre con los que ocupan puestos importantes en la administración del

Estado; también á éstos hay que suponerles personalidad y prestigio.

¿Fulano es abogado? Pues Fulano tiene talento, dice el vulgo. ¿Mengano lleva cocheros con galones de oro? Pues Mengano es un personaje, exclaman los guardias de orden público y demás prójimos subalternos.

¿Resulta luego que Fulano y Mengano son un par de animales? ¿Y qué? Allí se las entiendan con ellos sus clientes y el país; para el vulgo y para los guardias, personaje sigue siendo el uno y perito el otro, porque así está decretado oficialmente.

De esta manera viven muchos pasando á los ojos de los necios, y por consiguiente á los ojos de casi toda la humanidad, por seres superiores y punto menos que divinos, y da gozo verlos atravesar calles y paseos, cómodamente arrellanados en los almohadones de su coche, ejerciendo oficios de Gobernador, de Director general, de Subsecretario de Ministro á las veces, sin saber de nada y hablando de todo; dándose las de eminencias cuando se hallan en altura al nivel de un guardacantón; vendiendo y otorgando protección, favores y castigos á cambio de saludos, cortesías y reverencias, mientras los hombres de ver-

dadero mérito — salvo algunas contadas excepciones, — van á pie, sin que nadie se fije en ellos, ni los atienda, ni los escuche, hasta que se mueren, y un Subsecretario cualquiera se encarga de deslucir con las torpezas de su oratoria las cualidades y los talentos del difunto.

Y el por qué de esta importancia, ¿dónde está, amigo mío? — seguí diciéndo al provinciano, que abría, al oírme, una boca de dos palmos y tercia. — En los galones del cochero, á los cuales deben toda su gloria, percedera y expuesta á cesantías, pero gloria al cabo, esas nulidades que llaman la atención respetuosa de usted.

¿Quién adivina, cuando pasan entre la multitud sin el aditamento del carruaje galoneado, á muchos Directores generales, Gobernadores, Subsecretarios y Ministros al uso? Nadie. Desconocidos de la gente por sus actos y por su propia configuración externa, apenas si consiguen obtener la mirada curiosa de algún transeunte, que murmura contemplándolos con indiferencia: "¡Yo he visto á ese tipo en alguna parte!"

Suprimido el cochero galoneado, quedan suprimidos casi todos los prestigios actuales; y como los prestigios verdaderos son letras giradas casi siempre á cien años fecha, aconsejo á usted que dedique todos

sus esfuerzos á conseguir por tres ó cuatro años el usufructo de uno de esos carruajes. En su pescante se encarama el único ídolo que no derriban las combinaciones ministeriales y los cambios políticos:

Su excelencia el galón.



EL ARTE DE LA REGENCIA

La desventurada situación por que atraviesa al presente nuestro país, viene á reflejarse en sus manifestaciones artísticas; y puede decirse que nunca como ahora ha llegado el arte á mayor extremo de postración y de abandono.

Lo que representa en España estudio, actividad, inspiración y trabajo, está desatendido. El encanallamiento de un público á quien la falta de instrucción pervierte el gusto y oscurece la inteligencia; la escasez

de recursos, provocadora de tristezas y de retraimientos inevitables; el desvío de las clases elevadas, que no cuidan poco ni mucho de fomentar con su aplauso lo que á las glorias y al buen nombre del arte patrio interesa; el indiferentismo que se ha apoderado de las más altas representaciones sociales, y el abandono de los Gobiernos, que no se preocupan de tales asuntos, porque ellos no resuelven nada en obsequio de sus proyectos menudos y de sus propósitos mezquinos, son circunstancias que influyendo sobre los que sienten palpar en su cerebro la inspiración y la fantasía, producen en sus almas el desencanto y la inercia, hasta que, desengañados y presa de profunda amargura, huyen del suelo que los olvida, ó, negándose á realizar esfuerzos que han de perderse en el vacío, se cruzan de brazos, maldiciendo del presente y sin tener esperanza alguna en el porvenir.

Tal es la situación á que ha llegado el arte en España; situación que sólo puede compararse á la que inmortalizaron con sus lienzos y con sus sainetes Goya y D. Ramón de la Cruz.

Cierto que al presente hay más artistas y mejores medios para el desarrollo intelectual que entonces. Pero... ¿qué importa, si los que por sus aficiones tienen campo

abierto de acción en toda Europa, abandonan España, y los que se ven obligados á vivir en ella, más bien que vivir, agonizan entre privaciones y olvidos censurables?

Los pintores españoles se alejan de la patria y se refugian en París; en París, donde sus nombres corren de boca en boca, mientras sus cuadros sirven para adornar los palacios y los museos extranjeros, como los adornan nuestros escultores con sus mármoles, con sus broncees y con sus barroes: dibujantes españoles embellecen con los productos de su ingenio los periódicos franceses; los maestros toman carta de naturaleza en otros países, y la juventud se dispone para hacer lo mismo en plazo más ó menos breve.

Los músicos recorren Europa dando conciertos por no hallar escenario patrio donde se interpreten sus obras; muchos escritores se dirigen á la América española para no morir de hambre en su país; y los que quedan, porque sus facultades sólo pueden desenvolverse en la tierra donde nacieron, luchan sin esperanzas de recompensa y se entregan á todo género de ocupaciones, seguros de que la literatura es una de las formas de existencia más precarias y menos gloriosas que se conocen en España.

Preguntad á nuestros novelistas, á los

que se llaman Pérez Galdós, Pereda, Alarcón y Valera, y os dirán que para vender 3.000 ejemplares de sus obras necesitan media docena de años.

Preguntad á nuestros poetas líricos, á Campoamor, á Nuñez de Arce y á Manuel del Palacio, y os responderán que si tuviesen que vivir de sus poemas, vivirían en una guardilla con vistas al tejado; preguntad á nuestros articulistas, á todos los que viven de las letras, y todos os contestarán que sólo hallan el abandono en el público y el desprecio en las altas regiones oficiales.

Si del libro y del artículo pasan los ojos al teatro, el espectáculo es aún más triste y más desconsolador. El teatro Español, ese teatro donde están vinculadas las más gloriosas tradiciones de nuestra literatura dramática, véase totalmente desierto; la sala donde se representan obras de Calderón, de Lope, de Tirso, de Moreto, de Rojas, de Ayala, de Tamayo; el recinto donde se han desarrollado y se desarrollan asuntos de Echegaray, de Cano, de Sellés, autores que nada tienen que envidiar á nadie, agoniza en la soledad y el abandono más completos; y Antonio Vico, el actor genialísimo, el insigne intérprete de cien y cien hermosas producciones, se disponfa no hace mucho tiempo á emprender el camino de América,

porque en España todos le olvidaban, y le abandonaban casi todos.

Y no se diga que tal estado de cosas tiene su origen en obstáculos insuperables: no se diga tampoco que los que estaban en el deber de combatir el mal gusto imperante, lo han hecho; vacías están las localidades donde concurre el pueblo, es verdad; pero también están vacíos los puestos donde solía concurrir nuestra aristocracia; vacío está el palco donde tomaban asiento, no hace muchos años, las altas representaciones del Estado; vacío el lugar que ocuparon en otras épocas los Ministros de la Corona. Y lo que ocurre con el teatro, ocurre con las restantes manifestaciones del arte español.

Inútiles serán cuantas disculpas aduzcan para justificarse aquellos á quienes toca la responsabilidad oficial en el asunto. ¿Era deficiente para cumplir sus fines la organización que hasta ahora ha tenido el teatro Español? Pues el deber de los Gobiernos consistía en haber fundado un teatro nacional y completo. ¿Marchan las aficiones del público, en lo que al arte respecta, por caminos extraviados? Pues obligación de los gobernantes era haber contribuido al restablecimiento del buen gusto por aquellos medios que están á su alcance, y que son de uso y costumbre en todos los países que

aspiran á tener representación é importancia en Europa.

No se ha hecho así; y de este abandono, sumado á los abandonos particulares, provienen el atraso y la penuria artística de España; atraso que llegará al límite cuando los artistas serios, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, arrojen el buril, el pincel, el lápiz y la pluma, y cedan el campo por manera absoluta á esos comerciantes de la inspiración que emborronan lienzos diminutos y llenan los teatros por horas y los escaparates de las librerías con obras tan faltas de inteligencia como sobradas de grosería y de mal gusto.

Cuando esto ocurra—que ocurrirá pronto al paso que llevamos,—podrán decir los que se ocupen en el actual momento histórico:

“La época de la regencia, que tuvo como representaciones sociales los vapores de emigrantes y los maestros de escuela hambrientos, tuvo como representación intelectual el desamparo de

los Gobiernos, la falta de cultura del público, y, como consecuencia lógica de ello, la esterilidad y el encanallamiento del arte.”



LOS EUNUCOS

HAY que verlos sentados en torno de la mesa del café donde se reúnen, formando un grupo de cabezas pálidas, por encima de las cuales asoma, para agitarse con ademán nervioso, la mano crispada y amenazadora de alguno de aquellos oradores, pasmo de sus contertulios y asombro del mozo que les sirve á diario, sin que esto signifique que les cobre á diario también. Hay que verlos para conocerlos á fondo.

¿Quién son? A juzgar por sus dichos, por el desprecio soberano con que hablan de todo cuanto vale y representa alguna cosa, por el aire de superioridad que adoptan cuando juzgan los actos y las obras del prójimo, siquiera el prójimo sea un personaje famoso y eminente, los tomará, cualquiera que les oiga de primera intención, por seres superiores, en cuyas manos se encuentran reunidos todos los poderes de la tierra, y en cuyos cerebros palpitán todos los conocimientos que constituyen el humano saber.

Nada hay respetable para ese grupo de ciudadanos que circula, y vive, y bulle, y muerde en todas partes, sin encontrar puesto fijo ni asiento preeminente en ninguna. Echegaray y Sellés son dos infelices que sirven para todo menos para autores dramáticos; Tamayo, un fósil injerto en neo, el cual, fuera parte de conocer la mecánica del teatro, no posee méritos válidos para disfrutar el título de eminencia que le otorgan con entusiasmo la mayor parte de los españoles. De los autores nuevos no hay que hablar; ni ingenio, ni entendimiento, ni sentido común siquiera les conceden aquellos jueces tremebundos, y, según su propio criterio, inapelables.

Pues ¿y los poetas?—¡No me hable usted de los poetas!—dirá inmediatamente el primero de entre ellos que oiga la tal palabra.—Aquí no hay poetas; Campoamor es un chabacano, un rimador de vulgaridades; Zorrilla un canario que pía mucho y no dice nada, y Manuel del Palacio, un imbécil. No nos ocupemos en los otros—añadirá seguidamente,—porque sería cosa de salir á ripio por línea; no hablemos tampoco de nuestros novelistas, porque ni Alarcón, ni Pérez Galdós, ni Pereda, ni Valera, ni el mejor de ellos, en fin, sabe lo que es hacer una novela. Menos aún—seguirá diciendo—es digna de elogios nuestra pintura. Pradilla no tiene inventiva; Plasencia carece en absoluto de inspiración; Jiménez Aranda, Américo, Checa, Muñoz Degraín, etc., son unos ignorantes favorecidos por el color, tan ignorantes como nuestros escultores y casi tanto como los oradores de que nuestra tribuna se manifiesta orgullosa y envanecida.

—Porque ¿cuál de nuestros oradores es digno de ese título?—exclamará el *cafetista* que se encuentre en el uso de la palabra.—¿Castelar? Castelar es un cultivador de metáforas extravagantes, falto de ideas sublimes y de grandezas de pensamiento. ¿Martos? ¿Quién resiste el tono

enfático y la construcción premiosa de Martos? ¿Salmerón? La filosofía krausista saliendo por un tubo sonoro. ¿Silvela? No tiene altura de conceptos. ¿Sagasta? Carece de sintaxis. ¿Azcárate? Es la monotonía personificada. ¿Moret? Resulta un hilvanador de palabras. Eso no es oratoria, ni Dios que lo fundó; sólo en este país pueden hacerse, con medios tan pobres, reputaciones tan escandalosas.

— ¿Y quién es usted? — habría que preguntar a juzgador de tan delicadísimo gusto. — ¿Quién es usted, que así habla en desprestigio de todo el mundo? ¿Quiénes son esos compañeros de usted que al oírle maldecir de lo que representa la gloria de nuestra patria, sonríen satisfechos con sonrisa tal, que un mal pensado pudiera tomarla por la manifestación externa de la envidia? ¿Quiénes son ustedes, en fin, para que yo sepa á qué atenerme respecto de sus juicios?

¿Quiénes son? Ellos dirán inmediatamente su nombre (lo cual vale tanto como no decir nada); pero de seguro no dirán que el que habla con tan desapoderados rencores de nuestros autores dramáticos es, á su vez, autor de una obra silbada y de tres ó cuatro que no han corrido la misma suerte porque las Empresas le hicieron la profunda y mal agradecida merced de no acep-

tarlas; que el que se deshace en invectivas contra los poetas, es padre de un poema que produce en los oídos, siempre que lo leen en voz alta, el efecto de una serie no interrumpida de martillazos, y que el que no halla un novelista aceptable, escribió una novela que allá en la librería sigue sin encontrar alma piadosa que la compre.

Tampoco dirá el que habla mal de los pintores que sus cuadros se venden á cinco pesetas unos con otros en todos los cafés, no por desgracia de la suerte, sino por falta absoluta de gracia en el autor; y mucho menos se atreverá á confesar el que hace mofa de nuestros oradores, que él también lo es, siquiera ejerza sus funciones tribunicias en sociedades de cuarto orden ó en banquetes cursis, donde antes faltará el asado que un discurso suyo lleno de metáforas putrefactas, de giros rancios y de argumentos é ideas que saben de memoria, por haberlos leído en la retórica, los chicos del Instituto.

Ninguno de ellos dirá semejante cosa, porque no la creen; al contrario, se juzgan genios maltratados por las injusticias de su época y conductores únicos del movimiento artístico, literario y científico de su país.

Y, sin embargo, los que tan poco valen

encuentran malo siempre el trabajo de los que valen mucho.

¿Por qué? Porque son los eunucos del talento; y así como el eunuco, sujeto en el interior del serrallo, no comprende las grandezas del amor, ni las sublimidades de la pasión, ni las venturas del deleite, privado como se halla de disfrutarlas, así también estos eunucos del talento no aciertan á reconocer las bellezas del arte, y reniegan de ellas, como reniega de las mujeres del harén el impotente guardián, que sufre con las dichas de su señor y no logrará nunca llegar á ellas, por más y más esfuerzos que hiciese para conseguirlo.

De igual suerte proceden estos otros eunucos, los cuales, desesperados de su impotencia, de su nulidad, de su falta de medios, murmuran y se revuelven contra todo el que vale, y protestan indignados, creyendo que sus juicios influyen directamente en el público, que son unos enemigos temibles, unos genios incomprensidos y maltratados por las injusticias del vulgo; los vengadores del arte, los jueces supremos de las ajenas capacidades, los elegidos de Dios, los regeneradores de la humanidad, los apóstoles del buen gusto, los sabios, los ilustres, los insignes, los que tienen la llave de todos los progresos, de todos

los adelantos; los únicos en el saber, los primeros en la inteligencia y los últimos que, por traiciones del Destino, están llamados á gozar de un renombre que unánimemente se les niega, y de una fama que de derecho les pertenece.

Eso creen ellos.

Y la verdad es que, examinados sin apasionamiento, resultan unos pobrecitos dignos de lástima.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UN IDILIO EN UNA JAULA

Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de soñadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si tratasen de ofrecer salida á los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de dieciocho años, que soñando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, á un banquero materialote y soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en la caja de sus caudales.

La boda fué uno de esos contratos brutales que se conciertan á espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente. Dolores era hermosa, el banquero rico, y los padres de la muchacha pobres y egoístas. El trato se hizo pronto. "Toma su belleza y abre tu bolsa," dijeron los padres de la niña; y, previa la bendición de un clérigo, arrojaron á su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco á poco, á semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinetito un pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería á sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar á Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y mostrando en su ros-

tro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales, que, ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos de alpiste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos á los otros con un rumor continuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retozona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban á endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios; y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia á los desgraciados, me decía:

—Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeño, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visualidad, piensan, coordinan ideas, reflexionan; y

todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos.

—¡No te rías! gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios;—¡no te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el ser amado estos *bicharracos inaguantables*, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande a un tiempo, la cual historia quiero estampar en letras de molde, como tributo rendido a la memoria de aquella mujer que ya no existe.

Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal. Siempre estaban juntos. Allí, en lo alto de la pajarera, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de sepa-

rarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, como ya no viviré nunca!...

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño. Al solo anuncio de mi voz acudían a los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día el macho, al saltar desde los alambres a uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna, que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo piando tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes, que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, señalándome la pata del herido que colgaba casi desprendida, exclamó: "Hay que cortarla."—¡No!—grité yo.—Se le caerá sola—repuso el hombre.—¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé a otra jaula, y trasladé con él a su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente, vine á este sitio deseosa de conocer el estado del pobre enfermo. ¿Sabes lo que vi?...

Pues vi á la hembra con la pechuga, desnuda de plumas, sonrosada y jadeante. Si se había arrancado sus plumas una tras otra durante la noche, y con aquellas partes de su propio ser había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia. Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con un himno sonoro los desvelos de su compañera.

¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto?—exclamó Dolores con amargura— Porque saben amar; á tal extremo, que á los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah!—siguió diciendo Dolores:— ¡yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas, absoluta-

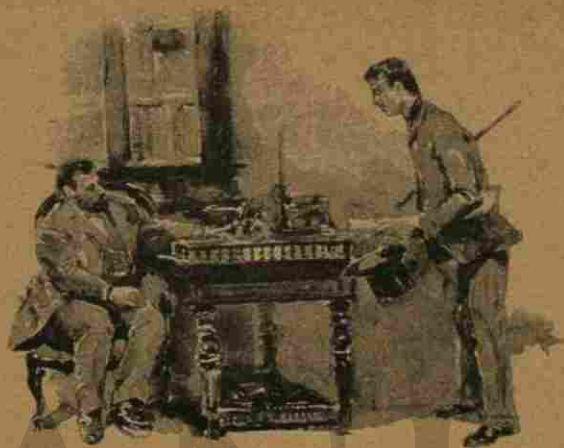
mente todas las fibras de mi alma! Y sin embargo... ¡ya lo ves!

É inclinó la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



UN AUTOR AL USO

Aún me parece estarlo viendo: cuando se presentó en mi casa con el manuscrito entre los dedos de la mano izquierda y el sombrero entre las uñas de la mano derecha.

—Caballero, me dijo aquel joven, delgado, muy mal vestido, lo cual no es un crimen, y con el traje lleno de grasa y de otras materias alimenticias, prueba insigne de suciedad que no admite disculpa; —caballero, yo soy hijo de familia, como usted puede ver. Mi mamá es lavandera.

—¡Pues nadie lo diría! pensé yo, mirando la camisa del joven, que parecía, por lo negra y por lo reluciente, una muestra de carbón de cok.

—Bueno; ¿y qué desea usted? le pregunté luego de ofrecerle una silla.

—Pues quiero leer á usted una pieza que he escrito; porque desde que me quitaron la plaza de escribiente que tenía en el ministerio de Fomento, me he metido á escritor.

—Eso es muy natural, repuse yo; habiendo sido escribiente de Fomento, nada más lógico que dedicarse á escritor público, en épocas de cesantía.

—¿Y en qué sección del ramo ha servido usted? añadió. ¿En Instrucción pública?

—No, señor; en Caminos. He ocupado allí un puesto durante cuatro años y tres meses.

—¿Y ahora? le interrumpí.

—Ahora, viendo que el oficio de autor es muy socorrido, y después de enterarme de cómo se hacen estas cosas, he cogido una obra francesa que se dejó olvidada en su mesa de noche un señor, cuando mamá tenía casa de huéspedes, y la he traducido al castellano.

—¿A su mamá de usted?

—No, señor; á la obra. Sólo que, siguiendo la costumbre establecida, en vez de po-

ner *traducción*, he puesto *original*. ¿Qué opina usted de eso?

—Que ha hecho usted perfectamente. Además, su conducta es lógica; un hombre que ha andado cuatro años en caminos, no puede proceder de otro modo.

—Me alegro de que esté usted conforme conmigo. Y tengo que advertirle una cosa. La obra, según me ha dicho un amigo—porque yo no estoy al tanto de eso que llaman movimiento literario los pedantes,—se representó primero en castellano con mal éxito, y fué traducida al francés, de donde yo la devuelvo al idioma nativo.

—¿Para ver si le han probado los aires extranjeros y la aplauden ahora?... No hay que preguntarlo: usted sabrá el francés á maravilla.

—He estudiado seis meses en casa por el método Ollendorff, y tengo traducidos todos los temas.

—Perfectamente, joven, perfectamente. ¿Y la obra está en verso?

—Sí, señor. Porque, lo que yo digo, eso de hacer versos es cuestión de empezar.

—Como el rascarse, ¿eh?

—Justamente.

—¿Y por qué metro se ha rascado usted?

—Por redondillas.

—Muy bien. ¿Y el asunto?

—El de siempre: un caballero vestido de frac, peluca blanca y pantalón corto, que le enseña á otro todo lo que pasa en España; un coro de peces, otro de chulos y otro de plantas tropicales, todos ellos con traje de mallas; dos ó tres parlamentos (los parlamentos cortitos) y treinta y seis decoraciones representando varios planetas, las cinco partes del mundo y las Vistillas.

Con esto, con una música alegre y unas coristas bien formadas, me parece que el éxito es seguro.

—¡Ya lo creo, joven, ya lo creo! Por supuesto, que habrá usted cuidado de que las canciones sean picantes y los chistes subidos de color.

—¡Y tan subidos! Me he dejado atrás todos los usados hasta ahora.

—Pues dígoles á usted que la obrita es de perlas. Usted empieza por donde otros acaban. ¡Ahí que no es nada! Treinta y seis decoraciones, el sistema planetario, las cinco partes del mundo, las Vistillas, la mar en peces y hortalizas y versos como los que usted hará... porque no necesito oírlos para comprender que estarán á la altura del ingenio dramático, de la instrucción y de los extraordinarios alientos de usted.

—¡Ah, joven! seguí diciéndole, mientras le impedía abrir el manuscrito: no me lea

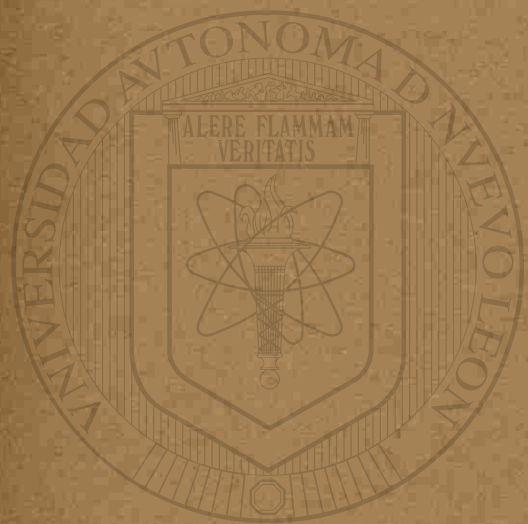
usted nada; no quiero oírlo. Déjeme usted saborear íntegra la emoción que ha de producirme esta obra excepcional.

Usted ha entendido el teatro; usted conoce al público; usted sabe de arte; usted hará carrera y cobrará trimestres escandalosos, y será autor, y la obra se representará seis meses seguidos.

Cultive usted el género, y en cuanto reciba los primeros ingresos de su nueva y originalísima producción, comprese un gabán fuerte, porque el invierno está muy frío y sería lástima que se malograra un genio así, llamado á ocupar puesto distinguidísimo en la literatura que cultivan sus contemporáneos.

Y cerré la puerta, admirando el poder de Dios, que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos á esta venturosa tierra de España.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE **LA NIEVE** LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL D



Iba cayendo, cayendo, menuda y revuelta,
parecida, cuando el viento la agitaba, á un
enjambre de mariposas blancas que revoloteasen inútilmente buscando flores sobre

®

los árboles desnudos, y semejante á esos diminutos pedazos de papel que arrojan desde los balcones á la calle el brazo inexperto de un niño, el capricho pasajero de un indiferente ó la mano trémula de una mujer enamorada.

Bien pronto aquellos fragmentos blanquinosos é irregulares se fueron espesando hasta convertirse en copos de resplandeciente blancura, que caían sobre las piedras del arroyo, sobre las losas de la acera, sobre la arena de los paseos y sobre el fondo polvoriento del camino, cubriéndolo todo, constituyendo un conjunto uniforme, en el que desaparecían los declives y las ondulaciones del terreno.

Y mientras la nieve caía, ella y yo, recostados contra los cristales del balcón de su gabinete, la mirábamos descender, cubrir con sus blancos matices las ramas de los árboles, desparramarse por las eminencias verdosas del jardín, culebrear sobre el musgo de los senderos, deshacerse entre los cristales del arroyo, cubrir la bóveda del invernadero y pasar por delante de nuestros ojos, como deseosa de distraer nuestras penas ó dar aumento á nuestras alegrías.

Con alegría inmensa la miraba yo entonces al lado de aquella mujer, hermosa como

una estatua griega y sensual como una odalisca árabe; primer amor de mi juventud, todo lo había sacrificado, y ella era, con sus cabellos negros, con sus ojos oscuros, con sus labios rojos y entreabiertos, con su barba redonda y su cuerpo torneado y flexible el límite y la encarnación de mis deseos, la sola imagen á quien yo rendía culto en las soledades de mi espíritu. Como todas las grandes pasiones, necesitó la mía ser dueña absoluta de su alma y de su cuerpo, y de ambos disfrutaba, sin que en dos años hubiesen venido á turbar mi dicha más que esos celos que una impresión trae y otra impresión se lleva, y algunas sombras misteriosas que habían encontrado en el suyo las expansiones infinitas de mi afecto.

Nadie vino á estorbarme durante aquel tiempo la posesión plena de sus encantos separada ella de su marido, á quien un cargo oficial retenía en el extranjero, y satisfecha de mi amor, reservaba para mí todas las horas que el mundo la dejaba libre, y mostrábase gozosa de oír los sueños y las ilusiones que la juventud y la inexperiencia hacían brotar por mis labios.

Sin embargo, de un mes á entonces, notaba yo en mi amada cierta inexplicable actitud, mezcla de temor y de frialdad, cuyo origen buscaba mi alma tan pronto en esas

tristezas propias á la mujer, que la mujer no confía á nadie, como en los celos y suspicacias inverosímiles que por no tener razón de ser, tienen la más grande para constituir el tormento de un enamorado.

En todo pensaba menos en dudar de ella: el primer amor no duda, como no duda la primera esperanza ni el primer triunfo. La duda viene luego, tras el primer desengaño; entonces se convierte en la compañera perpetua de nuestra vida, y no nos deja hasta el fin del viaje.

No dudaba de ella, pero estaba ansioso por conocer los motivos de su conducta; y una pregunta revoloteaba sobre mis labios sin salir de ellos, como revoloteaba la nieve, sin penetrarlos, sobre los cristales del balcón.

—Oye, me dijo clavando en mi rostro sus pupilas negras y hermosas; deja la nieve y ven conmigo; tenemos que hablar.

La seguí hasta el fondo del gabinete, é instalándonos frente á la chimenea, donde chisporroteaban los leños encendidos, despidiendo á intervalos llamaradas azules, permanecimos silenciosos por espacio de algunos minutos, hasta que ella dió principio á la conversación con esta frase que me produjo el efecto de una puñalada:

—Viene mañana.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser, hombre? Mi marido. Yo sentí que toda la sangre de mis venas se me agolpaba á la garganta, y sólo pude responder con un suspiro ahogado y ronco.



—Ya comprenderás—siguió diciendo,— que necesitamos proceder con mucha cautela en lo sucesivo. Él no es hombre que sufra la traición; yo te quiero, pero quiero también mi tranquilidad y mi fama. Para conservar éstas sin perder tu afecto, es preciso que tú me ayudes, que te hagas amigo de él, que cultives su trato y que...

—No sigas, repuse oprimiendo nerviosamente su muñeca entre mis manos; no sigas, porque ni yo he de oírte, ni lo que propones es aceptable para mi amor.

Hacer eso, valdría tanto como transformar lo que hoy representa una imagen grandiosa y sublime, en algo tan bajo y mezquino que sólo inspirara remordimiento y asco. Yo no puedo compartir tu amor con nadie, sea quien sea; yo no puedo tampoco devorar en silencio mis penas, saber que eres de otro hombre, y callarme; el miserable entonces lo sería yo por saberlo, no él por ignorarlo; y más miserable aún si al propio tiempo que robaba á ese hombre su honor, estrechaba su mano y le daba el nombre de amigo. No: yo no soy capaz de tal infamia; le disputaré tu amor frente á frente, sin temer el escándalo; pero no iré á robárselo con la frialdad del asesino que hiere á mansalva y en la sombra.

—¡Pero estás locol repuso ella con tal acento de ironía que arrancó la última esperanza de mi pecho. ¡Y yo que te creía un hombre razonable!... Ahora sales con esos romanticismos de niño y con esas frases de poeta... ¿Quieres que haga contigo como las heroínas de novela? ¿Que sacrifique á tus locuras mi dicha, mi nombre, mi estimación social? ¿Dónde has apren-

dido esas cosas? ¿De qué mundo sales?

—¡De un mundo, grité yo con ira, donde se puede llegar al delito, pero donde no se puede llegar nunca á la abyección!

—Basta, no sigas; veo que es imposible convertir á un demente: y lo siento, porque te quería; pero, francamente, á tanto precio, me resulta caro tu amor.

—¿Eso quiere decir que hemos concluido?

—¿Y qué remedio? ¡Cualquiera mujer que se estime es amante de semejante locol

—¡De modo, exclamé yo, que tu amor es mentiral ¡Valiente para el crimen y cobarde ante el sacrificio! Amor egoísta que se acaba cuando sus goces pueden ser turbados por una sombra de amargura. ¿Y yo he creído en ti? ¿Y yo te he amado? Hice mal. Las mujeres como tú deben ser tratadas de otra manera.

Ella se levantó furiosa; su rostro pálido reflejaba la ira; avanzó hacia mí, y me dijo con acento glacial y terrible:

—Olvida usted que está hablando con una señora. Salga usted inmediatamente.

No respondí nada; cogí el sombrero entre mis manos nerviosas y trémulas, y abandoné el gabinete donde dejaba la primera esperanza de mi alma para llevarme el primer desengaño de mi vida.

Al llegar á la calle contemplé la nieve

que teñía de blanco las anchurosas alamedas del jardín.

Aquella nieve se desharía á los rayos del sol; el fuego de mi alma habia sido inútil para fundir el hielo en el corazón-egoísta de la mujer que quedaba allá dentro, iluminada por las llamas temblorosas que ardían en el fondo negruzco de la chimenea.



CRÍTICOS ESPONTÁNEOS

Es cosa que produce asombro el adelanto conseguido por y para la crítica en los tiempos que corren. Antiguamente (mereño á diez ó doce años atrás) ejercían de críticos

hombres de gran autoridad literaria, de vasta erudición, de talento sólido, de juicio sereno, de extraordinarias y respetables aptitudes; y estos hombres, cuando trataban de juzgar alguna obra dramática, hacíanlo al cabo de una semana, después de oírla, de verla, de leerla y de estudiarla, pues de todo eso necesitaban aquellas pobres gentes, tan inocentonas y premiosas, que si escribían algo á la mañana siguiente de un estreno, calificábanlo con el modesto y ruin título de *Impresiones teatrales*.

¡Infelices señores aquellos que se pasaban la vida revolviendo clásicos y revolucionarios de todas las literaturas para tener un criterio fijo, cimentado en bases duraderas y firmes, y analizaban concienzudamente las obras sujetas á su examen, por gozar fama de escrupulosos y de justos! Qué desengaño tan grande el suyo, cuando hayan visto probado, con el irrefutable testimonio de los hechos, que los críticos no se forman en fuerza de estudios y de meditaciones hondas, sino que brotan espontáneamente, á semejanza de los saludadores; y así como éstos llevan la salud en la lengua por obra y gracia del Espíritu Santo, llevan ellos en el mismo sitio, y por las mismas divinas mercedes, el dón maravilloso de la crítica.

Y no caben dudas de ninguna especie á propósito de esta materia; sólo considerando la facultad de criticar como parte integrante de la *gracia* que ha inmortalizado á San Agustín, puede explicarse uno la existencia de muchos críticos contemporáneos que andan y hablan y escriben sin asombro de nadie y hasta con aplauso y respeto de muchos. ¿Cómo podrían hacer y deshacer reputaciones los que no disfrutan de ninguna, sin el apoyo invisible de la Providencia? ¿Cómo, en fin, los que nada saben, ni de nada entienden, ni sirven absolutamente para nada, iban á ejercer de críticos y directores del gusto literario, si quienes semejantes oficios les encomiendan y quienes acatan con servil inconsciencia sus opiniones, no reconocieran en ellos la intercesión sobrehumana y el sobrehumano amparo á que anteriormente me refería?

A no ser por esto, no me explicaría yo nunca cómo es crítico y ejerce de tal mi antiguo compañero Bonifacio Gómez, que nunca supo redactar una noticia con sentido común, y andaba cada cuatro líneas á puñetazo limpio con la sintaxis. Pues, sin embargo, de pocos meses á esta parte se ha metido á juzgar pontificalmente á todo el mundo, desde las columnas de un periódico, y lo hace con tal soltura y tanto

desahogo, que da envidia verlo. Digaseme cómo este individuo, que no pudo encontrar en cinco años editor para una novela donde había más puntos suspensivos que palabras, y que en dos temporadas consecutivas alcanzó la honra merecida de ser silbado en un teatrillo por horas, se atrevería, sin el divino auxilio de la gracia á repartir por esos escenarios de Dios patentes de genio con la misma desdenosa y altiva indiferencia con que entrega al público hojas impresas un repartidor de prospectos.

No; cuando Bonifacio Gómez hace eso, es porque un día, mientras se levantaba de la cama, hallóse invadido por el microbio de la crítica, y así como las embarazadas incipientes se arrojan en brazos de su esposo al sentir el primer síntoma justificativo del suceso, y le dicen con voz donde se mezclan el asombro y la alegría: "¡Me siento madre!", Bonifacio Gómez notó algo que le escarabajaba por el cuerpo, y, presentándose en la redacción del periódico, le dijo al director con voz conmovida: "Déjeme usted ir al teatro. ¡Me siento crítico!".

Y fué; y hoy produce admiración respetuosa verle entrar por el pasillo de butacas, con el sombrero sobre las cejas, la levita abrochada, el rostro grave y las cejas fruncidas, en el momento de ir representa-

das algunas escenas. Sus tacones, que causan un ruido infernal, como si estuvieran muy satisfechos de sustentar á individuo tan eminente, hallan por fin descanso cuando el crítico, arrellanándose en la butaca, adopta una posición severa, pregunta al vecino lo que pasa en escena y el nombre de los personajes, enfila los gemelos hacia las candilejas, y á cada verso, á cada situación hace un gesto desdenoso, como si exclamara: "¡Qué ignorantes son estos escritores! ¡Qué sabio soy yo, y qué paliza voy á dar mañana en el periódico al desdichado autor de esa quisicosa indefinible!".

Pero donde Gómez despliega todo su poder y todas sus excepcionales condiciones de crítico providencial, es en los entre actos. No pára un momento; va de un lado á otro: se detiene en un corrillo; saluda á X. y á Z.; murmura palabras entrecortadas, por este ó parecido estilo: "Veremos," "escabroso...," "efectismo...," "la cosa vale poco," "la situación está mal preparada...," "las corrientes del público son otras," etc., etc. Al cabo vuelve á su butaca, suelta una cargada despreciativa en la situación más patética del drama, mueve los pies como si en ellos tuviera su gusto literario el centro de sensibilidad, y enarca los ojos, hasta que abandona la sala momentos antes de

terminar el espectáculo, no sin dirigir primero, y en voz alta, una frase de protesta contra el autor de la obra y contra el público, que tiene la paciencia de sufrir semejantes disparatadas concepciones.

Desde el teatro se dirige á la redacción, y allí es de ver patente, más que en parte alguna, la protección que recibe Gómez de la altura. Aquel sujeto que en su vida pudo escribir cuatro líneas descifrables; que desconoce en absoluto la literatura patria; que no tiene la noción más rudimentaria de arte, llena cuartillas y más cuartillas, emite juicios, sienta afirmaciones, expide una credencial de imbécil al autor del drama, y se va á su casa seguro de que al día siguiente participarán de su opinión la mayor parte de los lectores del periódico.

Claro es que Gómez suele escribir *actitud* por *aptitud*, ó decir, en obsequio de una obra, que *tiene un verso admirable, origen del éxito*, cuando no averigua que *los monólogos están bien dialogados* y otras lindas por el estilo.

Pero... ¿qué son éstas sino pequeñas faltas que nada significan, y que en modo alguno pueden destruir el golpe de vista, la clara intuición, el acertado criterio de aquel hombre que acaso sea, y es en realidad, un ignorante, pero que ha resultado

crítico espontáneo, y sirve para el caso mejor que todos los sabios y todos los eruditos del mundo?

Lo repito; la facultad de criticar es independiente del cerebro; puede carecerse del segundo y poseer en alto grado la primera. ¿No es un testimonio patente de esta afirmación Bonifacio?

Yo creo que sí, y creo que semejantes críticos sirven para dos cosas: para encauzar el gusto literario—hecho indudable á todas luces—y para justificar el poder de la Providencia, sin cuya intervención no podrían explicarse muchos sucesos que ocurren en el mundo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONJUNCIONES

Las últimas notas de la orquesta acababan de perderse en el aire, y aún seguía su recuerdo acariciando voluptuosamente los oídos del público, como siguen acariciando



el oído del amante, muchas horas después de pronunciadas, las frases de la mujer origen de su amor.

Había terminado el espectáculo, y la Marquesa, levantándose del asiento que antes ocupara, se dirigió hacia el fondo del palco y allí permaneció en pie algunos instantes, sin aceptar el abrigo de pieles que le ofrecía su marido, como si quisiera poner de manifiesto ante los ojos de éste y ante los de Jorge (su más asiduo contertulio), todos los maravillosos encantos de su cuerpo; sus hombros redondos, su pecho alto y bien contorneado, que se desvanecía formando deliciosa curva entre los encajes del corpiño de seda; sus brazos desnudos y frescos, su cintura flexible y sus espléndidas caderas, sobre las cuales se ajustaba, para perderse luego en mil y mil pliegues caprichosos que apenas descubrían el nacimiento de unos pies primorosamente calzados, el rico vestido, hecho, más que para velarla, para realzar la estatuaria corrección de sus formas.

Los dos la miraban; el marido, el viejo y acaudalado prócer, con la satisfacción pasiva y moderada de la impotencia; el mozo, con la febril inquietud que pone en los ojos el deseo cuando la sangre es joven y la vida palpita en el organismo pletórica

de energía y de poder. Ella sonrió satisfecha de aquel triunfo plástico; la sedosa piel del abrigo cayó sobre su espalda desnuda, y sólo quedaron al descubierto sus ojos negros, su nariz correcta, sus labios sensuales y el extremo enguantado de su brazo, que se apoyó en el de Jorge, mientras la Marquesa decía a éste con voz vibrante y acariciadora:

—Usted me acompañará hasta casa; el Marqués tiene una cita en el ministerio.

—Sí, respondió el anciano.

Y los tres salieron del palco; ella apoyándose dulcemente en el brazo de Jorge; éste, envanecido con tal distinción, y el viejo, detrás, encendiendo un cigarro y siguiendo a la juvenil pareja con paso lento y trabajoso.

Cuando aparecieron en el *foyer*, todas las miradas se fijaron en ellos; las mujeres cuchicheaban en voz baja, mezclando a sus frases sonrisas epigramáticas y desdenosas; los hombres reían también con más fuerza, con más descaro, y entre unos y otras se cruzaban palabras por éste o semejante estilo:

—¡Vaya un grupo!

—¡Y él es buen mozo!

—¡Es claro! Se casó con el otro por dinero...

—¡Qué cinismo! ¡Es escandaloso!
 —¡Pobre Marqués! ¡Está en Babia!
 —¡Como que Babia es el pueblo natal de todos los maridos viejos!

—No es la primera.

—Pero eso de hacer gala de su falta, es insoportable... repugna.

Cualquiera que hubiese escuchado estas conversaciones, hubiera creído que los censuradores de aquel adulterio, volverían despreciativamente su espalda á los adúlteros; y, sin embargo, á medida que el grupo, origen de tan varia y justa murmuración, llegaba cerca de los que se ocupaban en criticarlo, las injurias cesaban, en todos los labios aparecía una sonrisa de afecto, los hombres se quitaban el sombrero, inclinábanse las mujeres cortésmente, y palabras cariñosas de *A los pies de usted, Marquesa. Adiós, Jorge. Hasta mañana, querida*, oíanse el paso de la gran dama, que con la frente alta, provocadora la mirada y atrayendo hacia sí al cómplice de sus traiciones, atravesaba orgullosa por delante de todos, luciendo las galas que habían arrojado sobre su cuerpo las debilidades de un viejo, y el amante que supo conquistarse con el incontrastable poderío de su hermosura.

—Adiós, dijo la Marquesa, despidiéndose

de su marido, para subir al carruaje, seguida de Jorge.

—Adiós, repuso aquél.

Y se quedó mirando partir la lujosa berlina, en pie sobre la acera y mascando el cigarro que se desvanecía en espirales de humo, mientras la Marquesa, oprimiendo entre sus manos las de Jorge, y volviendo hacia él su rostro henchido de promesas y de deseos, murmuraba á su oído con acento apasionado y febril:

—¡Jorge mío, qué dichosa soy á tu lado...

El carruaje llegó á la puerta del palacio donde residían los Marqueses. Junto á aquella puerta, arrebujado el cuerpo en un mantón de puntas, con un pañuelo de seda caído sobre los ojos, la cara pintarrajeada y el ademán grosero y desenvuelto, había una mujer, una mercenaria del arroyo, una de esas mercancías del vicio que se venden en la sombra, como temerosas de que la luz, mostrando sus miserias, disminuya su precio; una de las muchas víctimas que el hambre, la ignorancia y el abandono arrojan en medio de la calle, y que mendigan un pedazo de pan cuando brindan con placeres al transeunte.

Aquella mujer se detuvo para hablar con alguien á tiempo que el coche de la Marquesa paraba frente á los umbrales del pa-

lacio y el lacayo abría, sombrero en mano, la portezuela.

—Hasta mañana, Jorge, dijo la Marquesa. No olvide usted la hora. A las dos. Estaré sola.

—Hasta mañana, repuso la voz del joven desde el interior del carruaje.

Y la Marquesa, saltando ligeramente al suelo, envuelta en pieles y sedas, tropezó con la miserable aventurera que la obstruía el paso. Las dos se miraron; sus rostros, iluminados por los amarillos reflejos de un farol, se hallaron frente a frente, pintarrajeado y repugnante el uno, hermoso y atractivo el otro; el hombro de la aventurera rozó el cuerpo de la gran señora, y ésta, retirándose con asco, penetró en el anchuroso zaguán, exclamando en voz baja:

—Estas mujeres están en todas partes. Debía procurarse que no tropezaran con ellas las personas decentes.



UN CHICO LISTO



Salió de cualquier parte, de un pueblo, de una capital de provincia, de una callejuela de Madrid; y sin otras condiciones morales de importancia que su ductilidad maravillosa y su desparpajo á prueba de humillaciones y desprecios, consiguió meter la cabeza, no sin hacerse antes chichones mayúsculos en

la dignidad, en un periódico de gran circulación.

Y ya tienen ustedes á Pepe Ruiz, como le llamaban entonces, al Excmo. Sr. Don José Ruiz Pérez, como le llaman ahora, hecho todo un periodista y tomando café en el inmediato al salón de conferencias del Congreso.

Pepe Ruiz era un chico perseverante: conocía á fondo, mucho más á fondo que la ortografía y la sintaxis, el país donde había nacido, los ministros con quienes se codeaba á diario, y el modo de ser una autoridad en ambas Cámaras; pues para el caso de catar hombres y de medir inteligencias, lo mismo sirve un diputado que un senador por derecho propio.

Pepe no entendió nunca, y presumo que ahora seguirá ocurriéndole lo mismo, gran cosa de nada. En política reducíanse sus conocimientos á saber el número de decretos que firmaba el ministro del ramo correspondiente á sus investigaciones, quién estaba para entrar y quién para salir; qué se murmuraba entre los descontentos y cuántas horas de duración habían de tener las sesiones de Cortes. A esto, á llevar apuntados en su memoria, mejor que lo están en la *Gula Oficial*, los apellidos de todos los prohombres de España, y á saludarlos con franqueza de íntimo amigo, limitábase la ciencia del sujeto. De arte no hay que hablar; confundía á Campoamor con Carulla, á Pérez Galdós con Torcuato Tárrega, á Echegaray con Pina, á Vico con Mesejo, y claro es que su literatura corría parejas con sus confusiones; lo cual no le impedía hacer de vez en cuando su re-

visita de teatros y su crítica impresionista de la última obra publicada.

Todos los redactores que pensaban y discurrían con inteligencia en el periódico, burlábanse de Pepe Ruiz; pero él, sin darse por entendido de tales burlas, y burlándose acaso para adentro de sus burladores, seguía su camino y entraba en el Congreso con ínfulas de diputado presunto y lucía ante los estupefactos ojos de cualquier Becerra un *terno* flamante, modelo recién venido de la calle de la Cruz, y saludaba á éste al paso y estrechaba la mano de aquél, y sacudía las motas del gabán al ministro de la Gobernación, y sonreía humildemente al presidente del Consejo cuando este contestaba con un bufido á alguna de sus indiscretas preguntas, y poco á poco iba abriéndose hueco entre la masa rural y cunera que le rodeaba. Al fin, con un suelto laudatorio para cierto personaje y otro depresivo para el de más allá, y una de cal y canto para el que estaba entre si me caigo ó me tengo en pie, consiguió el hombre hacerse respetable, así como suena, respetable, y eran sus cuartillas aurora de esperanza ó nuncio fatídico, según, elogiándolos ó denigrándolos, aparecían á los ojos de nuestros políticos sub-eminentes.

—Don Fulano—le decía Pepe á un ex mi-

nistro de esos que fueron al poder porque sí, y luego de probar su ineptitud continuaban siendo aptos para el cargo;—don Fu-



lano, en el número de mañana le voy á dar á usted un *palito*.

—Pepe ¡por Dios! ¿qué le he hecho yo á usted para que me trate tan mal? ya sabe usted que yo le aprecio y que no le olvido. No se *meta* usted conmigo en estas circunstancias.

—Bueno, hombre; lo quitaré. Basta que usted lo pida.

—Gracias, Pepe, gracias. Crea usted que solo deseo pagarle tan inmenso favor.

—Don Mengano—exclamaba á poco rato el insigne Ruiz, encarándose con otro ex ministro de la misma alcurnia que el de antes:—don Mengano, ¿ha leído usted lo que digo en el número de anoche á propósito de que está usted indicado para Fabié (él decía ministro) de Ultramar, en la próxima combinación?

—¿No he de leerlo, Pepe de mi alma? respondía el *ex*: ¡ya lo creo! deseando estaba que nos viésemos para darle á usted un abrazo. ¡Esto es lo que se llama un amigo!—añadía volviéndose á otro chico listo que le seguía con cara de secretario particular y de aspirante á yerno político de su excelencia.

Con los hombres de verdadero mérito usaba Pepe otro sistema. Haciale comprender su *mundología* que si una inteligencia superior se ríe de los Ruices y de lo que los Ruices puedan hacer en contra suya, es siempre—porque en esto sí que todos somos iguales—accesible por la adulación y por el servilismo. De estos dos medios se valía Pepe para captarse, ya que no el aprecio, la buena voluntad de las ocho ó

diez personas de talento que, apurando la requisa, pueden entresacarse del montón de los políticos contemporáneos.

—¡Qué hermoso discurso ha pronunciado usted ayer tarde!—gritaba Ruiz á voz en cuello.—¡Eso es hablar! ¡Hombres como usted hacen falta en este país! ¡Bravo, don Perengano, admirable!

Y don Perengano, sin ver de qué incensario venía el incienso, lo aspiraba con gusto, dando un apretón de manos á aquel chico tan humilde, tan cariñoso, amante de su oratoria y dispuesto, por admiración, á limpiarle las botas en caso de necesidad.

Así vivía Pepe, y mientras sus compañeros escribían hermosos artículos que por ir sin firma les privaban hasta del éxito; mientras dirigían la opinión ó confeccionaban el periódico; mientras los noticieros de verdad se limitaban á dar noticias y á comentarlas sin adular á nadie, él continuaba su rumbo por el salón de conferencias, y una mañana se supo que el ignorante, el inepto, el antisintáctico y antiperiodístico Pepe Ruiz, salía diputado ministerial por un distrito al que no estaba unido ni siquiera por vínculos de conocimientos geográficos.

Y fué diputado y secretario particular de un mamarracho con cartera, y gobernador luego, y subsecretario después, y hoy se

pavonea por esas calles, y mañana puede que le veamos de ministro de la Corona.

Después de todo, de la madera de Pepe Ruiz han salido muchos tarugos con destino á consejeros responsables.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



PRIMAVERA

Fué una mañana paseando por las frondosas alamedas del Retiro; bajo la sombra de aquellos árboles robustos, sobre cuyas ramas gorjean los pájaros celebrando con notas vibrantes el festival de sus amores, y entre cuyas hojas se quiebran, formando caprichosos matices, los rayos del sol, mientras el aire las agita y columpia con suave

y lascivo cuchicheo para descubrir á intervalos las azules tonalidades del cielo, de ese cielo donde pone siempre sus ojos el que apetece algo infinito que le libre, aun cuando sólo sea por breves instantes, de las miserables pasioncillas y de las ruines ambiciones, que constituyen la síntesis suprema y definitiva de la existencia para la mayor parte de los humanos.

Siendo tan hermoso el espectáculo de la naturaleza, son muy pocos los que dedican un par de horas á contemplarlo. ¿Por qué? Porque tales contemplaciones equivalen á perder el tiempo, en opinión de los hombres prácticos.

Ocupar dos horas diarias en ver cómo los árboles enlazan sus ramas y columbian sus hojas; cómo las flores abren sus capullos de tonos encendidos para deshacerse en perfumes, así como el canto de los pájaros se deshace en misteriosas armonías, y el murmurio de los arroyos en suspiros, y las nubes en jirones de ópalo, y los rayos del sol en polvo luminoso cernido por las ondas inquietas y transparentes del aire; todo esto, ni vale nada, ni significa nada á juicio de quienes pueden emplear ese par de horas adulando á un imbécil, humillándose ante el éxito, traficando con su conciencia y jugando á los cubiletes con su

dignidad, para prepararse una vejez tranquila y repleta de comodidades y bienandanzas. A esos—y por semejante patrón se hallan cortados casi todos los que llamándose prójimos en el mundo se esfuerzan en dar al prójimo contra una esquina—les importa tanto de la naturaleza y de sus primores, como á mí de los autorzuelos intermitentes que transforman la literatura en mercancía, y el escenario en mostrador de vulgaridades y de indecencias.

Pero, en fin, yo, que no pertenezco, y es una lástima, porque andando los años podría ser subsecretario y hasta ministro (con menos méritos que yo, teniendo yo tan pocos, andan por ahí muchos, y nadie se extraña); yo, que no pertenezco, repito, á esa pléyade de logreros que ni perdonan minuto ni reparan en medios para ser cosa que produzca buenas rentas sin grandes trabajos, tengo la mala costumbre de proporcionarme las satisfacciones no positivas que al espectáculo de la naturaleza se refieren; y una mañana, como dije antes, paseaba por el Retiro, ensanchando mis pulmones con el aire fresco de la primavera y refrescando mi alma en aquel paisaje lleno de luz y casi desprovisto de figuras humanas.

De pronto tropezaron mis ojos con un ser tendido en la hierba, que medio le cubría

con su manto fresco y oloroso. Era un niño de cuatro ó cinco años que dormía bajo la ancha sombra de un árbol, con la tranquilidad sublime de la infancia y con el sereno descuido de la inocencia.

Envuelto en jirones mal remendados, por



entre los cuales aparecía su carne sonrosada y fresca, desnudos los pies y abiertos los brazos en cruz, entregábase al reposo sin que una sombra de tristeza ó de angustia se dibujase en su frente hermosa y ennegrecida por la intemperie, sin que un pliegue de tristeza viniese á enturbiar la sonrisa de ventura estereotipada en sus labios, y sin que una madre, ni una herma-

na, ni un amigo, ni nadie, velase su sueño, respetado por el sol mismo, que tímida y medrosamente, más como quien acaricia que como quien quema, resbalaba por su cuerpecillo escorzado é inmóvil.

Y no obstante, aquella criatura dormida era un sér abandonado; una de esas víctimas de la suerte que se maldicen al nacer, que se arrojan al mundo con vergüenza, que se crían en el arroyo y que, empujadas por la miseria, flotan sobre este oleaje de la vida para sumergirse en horribles profundidades, sin que el recuerdo de una caricia endulce su infortunio, ni las expansiones de un afecto puro consuelen su desgracia.

¡Pobre sér falto de amparo y de protección el que yo contemplaba entonces! ¡Qué realidades más tristes le aguardaban en el porvenir, y qué ensueños más deliciosos debían acariciarle en el presentel Yo le miraba con lástima y con envidia á un tiempo; con envidia, porque era niño; con lástima, porque estaba obligado á ser hombre; hubo un instante en que me incliné para besar su rostro; pero no lo hice. Robar una hora de ventura á quien tan pocas iguales á ella debía poseer en el mundo, parecióme una imprudencia y una injusticia.

Tales eran mis pensamientos, cuando me

distrajo de ellos un rumor de pasos y voces que sonaban en un sendero próximo, oculto á mis ojos por el tupido manto de verdura que á uno y á otro lado de la alameda se extendía. Aparté las ramas para mirar, y vi una pareja deliciosa, una mujer y un hombre, jóvenes los dos, hermosa ella, fuerte él, y apasionados ambos; el amante ceñía con un brazo el esbelto cuerpo de la muchacha, mientras deslizaba en su oído, en su corazón sin duda, tiernas frases de amor, de las cuales sólo llegaba hasta mí un eco dulce é indescifrable.

Solos, perdidos paralos ojos de la gente en aquella solitaria encrucijada, acompañados por el canto de los pájaros, por el chasquido de las ramas, por el cuchicheo de las hojas, por las vibraciones del aire y por los átomos de luz que se acariciaban en el espacio, iban los dos amantes gozando de su amor y extasiándose en su ventura.

Ella volvió el rostro; los labios del mozo se apoyaron con ansia y con delirio en los suyos, y uno y otra se ocultaron en una de las revueltas curvas del camino.

Yo los miré á ellos, miré después al niño, y establecí entre las dos imágenes relaciones y consecuencias que me hicieron maldecir de la sabia organización social, donde el amor y sus grandiosas expansiones pue-

den provocar, y provocan, lágrimas sin cuento, desdichas irreparables, mientras en la naturaleza sólo producen pájaros que cantan, ramas que se unen, flores que recrean la vista y que enriquecen el ambiente con su aroma; la perpetuidad de la vida, en fin, sin manchas que la oscurezcan ni desamparos que la prostituyan.





1870-1890

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

AQUELLOS eran unos tiempos muy distintos a los de hoy para mí; se alza entre ellos un abismo hondo: el que separa las ilusiones de los desengaños, y a un niño pobre é inocente de un hombre que, conservando la primera de estas virtudes, ha perdido para siempre, y bien contra su voluntad, la segunda.

Vivía yo entonces en las Peninsulares, en esa línea de casas simétricas frente a las cuales se levantan ahora calles espaciosas y viviendas alegres, y desde las que sólo se se divisaban, hace veinte años, las estériles curvas de Monteleón, la solitaria ronda del Saladero y los desiguales montículos de la puerta de Bilbao, salpicados a trechos por sucios y mal olientes bodegones, donde el entrar era un arrojo y el alimentarse un heroísmo; por pintarrajeados columpios y por los inverosímiles caballos de un *Tío Vivo*, que daba vueltas y más vueltas al compás de una música insoportable, con gran contentamiento de soldados y fregatrices.

En tales sitios se desarrollaban amplia y desenfrenadamente mis infantiles travesuras. Muchas tardes, al volver a mi casa con los cabellos en desorden, sudoroso, agitado, risueño; al subir a saltos la escalera, o al detenerme frente a la puerta de mi habitación, tropezaban mis ojos con un joven, de modesto atavío, ancho de espaldas, robusto, de fisonomía bondadosa, recortada por una barba oscura y de pupilas brillantes, a través de las cuales descubríase toda la potencia de un cerebro fuerte y de un organismo vigoroso. Siempre que estos encuentros se verificaban, aquel joven me dirigía una palabra de cariño, o una sonri-

sa, más cariñosa aún que sus palabras.

—¿Quién es ese que vive en el último piso — pregunté una mañana a la portera — ése que baja todas las tardes cuando yo subo?

—¿Ése? Uno de los pintores del sotabanco. Casto Plasencia.

—¿Y qué pinta?

—¿Qué ha de pintar, muchacho! Mujeres, hombres, cuadros muy bonitos, según dicen los que los ven... Pero ninguno de ellos le da una peseta.

Yo no escuché la última frase de la portera, dicha con el énfasis despreciativo propio a los burgueses y a los ignorantes, que se burlan del arte porque no tienen la buena ventura de comprenderlo; el nombre del pintor y las cosas que el pintor hacía, se grabaron en mi memoria, y pasé las horas acariciando la esperanza de satisfacer un capricho: visitar el estudio de Plasencia, y ver aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos cuadros tan bonitos que él pintaba.

Así es que, al subir por la tarde las escaleras de la casa donde vivíamos, al encontrarme en ellas con Plasencia, y al dirigirme éste, como de costumbre, una expresión de afecto, le cogí por un extremo de la americana, y le dije:

—Oye: ¿es verdad que tú pintas?

—Sí, pequeño, me respondió él.

—Y dí: ¿me dejarás subir á tu casa á ver los cuadros?

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto.

—¿Cuándo quieres que suba?

—Mañana, temprano.

É inclinándose hacia mí, acarició con sus manos anchas y musculosas mis cabellos, que eran entonces muy rubios (noticia que comunico para que se enteren de ella los que poseo en la actualidad y rabien de envidia), me dió un beso, y me dijo:

—Hasta mañana.

—¡Hasta mañana! grité yo.

Y entré en mi cuarto más contento que si me hubiera comprado mi madre una caja de soldados de plomo.



Una habitación ancha, desmantelada, irregular, con un caballete en el centro, una

silla de paja delante del caballete, varios estudios sujetos con clavos á las paredes desnudas, un rayo de sol que, penetrando por los cristales del techo, se descomponía sobre un lienzo á medio concluir, y un par de taburetes de pino; tal era, en 1870 ó 71, el estudio de Casto Plasencia.

En el centro del estudio estaba él en mangas de camisa, con el cuello de ésta desabrochado, la paleta llena de colores en una mano, el pincel en la otra y los ojos puestos en el lienzo, donde comenzaba á destacarse una cabeza de mujer.

—¡Hola, muchacho! dijo al verme.

—Buenos días, contesté yo, recorriendo con mirada curiosa todos los rincones del estudio, y fijándome en los diversos cuadros que le adornaban, con esa curiosidad inquieta del instinto que lo registra todo, y que desea averiguarlo todo y saberlo todo también.

— ¡Qué! ¿Te gusta esto? me preguntó Plasencia.

—Es muy bonito, repliqué yo.

—¿Quieres que haga tu retrato?

—¡Ya lo creo! grité con expresión gozosa.

—Pues siéntate aquí.

Y en el modesto asiento colocado por enfrente del cuadro, me senté por espacio

de veinte minutos, viendo con asombro cómo el pincel del joven pintor iba retratando sobre un lienzo grosero mis facciones traviesas, mis cabellos rubios, mi carne sonrosada, mi cuerpo entero, que yo veía destacarse entre los colores arrancados á la paleta con el mismo asombro medroso con que veía destacarse de las tinieblas de la noche los revoltosos diablillos cuyas hazañas y picardigüelas me contaba mi madre para dormirme. *

Cinco días servi de modelo á Plasencia, y aún recuerdo el efecto que me causaban sus ojos, en los cuales lucía de tiempo en tiempo un resplandor extraño, que yo no podía explicarme entonces, y que eran las llamaradas de la inspiración, de esa matriz gigantesca y fecunda donde se moldean las eternas concepciones del arte. Sí: en los ojos del pintor reflejábanse entonces todas las ansias de la lucha, todas las angustias del recelo, todas las alegrías de la esperanza, sentimientos múltiples que pueden ser condensados en una sola frase: el porvenir.

Veinte años habían pasado desde entonces, y hace uno que me invitaron á visitar el estudio de Plasencia, el hermoso estudio que poseía en el pasaje de la Alham-

bra, aquel estudio lleno de maravillas del arte y de la industria, alfombrado por ancho tapiz, y ostentando en sus lujosas paredes dos cuadros inmortales, debidos al pincel del insigne artista: *Las lavanderas* y *El mentidero*.

Cuando me acerqué á saludar á Plasencia, observé que si el tiempo había cambiado la expresión de su rostro, que si en éste se notaban las huellas terribles de la lucha por la gloria, sus ojos brillaban con idéntica bondad que en otros tiempos, y sus labios tuvieron para mí (al conocer en mí á su antiguo modelo) las mismas frases de cariño y las mismas expresiones de simpatía.

Hermosa tarde aquella; velada literaria y musical que no olvidaré nunca y que acude con tristes recuerdos á mi memoria al pensar que poco tiempo después contemplaba el cuerpo de Plasencia, inerte, sin vida, encerrado en un ataúd cubierto de flores, y faltar ya de expresión, de aliento, de energía y de fuerza.

El combatiente á quien yo saludaba en los años de mi niñez, ha triunfado; su nombre vivirá eternamente; pero al triunfar, ha muerto: que tal es la vida.

Ese algo que preside los destinos humanos, es muy pródigo para los males y para las derrotas; para los bienes y para los

triumfos es tan avaro, que cuando no puede impedirlos, los corta con el auxilio de la muerte.

Bien es cierto que á cambio de ella concede á los grandes hombres la inmortalidad.

¡La inmortalidad! Una gloria de que se entera todo el mundo, excepción hecha del difunto.



EN LOS TOROS

APOYADA en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse á impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrá-

triumfos es tan avaro, que cuando no puede impedirlos, los corta con el auxilio de la muerte.

Bien es cierto que á cambio de ella concede á los grandes hombres la inmortalidad.

¡La inmortalidad! Una gloria de que se entera todo el mundo, excepción hecha del difunto.



EN LOS TOROS

APOYADA en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse á impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrá-

base aquella muchacha, cuyo nombre ignoro, y todos los ojos se volvían hacia ella, y de todos los labios brotaba una frase de admiración para su belleza, iluminada por los reflejos del sol y por los resplandores de la juventud.

Era hermosa, con esa hermosura que agita la sangre y estremece los nervios, que despierta las codicias de la posesión, que, más que enamorar, enloquece, y antes de conmover, perturba. Todo en ella hablaba a la carne, no al alma; sus ojos negros, llenos de vida, que brillaban con relámpagos de fiebre entre sus pestañas espesas y oscuras; su nariz incorrecta, que abría y cerraba a breves intervalos sus ventanillos, sobre los cuales dibujaba la luz transparencias color de rosa; sus labios gruesos, rojos, sombreados en la parte superior por un imperceptible bozo, y mostrando en el húmedo hueco que dejaban al entreabrirse una dentadura blanca y pequeña; su barba redonda y fuerte; su cutis moreno, donde proyectaban las sombras de la mantilla esos tonos verdosos que son la desesperación de los pintores; su cuerpo entero, en fin, porque todo su cuerpo era un reto al deseo y una provocación a la espina dorsal.

Esto lo veía yo claramente con la triste y dolorosa claridad de la experiencia; y al

par que lo veía, escuchaba el himno de amor y de deseos que, provocado por aquella hermosura, entonaba a mi oído un compañero de juventud y de arte, un pintor que tiene los ojos saturados de líneas y de colores, el cerebro repleto de inteligencia y el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas.

Y mientras mi amigo hablaba creando en su imaginación un idilio, del que eran agentes principales él y la muchacha del palco, abajo, en la plaza, corría el toro levantando en los vértigos de su carrera torbellinos de arena que se doraban a los rayos del sol, y embestía contra los caballos, desgarrando sus carnes con heridas brutales y asquerosas, y volteaba a los picadores, y seguía en pos de los peones, ansioso de alcanzarlos, y se detenía junto a la barrera bramando de coraje, humillando la testuz y mostrando, al humillarla, el ancho morrillo, lustroso de sangre y de sudor. Rugía el toro, voceaba la gente, gallardeaban por delante de la fiera, capote en mano, los lidiadores, estremecíanse los tísicos jamelgos al caer en el ruedo con la última convulsión de la agonia, sonaban los clarines anunciando el cambio de suerte; salían los banderilleros, y la muchacha del palco, inclinando hacia adelante su rostro curioso, seguía una por una las peripecias de la lidia, con los ojos

brillantes, la boca entreabierta, los dientes encajados y las mejillas coloreadas por el placer.

—¡Qué hermosa es! decía mi amigo entre tanto: ¿no sientes, al mirarla, envidia de todo cuanto la rodea, de la mantilla que acaricia su frente, del vestido que ciñe su cuerpo, de los curiosos que la contemplan y del aire que se agita sobre su rostro? ¿No ves en esa mujer un venero de goces inagotables, de seducciones infinitas, de venturas eternas? ¿No comprendes que ser amado por ella, que sujetarla entre tus brazos, sentir su aliento junto al tuyo, recoger con tus manos trémulas los latidos de su corazón y aspirar con tus labios el eco de las palabras entrecortadas que ella murmurase, sería la síntesis del placer y la última palabra de la dicha? ¿No lo comprendes?

—El placer, sí; la dicha, no, repuse contestando a las preguntas de mi amigo. Esa mujer ofrece por su conjunto, por sus actitudes, por sus menores gestos, más amarguras que dichas al hombre que la ame; en ella responderá siempre la materia, el espíritu nunca; fíjate con qué satisfacción y con qué entusiasmo contempla la corrida; su rostro no palidece ni ante la sangre ni ante el peligro; el abanico que manejan sus manos la sirve, no para taparse los ojos,

para hurtar por breves instantes de los ojos ajenos los tesoros de su belleza; no hay en ella síntomas de ese miedo que se une a la alegría en todas las muchachas que asisten a la fiesta de toros; ella goza, no hace más que gozar, y cuanto mayor es el riesgo, más curiosa y más satisfecha se muestra. Emociones fuertes, rudas, salvas; emociones que broten de la carne, las proporcionará en todo momento; emociones dulces, emociones que broten del alma y por el alma, no las proporcionará jamás. Nadie puede proporcionar lo que no tiene.

—¡Estás loco! respondió mi amigo: ¿en qué te fundas para decir eso?

—En tu propia locura, repliqué yo.

Había llegado *el momento supremo*, como dicen los aficionados; la hora de matar. La *gartijillo* (porque aquella tarde mataba *La gartijillo*) estaba delante del toro con la muleta recogida y el estoque echado a la cara; el toro, con el hocico lleno de espuma y el lomo cubierto de sangre, permanecía quieto, inmóvil; solamente su pecho robusto y sus poderosos ijares jadeaban, demostrando el cansancio de la lucha; el público dividía su atención entre el hombre y la fiera. El matador dió un paso, acudió el toro, y todos pudimos ver una cosa horrible: la fiera embistió al hombre, lo volteó en sus

cuernos y lo despidió, haciéndole describir una curva en el espacio, á cuatro pasos de distancia.

El matador estaba ileso; pero sus calzones desgarrados probaban la violencia de la acometida y lo grave del peligro.

Yo levanté maquinalmente los ojos, buscando á la muchacha del palco.

Al verla, sentí una emoción extraña; toqué en el hombro á mi amigo, y le dije, señalándole el sitio ocupado por ella:

—Mira.

La muchacha reía á carcajadas.

Sin duda le había hecho mucha gracia ver á aquel hombre por los aires.



NOVELA CORTA

I

QUIERO SER DIPUTADO

SIÉNTASE usted, joven, le dije, mientras contemplaba con íntima simpatía á aquel mozo franco, robusto y de mirada inteligente, de rostro enérgico y de ademanes encogidos, que denotaban á tiro de fusil su naturaleza de provinciano; siéntese usted, y sepa yo á qué debo la honra de esta

visita y en qué pueden servirle los consejos que de mí para usted reclama la respetable persona que me lo recomienda.

—Ya sabe usted—repuso él—que tengo concluida, y, aunque el decirlo sea inmodestia, concluida con lucimiento mi carrera en la universidad de X... Siempre me llevaron mis aficiones por el camino de la política; vengo dispuesto á dedicarme á ella, y á ver si logro representar á mi país, en fuerza de perseverancia y de trabajo.

—Me parece bien. ¿Y qué piensa usted hacer para conseguirlo?

—Tengo grandes proyectos—replicó el joven, á tiempo que su rostro se iluminaba con una sonrisa de esperanza.—He estudiado á fondo las evoluciones y las necesidades políticas de mi país; conozco, en punto á economía, todo lo que se ha escrito; nacido entre el pueblo, me ha sido sumamente fácil analizar sus aspiraciones y tendencias: he formado un programa que defenderé con inquebrantable constancia, sin olvidos ni concesiones de ninguna especie. Con estos elementos, con los que me ofrece el periodismo, en el que pienso exponer un día y otro mis ideas; y con la propaganda que haga de mis doctrinas á presencia de los mismos á quienes puedan resultarles beneficiosas, estoy seguro de lograr el triun-

fo, como lo estoy de servir fiel y honradamente los intereses de mi patria.

—¿Conque tales son los pensamientos que á usted animan?

—Sí, señor.

—¿Y usted es rico?

—No.

—Pues entonces prepárese á no ser diputado nunca, ó á serlo dentro de veinte años, como plazo más corto.

—¿Qué dice usted?

—¡Ah, joven!—añadió, contemplándole con verdadera lástima;—usted me ha inspirado gran simpatía, y quiero que esta visita le sea provechosa. Con las ideas que usted tiene, no se consigue en Madrid más que una representación: la de San Bernardino. Otra es la ruta que necesita usted emprender, si quiere llegar al límite de sus deseos.

—¿Yo?

—Vamos á cuentas, y no me interrumpa. ¿Conoce usted á algún personaje influyente?

—Sí; pero el tal no participa de mis ideas.

—¡Vaya un tropiezo! Participe usted de las suyas, y estarán acordes en seguida.

—Eso representa una abdicación.

—¿Y qué es abdicar? Un verbo en moda

y elegante. Los reyes lo conjugan cada tres meses, y los políticos cada tres minutos. Nada, joven, nada; es necesario prescindir de pequeñeces. ¿Cómo se llama ese personaje?

—Don Éxito. Es un animal.

—Pero un animal que ha llegado á ministro; y los animales de este género se convierten en personas dignas de la mayor consideración. Usted debe visitar á don Éxito; elogiar á diario sus más tremendas barbaridades como si fuesen el límite de la ciencia humana y divina; acosarle en el Salón de conferencias; llamarle genio á grito pelado; quitarle las motas del gabán cuando lo lleve puesto y ayudarle á meter y sacar las mangas cuando se le ponga y se lo quite; con esto, con dedicarle un suelto encomiástico en los periódicos cada tres días, y con limpiarle las botas, ya hemos adelantado la mitad del camino.

—¡Caballero, mi altivez no me permite semejantes bajezas!

—¿Ahora salimos con que tiene usted altivez? ¡Ay, amigo! con esa virtud no se va á ninguna parte. La altivez se guarda para más adelante; para cuando sea usted director general, pongo por caso.

—Pero...

—Déjeme usted seguir; nada de interrupciones. Don Éxito tendrá hijas.

—Una muy fea.

—¡Bravo! Cultive usted el amor de esa fea, con el mismo afán que si se tratara de la propia Venus. Enamore usted á la hija de don Éxito, y si el padre se opone, róbelala usted. ¿Usted sabe lo que vendrá después del robo?

—Una pareja de la Guardia civil.

—No, señor, un distrito.

—Pero, caballero, ¡yo amo á otra mujer!

—¿Y eso qué importa? Siga usted amándola. El robar á la hija de un personaje no es lance amoroso; es una manera de conseguir el acta, muy parecida á la que emplean algunos gobernadores para que salgan triunfantes los candidatos ministeriales.

—¡Oiga usted, señor mío!...

—¡Óigame á usted á mi primero! Una vez diputado, dedíquese á frecuentar el trato de la mujer de cualquier otro personaje superior á don Éxito; es un medio infalible para llegar en tren expreso á una subsecretaría; y de subsecretario, se salta á ministro con la mayor facilidad del mundo. ¡Qué demonio, joven; usted es guapo, inteligente, robusto!... De oír mis consejos, puede usted ser lo que mejor le venga en gana, sin afanes, sin trabajo y sin exposiciones de ninguna clase.

—¡Pero usted olvida que yo soy un hombre de vergüenza!

—¿También eso? Pues, amigo mío, siento mucho decirselo; pero con semejantes defectos y repulgos, llegará usted á diputado (si llega), cuando sea viejo, cuando no pueda disfrutar de las ventajas plásticas que el poder proporciona, cuando haya dejado entre las zarzas del camino sus ilusiones, sus esperanzas, su vida entera... Haga usted lo que tenga por conveniente, pero créame. Para ser diputado en seis meses, valen más, infinitamente más que las ideas, y la constancia, y el talento, el gabán de don Éxito, las botas de don Éxito y la hija de don Éxito.

Y me despedí del provinciano, creyendo que aprovechará las atinadas advertencias que le hice con la mayor buena fe del mundo.



II

LO QUE CUESTA EL ACTA

“Sí, señores; dedicado desde mi juventud á mantener los principios liberales, igual conducta me propongo seguir si el fallo desinteresado de vuestros votos me lleva al Congreso; y al hacer esto, y al defender los sagrados intereses del distrito, defenderé las dos mejores causas á que puede dedicar un hombre su existencia: la libertad y la justicia.”

A la terminación de este párrafo, con el

que finalizaba su discurso el candidato propuesto por el Gobierno, una salva estrepitosa de aplausos atronó el recinto, y los electores pasearon en andas á su futuro representante, no sin hacerle beber, y beber ellos, los vasos de vino y aguardiente que son de rigor en estas circunstancias y que sirven para solemnizar en el mundo las santas expansiones del derecho.

Quedaron solos, por fin, en la sala, el candidato y el alcalde; aquél enjugándose el sudor y sonriendo con aire de triunfo; éste midiéndole de arriba abajo con su mirada socarrona, humedecida entonces, ignoro si por la emoción ó por el mucho aguardiente que había bebido.

—¡Vaya un discurso, don Antonio! ¡Vaya un discurso!—dijo el robusto y coloradote aldeano encarándose con el diputado en hipótesis que tenía delante.—¡Demonio, y qué bien junta usted las palabras, y cómo le salen del cuerpo! Pues... ¡y la voz! ¡Si parece mentira que no se haya quedado usted mudo! Nada, que si va usted al Congreso y habla, le van á oír los sordos.

—¿De modo que está usted conforme con mi programa?

—¡Ya lo creo, hombre, ya lo creo!

—En tal caso, puedo tener por segura mi elección.

—Mire usted, don Antonio, eso ya es harina de otro costal. Claro que á usted le apoya el Gobierno, y que nosotros somos muy liberales...

—Entonces...

—Vamos á hablar claro. Lo que menos me importa á mí, y lo que menos les importa á los vecinos que manejan esto de las elecciones, son los programas; hemos oído muchos, y no hemos visto cumplir ninguno. Además, nosotros queremos los diputados para nosotros, no para la nación; porque nosotros somos quien los sacamos de la urna, y la nación no tiene nada que ver con esto.

—¿Qué es lo que pretende usted decir, amigo mío?

—Pues muy sencillo. Yo dispongo de la mitad de los votos liberales del pueblo, y no tengo inconveniente en dárselos á usted, porque es usted un hombre simpático, y porque lo recomienda el Ministro; pero para que yo le dé á usted esos votos, es preciso que usted se comprometa solemnemente á una cosa.

—Usted dirá.

—Yo tengo un hijo, y este hijo mío, por celos que le daba una muchacha, la cual muchacha no quería ser novia suya porque lo era de otro, se apostó una noche detrás

de la esquina, y cuando ella y el mozo estaban hablando por la reja, se echó la carabina á la cara, y...

—¿Y qué?

—Nada; que lo mató á él, y la hirió á ella de mucha gravedad.

—¿Qué salvaje!

—Salvaje ó no, es mi hijo, y á mi hijo le condenó la Audiencia á quince años de presidio. Hace seis meses justos que está allá. Pues bien; lo que yo quiero es que salga, y que usted me gestione y me consiga el indulto del chico. ¡Me parece que no pido ningún despropósito!

—Pero, señor Alcalde, ¿cómo quiere usted que yo, representante futuro de la ley, de los respetos al derecho, del sosiego público, de la nación, en una palabra, vaya al despacho del ministro de Gracia y Justicia á pedirle el indulto y la libertad de un asesino? ¿Cómo voy yo á hacer eso?

—Como lo hacen otros. ¡Pues ni que fuera usted el primer diputado que iba al ministerio con tales pretensiones, ni que hubiera de ser el Ministro el primero que accediese á ellas! A puntapiés andan los indultos por ahí, y nadie se extraña y á todos les parece perfectamente.

—¿Y si yo no me presto á complacerle, señor Alcalde?

—Pues se queda usted sin ser diputado.

—¿Sería usted capaz?

—¡Ya lo creo! Y aún no he concluido. Otra de las personas que disponen de votos en el pueblo, es el secretario del Ayuntamiento; y ese no da los suyos como no echen tierra encima á cierto expediente gubernativo que le instruyeron por una pequeñez; porque teniendo que hacer reparaciones en una finca de su propiedad, echó mano de los fondos municipales, y aún no los ha devuelto; no por falta de voluntad, que él es muy honrado, sino por falta de recursos. ¡Ya ve usted si sería triste que un hombre de bien fuera á presidio por un apuro insignificante!

—¿Ustedes exigen que yo proteja á un ladrón?

—En primer lugar, el secretario no es un ladrón.

—¿Pues qué es?

—Un empleado. Y en segundo lugar, dispone de cincuenta votos, que para usted no representan un costal de paja.

—Pero, señor mío... ¿usted olvida quién soy yo?

—Porque no lo olvido le digo á usted esto. Usted es un candidato, y yo le ofrezco votos. Con los votos míos, con los cincuenta del secretario y con cincuenta que

le dará el cura si le proporcionan un destino bueno para el hermano de la parienta que vive con él, es usted diputado en estas elecciones, como yo soy alcalde del pueblo.

Quedóse el pobre candidato mirando al Alcalde, con cara muy triste y en actitud de desaliento. y el Pedro Crespo de aquel lugar añadió lo siguiente, como deseoso de consolarle:

—Don Antonio, no se preocupe usted. Casi todos hacen lo mismo, y viven felices, y tienen el distrito seguro. Por lo demás, el programa me parece muy bien, y en lo que toca á la protección de los cereales, nos ha satisfecho mucho á todos.

—¿Están ustedes conformes conmigo en este punto?

—¡No hemos de estarlo! Los que manejamos aquí esto de la elección, somos acaparadores de trigo; de modo que, cuanto más difícil sea introducir granos extranjeros, más caros podremos vender nosotros los nuestros.

—¡Ah!!

.....
A los quince días era diputado don Antonio, y cuentan que al proclamarse un día proteccionista en el Congreso, alguien que

estaba enterado de los sucesos anteriores á la elección, dijo por lo bajo:

—¡Ya lo creo que es proteccionista! ¡Como que lo protege todo; hasta los delitos!



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



SEVILLANAS

ESTABA yo en el teatro de Apolo, durante la representación de una de esas obras que ahora se estilan, en las que tomando el autor por pretexto cualquier cosa y cualquier individuo, hace desfilar por delante de ellos tipos inaguantables, de puro mano-

seados, y cuerpos de coros que resultan, por la uniforme semidesnudez con que se presentan al público de algunos años á esta parte, tan manoseados como los tipos.

Tal era la obra que aquella noche se representaba en Apolo. Oíala el público con agrado, gracias á la música ligera y retzona que la servía de salvavidas, y oíala yo también distraído en la contemplación de una muchacha que, ó mucho me engaño, ó vive destinada á ejercer de protagonista en un tomo cualquiera de los que publique la biblioteca *Demi-Monde*.

En tal momento preludió la orquesta las notas acariciadoras y vibrantes de una música popular, los acordes nerviosos de un baile andaluz, y juntamente con el sonido de aquellas notas, aparecieron en el escenario dos esbeltas figuras de mujer, ataviadas á la andaluza, vistiendo la una pantalón ceñido que descansaba, formando caprichosas arrugas, sobre dos pies, calzados primorosamente, chaquetilla de terciopelo granate y faja de seda arróllada á un cuerpo flexible y quebradizo. Un *calañé* recogido y coquetón cubría la cabeza de esta mujer trajeada de hombre, y por debajo del *calañé* se destacaban unos ojos negros llenos de malicia, una naricilla reman-gada y burlona, unos labios entreabier-

tos con picaresca sensualidad y una mata de pelo rubio sobre la cual brillaban, descomponiéndose en múltiples matices, los rayos de luz que despedían las lámparas eléctricas.

La compañera de esta mujer, más baja que ella, morena, con el pelo de color de azabache, caído en rizos sobre la frente para servir de marco á unos ojos oscuros, grandes y apasionados, iba vestida con arreglo á su sexo y en traje acomodado á los gustos y tradiciones que conserva, en punto á indumentaria, el pueblo bajo de nuestra hermosa Andalucía. Un mantón de colores que se descolgaba graciosamente de sus hombros, extendiase, retorciéndose por la cintura, á lo largo del cuerpo, más que para cubrirlo, con la intención hipócrita de señalar, velándolos, el airoso contorno del cuerpo, la elegante flexibilidad del tallo y la robusta curva de las caderas. El fleco del mantón se esparcía como un haz de ramas blancas que se deshace, por encima de una falda á listas, ni tan corta que dejara en descubierto la pierna, ni tan larga que impidiese ver los pies diminutos de la *bailaora*.

Deliciosa pareja, que me hizo recordar las fiestas que se improvisan en el campo andaluz durante las noches de estío, cuando

la luna, prestando melancólicas tintas al cielo estrellado y azul, se quiebra y desparra medrosamente por los oscuros pámpanos del viñedo y por los troncos morenos de los olivos; y los acordes de una guitarra que suspira y ríe a un mismo tiempo, llenan



el espacio de notas dulces y soñadoras, al compás de las cuales cantan y bailan mujeres hermosas, en cuyos labios palpitan mil deseos, que se transparentan en las pupilas de sus ojos, donde fulguran relámpagos de ternura y llamaradas de pasión.

Encantadoras noches que yo vi reproducidas en el escenario del teatro de Apolo con la presencia de aquellas dos jóvenes, que, siguiendo las cadencias extrañas de la

música ejecutada por la orquesta, balanceaban sus cuerpos, tan pronto doblándose sobre la cintura para destacar las bellezas del busto, como replegándose un instante para avanzar luego la una hacia la otra con la cabeza echada hacia atrás, entornados los ojos, abiertos los brazos, palpitante el seno y estremecidas las caderas por un movimiento intermitente, lleno de sensualidad y de abandono.

En aquellos ademanes, en aquellos saltos, en aquel baile desordenado y estrambótico, en aquella música extraña, cuyo ritmo se burla de las reglas y se desarrolla á capricho, podría haber para esos temperamentos gastados que necesitan de un acicate que los espolee, un motivo de excitación; para mí había algo más. Aquel baile era el compendio de una raza, raza meridional, soñadora, ardiente, voluptuosa, donde viven todas las pasiones, caldeadas por un sol de fuego, y duermen todas las energías, ocultándose perezosamente bajo la sombra que proyectan los árboles del cortijo, y entre los quejidos que se escapan á las cuerdas de la guitarra.

De esa raza, soñolienta y hábil como otra alguna para la diversión y para el placer, han salido raudales de armonía, hoy encerrados en libros y poemas, tonos de color

que viven la vida eterna del arte en lienzos y en museos; guerreros célebres y bandidos tan célebres como los guerreros, que por algo brillan en los ojos de estas mujeres que cantan y bailan, que aman hasta el frenesí y odian hasta el crimen, todas las pasiones, todas las energías y todos los heroísmos.

—¡Bahl dirá alguno; y tales pensamientos se le ocurrían á usted en Apolo á presencia de dos *bailaoras*!

—Sí, señor, respondo yo; porque la presencia de aquellas mujeres, despertando mi espíritu, le hizo emprender una expedición deliciosa.

Ventaja que tenemos algunos pobres sobre ciertos ricos, los cuales, á pesar de todo su dinero, no pueden adquirir billetes para este género de viajes.



LO IDEAL EN EL REAL

Se representaba *Lohengrin*, la hermosa leyenda alemana puesta en música por Wagner. Yo, sentado en una butaca, seguía

con atención creciente, más que los geniales acordes de la orquesta, el asunto que los inspiraba: la historia de aquellos amores, melancólicos como los tonos del cielo germano y poéticos como la superficie silenciosa y azul de los inmensos lagos que se extienden por la patria inmortal de los sueños y de las quimeras.

¡Qué maravillosa tradición la del héroe sobrehumano que, caballero en un cisne de blanquísimas plumas, avanza al encuentro de la virgen enamorada y la protege con su brazo y proclama a la faz del mundo su inocencia, y se une a ella y la hace disfrutar los goces de un amor divino para abandonarla luego y sumergirse en el seno de las aguas tranquilas, hasta cuyo fondo llega la luna quebrándose en haces luminosos que alumbran el fantástico palacio de aquel genio protector y sublime!

Con ser falsos, con ser imposibles todas estas imágenes, todos estos hechos sobrenaturales que brotan de la imaginación del hombre cuando quiere justificar el nacimiento de un pueblo ó de una raza, atraen, seducen y provocan el deseo de verlos transformados en realidad, ya que la realidad en sí, ofrece tan escasas bellezas y tan pobrísimos encantos.

Desde el escenario donde se desarrolla-

ban tales artísticas escenas, volvíanse mis ojos a la espaciosa sala, y parecíales ella marco perfecto para contener los fantásticos personajes del poema alemán. La blanca luz de las lámparas eléctricas se reflejaba con iguales y enérgicos matices en los dorados adornos, en el oscuro y reluciente terciopelo, en las balaustradas de madera y en el caprichoso conjunto de la techumbre, para deslizarse después con suave y mimoso resplandor por las espaldas desnudas de cientos y cientos de mujeres encantadoras, para morir temblando entre los pliegues de un justillo de seda, hipócrita encubridor de las desnudeces del seno, para subir lascivamente por la robusta curva de unos hombros, para acariciar las líneas, ora esculturales, ora atrevidas y graciosas, de aquellos rostros embellecidos por una sonrisa de placer ó por un gesto de satisfacción y de ventura... ¡Espléndido serrallo donde la imaginación, más rica que todos los sultanes de Oriente, podía escoger a su gusto, sin temer al cansancio y burlándose del hastío!

Entre aquellas mujeres había una que llamó singularmente mi atención. Rubia, delgada, esbelta, vestida de blanco, con un sencillo prendido de flores en el pecho y apoyada la barba sobre una mano pequeña

y nerviosa, seguía ella también con afán indudable la historia de Lohengrin y la inmensa pasión de la virgen de la leyenda. Los ojos azules de esta otra virgen, ataviada á la moderna, resplandecían con infinita



y melancólica ternura, mientras sus labios entreabiertos semejaban aspirar con deleite la atmósfera de majestad y de belleza con que envuelve á su héroe el poeta alemán.

—Ella también—murmuraba yo para mis adentros—soñará con un amor casi divino,

exento de impurezas, de egoísmos y de traiciones; pletórico de desinterés y de ternura; exuberante de fantasía y de pasión. Acaso por los rincones de su cerebro danza la imagen de un Lohengrin que, si no va vestido de plata, ni vive en las transparentes profundidades de un lago, será bello, fuerte, generoso, poético... Tal vez ese Lohengrin existe; sin duda se esconde en aquella fila de butacas, adonde esta preciosa criatura dirige sus gemelos, y que yo no alcanzo á distinguir desde la mía.

¡Dichosa ella si es adorada por un ser de tan excepcionales condiciones!... ¡Dichoso él si posee el amor de esa niña á quien sólo le falta destrenzarse la cabellera para convertir en carne el sueño de amores acariciado por un juglar en el brumoso horizonte de la Germania!...

El último acto tocaba á su término. Lohengrin, despidiéndose de su adorada y arrojando en sus brazos el fruto divino de su amor, desapareció en las profundidades del lago, y yo abandoné mi butaca y me dirigí precipitadamente al *foyer* para contemplar de cerca á la mujer rubia que tan en consonancia estaba con la obra que concluía de representarse.

No tardó en aparecer delante de mis ojos, arrebujaado el cuerpo en amplio y ele-

gante abrigo de seda, y acompañada por una anciana respetable, que debía ser gran persona á juzgar por los innumerables saludos que la hicieron á su paso por el *foyer*.

—¿Dónde está tu novio? dijo aquella señora á la niña.

—No sé, respondió ésta; no lo veo. Y se puso á registrar con sus ojos azules y dormidos todos los ámbitos del salón.

—¡Ah! murmuré yo;—la virgen tiene su Lohengrin. Y voy á conocerlo ahora mismo, añadi, al ver que la muchacha, volviéndose á la anciana, exclama:

—Ahí está.

Envuelto en un gabán de pieles, y apoyándose en un bastón con puño de plata, avanzó hacia la joven un mozalbete delgado, enclenque, mal configurado, de rostro cetrino y ojos saltones y faltos de expresión. En el dedo anular de su mano izquierda brillaba un diamante de gran precio, y cuando se quitó el sombrero para saludar á las damas, dejó al descubierto una frente estrecha y deprimida, que acusaba la imbecilidad más absoluta.

—¡Vaya un Lohengrin! ¿Y éstos son los amores de una virgen? exclamé yo con rabia, como si hubiese recibido un insulto.

—Vuestro carruaje no ha venido aún. Os ofrezco el mío, dijo el mozalbete.

—Vamos, repuso la anciana.

Y se dirigieron hacia la puerta del *foyer*.

—¡Ahora se explica todo! murmuré yo riendo por lo bajo, al ver el vehículo que el tísico galán ponía á disposición de la joven.

No era precisamente un cisne, pero era una berlina de todo lujo, tirada por dos caballos que valían un dineral.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DESDE LA REJA

ASOMADO á los cristales de la redacción de *El Resumen* contemplo todas las semanas la abigarrada multitud de hombres y mujeres que se detiene en los alrededores de la imprenta, formando grupos heterogéneos, de entre los cuales surge una gritería espantosa, compuesta de carcajadas, dicharachos, interjecciones y blasfemias que se

unen en íntimo y extraño consorcio; eco propio á la multitud que ondula, se retuerce y se apiña contra la reja, esperando el primer *veinticinco* de la lista grande.

Son los tales grupos un enjambre bullicioso de mozalbetes y chicuelas, que tiene mucho de alegre por su juventud y mucho de siniestro por sus harapos; conjunto de hombres y mujeres, adolescentes en su mayor parte, que llaman la atención del artista por su aspecto y del filósofo por su miseria; hormiguero humano que vive de lo que nadie quiere, y habita en medio de la calle, y cruza por ella con la sonrisa en los labios, el desamparo en el alma y la desvergüenza en los ojos.

¿De dónde vienen? Casi todos ellos lo ignoran; su origen arranca de ese montón anónimo donde la familia es un mito, el linaje un enigma y la paternidad un problema. Por azar casi siempre, sin que el amor intervenga para nada en las determinaciones del sexo, crece y se multiplica esta raza indómita y febril, de la que no se preocupa nadie, y que paga el desdén con la burla, y la indiferencia con el insulto.

La impresión que despiertan en mí siempre que los veo, es una mezcla de afecto y tristeza; y á la verdad que á una y otra cosa son acreedores aquellos mozos de tez

curtida, semblante pálido y ojos expresivos que, con la gorrilla de seda sobre la frente, la blusa rota por los codos y remendada por todas partes; los pantalones hechos jirones; la camisa abierta sobre el pecho desnudo, y los pies descalzos, siquiera traten de disimular su desamparo nnas botas hipócritas y agujereadas por la suela, ríen y cantan y maldicen á un tiempo, ignorantes de su pasado, aburridos de su presente é inseguros de su porvenir. Y la tristeza y la ternura suben de punto cuando desde los hombres pasa la vista á las pobres mozuelas harapientas, que lucen con descaro sus rostros marchitos y sus formas angulosas; semejantes á los frutos caídos del árbol, prematuramente podridos, inservibles en los comienzos de su lozanía, y prontos á desaparecer en el surco fangoso donde fueron arrojados por la violencia del huracán.

Esbozos humanos, siluetas confusas, imágenes á medio concluir; basta verlos para comprender que en sus cuerpos enflaquecidos, por cuyas venas circula una sangre débil, envenenada por todos los raquitismos y todas las podredumbres de la herencia, puede cebarse impunemente la miseria, y que en sus almas, faltas de apoyo, de enseñanza, de ejemplos nobles y de energías salvadoras, hay campo abierto para el

vicio y materiales á propósito para el crimen.

Nacidos en el fango, criados en el abandono, hechos á respirar una atmósfera donde la asfixia es segura, tienen marcado su destino, y obedeciendo á la gravitación social, tan invariable y despótica en sus leyes como la gravitación física, desaparecen los hombres en las celdas de la cárcel, en los patios del presidio ó en los abismos de la miseria, y ruedan las mujeres desde las aventuras de la calle hasta los lechos del hospital, y desde los lechos del hospital hasta el fondo insaciable de la fosa común.

Tal es la ley: ley espantosa que pesa sobre ese montón anónimo de seres humanos que se agitan en el abandono y en la ignorancia, mientras las eminencias de guardarrropa pronuncian en Sociedades y Ateneos discursos que nada resuelven, discursos hechos en nombre de la fraternidad universal, á propósito de la cual fraternidad tengo mis dudas, porque ignoro, al ver cómo la tratan los comprometidos á plantearla, si es una idea ó un sarcasmo.

Y sin embargo, qué fácil sería convertir esta masa, hoy perjudicial é inservible, en

elemento útil y beneficioso para sus semejantes!

Fijad bien la atención en los grupos de hombres y de mujeres á que me refiero, y veréis que en sus ojos, donde brillan la juventud, la malicia y el descaró, se transparenta un alma; que en sus cerebros palpitan ideas que se traducen por una frase desvergonzada, por un gesto sóez; que en su espíritu hay pasiones y en su corazón sentimientos rudimentarios, pero susceptibles de desarrollo; dadles los medios de defensa que ahora les faltan, y convertiréis el montón inconsciente é inútil en un organismo completo.

Instruid, moralizad á esa muchedumbre; sacadla del embrutecimiento en que vive, despejad las sombras que la envuelven, y tendréis hombres, en vez de cosas.

Hacedlo así, y el mozalbete que con el cigarro entre los labios y la gorrilla sobre los ojos representa un porvenir de infamias, será el obrero, el soldado, el artífice, el músico que trabaja y el cerebro que piensa; hacedlo así, y la chicleña flacucha y enclenque, carne de vicio que el mismo vicio rechaza con asco, será la jornalera ennoblecida por el trabajo, la fundadora de un hogar, el pecho que nutre y el corazón que ama.

Hacedlo así... ¡Pero váyales usted con semejantes peticiones á los políticos injertos en filósofos que andan por esta España y por esos círculos de Dios! ¡Poco atareados que viven los hombres en averiguar si las crisis deben ser grandes ó chicas, ó chicas en grande, como los vasos de refrescol ¡Ahí que no es nada los asuntos que les agobian en su afán de combatir con credenciales las disidencias de los partidos! ¡Cualquier día dejan ellos tan arduas, patrióticas y nobles tareas para ocuparse en pequeñeces!

¿Que hay hombres de quien nadie se cuida y que, educados en el abandono, llegan al crimen? ¡Y qué! Para algo han de servir los presidios.

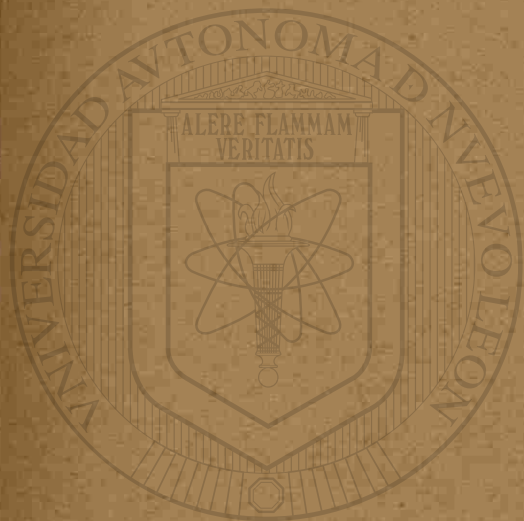
¿Que hay mujeres que escandalizan las calles con su presencia? ¡Valien te cosa! Para evitar los tales escándalos, existe un cuerpo de policía especial, que es la última palabra en la materia.

Así piensan ellos, y después de todo piensan bien. Cada uno nace donde le toca en suerte, y debe resignarse con su destino.

Lógica muy natural y muy cómoda, pero tiene un inconveniente: el de que la muchedumbre que se agrupa todas las semanas junto á la reja de la imprenta recuerde un

día que sus manos sirven para otra cosa que para vender *veinticinco*, y que sus voces pueden emplearse en algo más que en gritar por calles y plazuelas: *¡La lista grande, que acaba de salir ahora!...*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS DISCRETOS



El que quiera ser feliz en España, vivir tranquilamente, sin enemigos que le acosen ni envidiosos que le muerdan, reverenciado, enaltecido y apto para conseguir una estatua el día de su defunción, sólo debe aspirar a una cosa: a merecer fama de discreto.

Ser inteligente, emprendedor, atrevido, apasionado, enérgico;

reunir todas ó algunas de esas condiciones propias a los grandes caracteres, representa aquí, en esta patria donde los Fabié llegan a ministros y los Martínez Campos a dictadores, la comisión de un delito enorme, que permanece impune pocas veces, y que no se perdona jamás. Hay que ser discreto ante todo, sobre todo y por encima de

todo; discreto en las relaciones sociales; discreto en el amor; discreto en las ideas, en los proyectos, en las palabras, en el traje... hasta en el modo de rascarse las narices ó de retorcerse el bigote.

¿Y qué significa esto de la discreción en España?

Significa, en las relaciones sociales, seguir los usos y costumbres estables, siquiera estos usos y costumbres sean de lo peorito que se conozca; acomodarse á ellos sin protestas, sin distingos, sin propósito de corregirlos ni esperanza de mejorarlos; significa, en el trato con las demás gentes, dar la razón á todos, aunque digan un disparate, sufrir sus majaderías y tolerar sus crímenes para no crearse enemigos; significa, en amor, no comprometerse; en política, arrimarse al sol que más calienta; en ideas, no tenerlas propias; en proyectos, no hacer innovaciones; en indumentaria, ser correcto, serio, irreprochable, y significa también rascarse las narices con delicadeza y retorcerse el bigote con parsimonia.

¡Bienaventurado aquel á quien tales estuendas cualidades adornan! Todos los caminos se hallarán abiertos á su paso, y todas las medianfías prontas á favorecerle. Llegará donde quiera llegar, sin oposición

nes y sin obstáculos; hombres de esta naturaleza apaisada, no estorban á nadie; no se apartan de la vereda; no salen del paso ordinario; pertenecen á la recua humana, de que forman parte los otros discretos, y puede hacerseles sitio en el pesebre común.

El discreto es el ente mejor de la tierra.

Los vecinos de su casa le elogian, porque se retira antes de las doce, y el que se acuesta temprano tiene que ser por fuerza hombre de bien; sus amigos le ensalzan, porque los adula; los políticos le atienden, porque es útil y se conforma con poco; las mujeres le estiman, porque quien sabe no comprometerse, no compromete; si ocupa un puesto en la administración pública, los que con immoralidades administrativas se enriquecen y prosperan, le sostienen y le apoyan; él no ha de oponerse á ningún linaje de picardías, y sabe guardar un secreto, siempre que de guardarlo obtenga beneficio; si es literato, sus compañeros le ensalzan; están seguros de que no rebasará el nivel general; si es periodista, la prensa le *jalea* á diario, y si casado, tiene muchos admiradores, porque los discretos acostumbran á serlo en todos los casos. ¡Existencia feliz la del discreto! A él le está permitido todo, absolutamente todo, porque

sus infamias, si las comete, sus torpezas, sus ductilidades vergonzosas y sus cobardes concesiones, no estorban á la multitud que le rodea, ni á los poderosos, que están sobre él. Aunque el mar tenga mucho fango debajo de sus aguas, permanece tranquilo: ese fango no se ve, y ni le irrita ni le molesta; en cambio, el choque de una piedra que penetra su superficie, le sacude y le conmueve... Cosas del mar y de los hombres.

Sea usted discreto, y será dichoso; y á poco que apure la cosa, canonizado. No valer nada, ó aparentar no valer nada, es valerlo todo en nuestro país; y como el discreto es un individuo insignificante, puede llegar á Ministro ó á General, ó á académico, sin que nadie se asombre.

Pero... ¡desgraciado del individuo que con el cerebro lleno de ideas, el corazón de pasiones y la conciencia de energías, pretende abrirse hueco entre la discreta masa que le rodea, ó quebrantar la egoísta y perezosa superficie que le envuelve! Es hombre perdido; donde quiera que se dirija encontrará obstáculos formidables, oposiciones duras, rencores tremendos; sus menores actos serán sometidos á tela de juicio, y sus mejores ideas despreciadas ó escarnecidas.

¡Un caballero que tiene el atrevimiento de rebasar el dique en que tan á gusto se mueven todos!... ¿Háse visto desvergüenza mayor?

“¿Quién será él, exclaman los vecinos, cuando viene á su casa al amanecer, y hay días y semanas en que no viene á ninguna hora?... “¡Es un envidioso!”, exclama algún ex amigo que le debe un consejo ó una advertencia. “Valiente majadero! ¡Pues no tiene firmeza de convicciones! dicen los políticos. “¡Qué pretensión tan absurda, y qué propósito tan ridículo! gritan los merodeadores administrativos. ¡Reformar la administración! ¡Ese ciudadano es un bandido ó un imbécil!”, “¡Qué inmoral, qué audaz, qué insolente; censura las costumbres y los usos del día!”, gruñen á una voz periodistas y literatos. “¡Qué loco! murmuran las mujeres por lo bajo; ha querido que una casada se escape con él, como si para estas cosas fuera preciso salir del domicilio conyugal!”, “¡Qué Quijote! dicen sus contertulios! ¡Se enfada porque hacemos el amor á su esposa!”,

Todos caen á una sobre aquel desventurado; los envidiosos le muerden; los amigos le difaman; los indiferentes se burlan de él, y unos y otros le acometen y le acosan como á res bravia en coto cerrado,

mientras el hombre lucha y se revuelve sostenido por la justicia de sus ideas ó por la energía de su carácter, hasta que rueda por el suelo herido, ensangrentado, sin fuerzas para combatir y sin esperanzas de triunfo. Entonces le dejan en paz, después de haberle hecho pedazos, por supuesto.

Y mientras esto ocurre, los discretos viven dichosos, gozando un sinnúmero de comodidades y bienandanzas.

Tan verdad es esto, que yo muchas veces, siento impulsos vehementes de meterme en la recua de los discretos y disfrutar pacíficamente de la pesebrera común.

Siento esos impulsos, pero me arrepiento en seguida.

Después de todo, vale más que ser burro, ser arriero.

Aunque lo maten á uno de un par de coces.



UNA MUJER DE MUNDO

EN pie sobre el asiento del landeau hallábase el Conde, siguiendo, anteojo en mano, las peripecias de la carrera, el galope vertiginoso de los caballos y los movimientos de los *jockeys*, que, describiendo en el aire

curvas rápidas con el extremo de sus látigos, recogido el cuerpo, calada la gorra y hundidas las espuelas en los ijares de sus cabalgaduras, avanzaban por la pista adelante, persiguiéndose, desafiándose, estimulándose, estorbándose el paso, maniobrando habilidosamente para ganar la cuerda, y formando vistoso grupo, en el cual se destacaban sus elegantes blusas de colores, hinchadas por el viento y abrillantadas por el sol. Y mientras seguía el combate, y la multitud, escalonada en los desmontes y vericuetos que circuyen el Hipódromo, animaba a los luchadores con gritos roncós y salvajes; mientras en las tribunas se hacían apuestas y en los fondines improvisados sobre la superficie pantanosa del recinto, preparaban los mozos fuentes de emparedados y botellas de manzanilla, y damas y caballeros lujosamente puestos charlaban en los carruajes, y el Conde perseguía desde el suyo, con ansias de jugador y de *sportman* las evoluciones de su caballo favorito, la Condesa, dirigiéndose a Enrique, a aquel mozo de dieciocho años que, parado a muy corta distancia de ella, acababa de pedirla una cita amorosa por medio de una tarjeta arrojada con juvenil descaro encima de la cubierta del *landeau*, le dijo en voz baja, enloqueciéndolo a la

vez con su acento y con la mirada de sus ojos grandes y burlones: "Al que algo quiere, algo le cuesta."

Enrique bajó la cabeza en señal de asentimiento; escuchó el sonido de la campana anunciando el término de la carrera; pasó por delante de las tribunas el vencedor caballo, y comenzó el heterogéneo y bullicioso desfile de *breaks*, de *charretes*, de *faetones*, de *landeaux* y *victorias* a la *Daumont* y a la media *Daumont*, de *milores*, de carretelas y berlinas, que, ocupados por hombres elegantes, por mujeres hermosas, por lo mejor y más selecto que abarca en sus límites, inmateriales, pero precisos, la alta sociedad madrileña, se amontonaban sobre las anchas puertas del Hipódromo, extendiéndose luego por el Paseo de la Castellana arriba, entre el crujir de las fustas, el pataleo metálico de los caballos, el suave chirrido de los ejes y el sordo voltear de las ruedas, mientras el popular, como se decía en los tiempos antiguos, la gente de a pie, como se dice ahora, ganaba los paseos laterales en montón apretado y alegre, empujándose, codeándose, ondulando con desconcertadas ondulaciones y marchando de frente y en tropel, entre un rumor no interrumpido de palabras y risas y una espesa nube de polvo.

Enrique vió desfilar toda aquella turba de seres y cosas sin darse cuenta de ello; no tuvo ojos más que para contemplar el *landeau* de la Condesa, que partió con los otros carruajes, no sin que su dueña, volviendo el rostro hacia su desconocido adorador, le dirigiera una sonrisa, despedida silenciosa, muda promesa que contrajo los nervios del joven y le hizo permanecer quieto, inmóvil, con las pupilas puestas en la encantadora mujer que se alejaba, y el cuerpo iluminado por los últimos rayos del sol, próximo á ocultarse tras los áridos desmontes del Hipódromo.

Cómo se entendieron Enrique y la Condesa, no es hecho digno de mención; baste decir que una noche recibió el joven la siguiente epístola:

“Dentro de cuatro días saldré sola para el Escorial; vaya usted allí, y hablaremos.

„Será conveniente que abandone usted la corte antes que yo.

„Rompa usted estas líneas después de leerlas.”

Enrique hizo pedazos la carta, no sin besarla antes repetidas veces; buscó dinero, cosa muy difícil de obtener por un joven que no tiene otro caudal que sus ilusio-

nes y sus esperanzas, y dejó Madrid para comenzar la historia de sus primeros amores con una señora del gran mundo.

En las estribaciones del monasterio del Escorial (digo estribaciones porque, más que de monasterio, tiene trazas de cordillera aquella mole inmensa y maciza), álzase una casa, edificada en forma de hotel, lo bastante lejos del pueblo para no confundirse con éste, y lo bastante cerca para hallarse comprendida en su límite municipal. En la tal vivienda, rodeada por un jardín y defendida por una reja de artístico remate, vivía la Condesa, sin más compañeros de habitación que dos ó tres criados.

A esta casa iba Enrique todas las noches después de las once, sin ser visto de nadie, ni de la servidumbre siquiera, y allí permanecía hasta el clarear de la aurora, gozando las múltiples delicias á él ofrecidas en frenéticos y delirantes espasmos de pasión por aquella mujer hermosa como ella misma, carnal como un desnudo del Ticiano, majestuosa como una reina y ardiente como una cortesana.

Enrique adoraba los encantos de la Conde-

sa como adora el neófito, á medida que los descubre, los misterios de su religión. Para él, joven, ardiente, con el cerebro repleto de ilusiones, las venas de sangre y los nervios de electricidad, era la Condesa el resumen de todas las dichas y la síntesis de todos los placeres. ¿Qué valían junto á ella, inteligente, graciosa, espiritual, pronta á seguir á Enrique, y seguirle sin desventaja en sus quimeras de poeta, en sus avances de pensador, en sus locuras de hombre mozo y sediento del porvenir, las otras mujeres ineducadas, humildes, torpes, que había tenido ocasión de tratar hasta entonces? Y si del ingenio, de la gracia, del entendimiento de Luisa (éste era el nombre de la Condesa), de los goces intelectuales pasaba á los goces materiales, ¿dónde ni cuándo pudo él, no ya disfrutarlos, ni siquiera soñarlos, semejantes á los imaginados por ella en sus horas de exaltación y de fiebre?

Las mozas de cántaro, perseguidas por Enrique en los estrechos corredores de su casa; las alegres modistillas, que se dejaban galantear en medio de la calle para entregarse luego en el gabinete reservado de una fonda cualquiera; las mismas cortesanas que el mozo tuvo ocasión de conocer, valían muy poco, en punto á

placeres, comparadas con la ilustre señora; porque la Condesa era maestra en deleites. Aquella mujer que en público parecía la virtud misma por la severidad de su aspecto, por la parsimonia de sus modales, por la rigidez de su trato, se metamorfoseaba en el silencio de su gabinete, ante las pupilas absortas de su amante, como se había metamorfoseado ante sus otros galanteadores; los cuales, dominados por ella aun después de la ruptura, guardaban á la Condesa el secreto de sus culpas y de sus deslices, y ésta seguía siendo á los ojos del mundo, y á los ojos de su marido también, una dama modelo de virtudes, de costumbres honestas y de fidelidad inalterable.

Y no se crea que el tipo descrito es inverosímil: existe. Luisa, en lo que toca á hipocresía y á conocimiento de los hombres, podía dar quince y raya á Mad. de Marnaffe, á la cortesana imaginada por el talento incomparable de Balzac, á la que sabía entretener á un tiempo, obligándoles á arrastrarse á sus plantas como miserables esclavos, al degenerado Hulot, al egoísta y panzudo Crevel, al muelle y lascivo Steimbock y al romántico y salvaje Montes de Montéjanos; y podía darle quince y raya, porque Valeria explotaba á sus adoradores

y Luisa no; Luisa veía en los hombres instrumentos de sus liviandades, Valeria medios de hacer fortuna; y la Condesa era, si no más querida, más respetada por sus adoradores, que la bastarda del ilustre General del Imperio.

Imagínese á qué extremo llegaría la pasión de Enrique, mozalbete inexperto y cándido, en presencia de aquella mujer de treinta y cinco años, que supo tenerle junto á ella durante un mes sin concederle otros favores que los estrictamente necesarios para enardecerle y subyugarle. Besar sus cabellos, acariciar sus manos, extasiarse en la contemplación de su pie calzado primorosamente, rodear con su brazo aquella cintura robusta y flexible al mismo tiempo, eran para el joven delicias inagotables y sublimes; y cuando la Condesa fué suya, cuando suponía haber llegado al término de la posesión, hubo de comprender que nunca la poseería lo bastante para poseerla por completo; siempre encontraba en ella algo nuevo, enloquecedor y codiciable, no porque Luisa hubiera descubierto placeres hasta entonces desconocidos en la tierra, sino porque hacía con los usuales, lo que hacen las mujeres que tienen pocos vestidos con los suyos: combinarlos artísticamente, de tal modo que, siendo dos ó tres,

parezcan infinitos. Luisa procedía en idéntica forma, y Enrique, excitado, seducido por y ante los encantos de su querida, había traspasado los límites de la pasión para perderse en los abismos de la locura.

Y Luisa, ¿amaba á Enrique? No: los organismos así constituidos, no aman nunca. Aquel mozo de dieciocho años era para ella, mujer de treinta y cinco, un manjar apetitoso; estas uniones de la juventud que empieza y de la juventud que acaba se realizan siempre obedeciendo á una ley fatal. Las mujeres maduras apetecen á los mozalbetes inexpertos. No parece sino que en ellos van á encontrar el elixir de la vida, ese elixir formado, según la opinión de los antiguos, con gotas de sangre arrancadas á la juventud.

Tienen estas mujeres una condición semejante á las de esos grandes vampiros americanos que manteniendo con el abanico cálido de sus alas, el sueño de sus víctimas, absorben su vida y se alejan después que no le han dejado una gota de sangre en el cuerpo. Estas mujeres aún son peores, porque, sobre destruir la materia, matan el espíritu.

Para absorber su juventud, quería la Condesa á Enrique; pero si pretendía que él se lo sacrificara todo, no quería sacrifi-

car nada por él, y mucho menos los respetos y las consideraciones sociales á que supo hacerse acreedora. Así es que una tarde, á los tres meses de aquel idilio, dijo á su amante:

—Mañana salgo para Madrid; mi marido me espera.

Y después de una pausa, añadió:

—Excuso decirte que nuestras relaciones han terminado.

—¡Cómo! exclamó Enrique, con acento de sorpresa y de angustia.

—Como lo oyes. Esto ha sido un devaneo que nos ha hecho felices á los dos; conserva mi recuerdo, como yo conservaré el tuyo, y despidámonos. Tú eres joven, apasionado, vehemente, y en Madrid cometerías algún disparate. Yo me debo al mundo, á los respetos sociales, á la consideración ajena, y tengo que cumplir mis deberes. Nuestro amor ha sido un paréntesis delicioso, pero nada más que un paréntesis, y hay que cerrarlo.

—No, repuso Enrique; yo seguiré amandote, seré tu esclavo, lo que quieras; pero no me abandones, no me olvides. Ámame siempre.

—¡Imposible! respondió Luisa.

—¿Por qué?

La Condesa miró á Enrique con una mi-

rada donde se confundían la lástima y la burla, y le dijo:

—Porque eres joven, porque eres inexperto, porque cometerías muchas locuras.

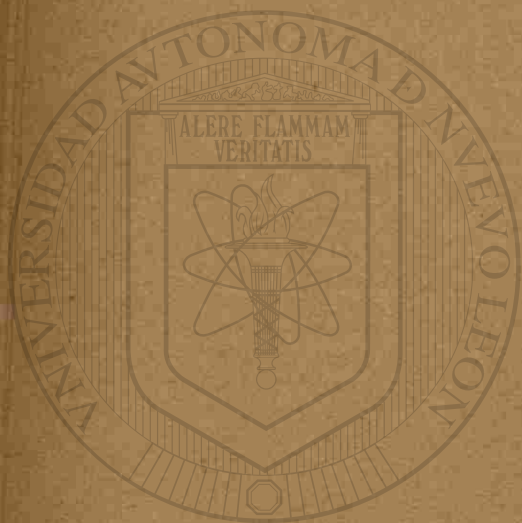
—¡Yo!

—Sí. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Pues sábelo, Enrique: á los dieciocho años, los hombres como tú, sólo pueden tener amantes como yo, en El Escorial.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UN CACIQUE



Hombre tan bruto como don Bartolomé Pérez, sería posible encontrarlo en el mundo tras largas investigaciones; más bruto no, ni más influyente tampoco. La primera vez que yo le vi sentado en un sillón de Vitoria, retorciendo entre sus groseras manos un cigarro de diez

céntimos y eructando por su boca descomunal, expresiones y gases mal olientes, parecióme imposible que aquel individuo de semblante frailano, de frente estrecha y ojillos redondos, zafio en sus modales, torpe en sus ideas, oscuro en sus juicios, vulgar en su lenguaje, con el cerebro angosto y las espaldas anchas, fuese el ciudadano más im-

®

portante de la provincia, el dispensador de mercedes, el amo del cotarro, el que hacía y deshacía alcaldes, secretarios de Ayuntamiento, presidentes de Diputación, diputados provinciales, diputados á Cortes, jueces y gobernadores; el que se hombreaba con los ministros y los recibía con el sombrero puesto, mientras ellos se quitaban el suyo, no por cortesía, sino en señal de pleito homenaje. Y, sin embargo, así era, y bien pronto hube yo de comprender la causa de tan estupendo, y, á no estar á la vista, imposible suceso.

—¿Conque usted, le dije, luego de las breves palabras que precedieron á nuestra mutua presentación, y disponiéndome á escuchar sus frases con gran interés, por considerarlas más importantes para el porvenir de nuestra patria que todas las *interviews* que celebran los noticieros de periódicos con los hombres políticos; conque usted es el rey de esta comarca, mi querido don Bartolomé Pérez, y en ella y fuera de ella, por lo que á ella respecta, no se mueve una mosca sin que usted conceda la licencia oportuna?...

—No tanto, hombre, no tanto, repuso mi sujeto; se hace lo que se puede, y nada más.

—Vamos, don Bartolomé, no se haga usted el chiquito: yo no voy á pedirle ningún

destino, ni siquiera un acta de diputado; de modo que conmigo huelgan las reservas mentales y los procedimientos diplomáticos.

—Pues mire usted, contestó el cacique, la verdad: yo me he hecho el amo de esto, y amo soy, y mi trabajo me ha costado; pero lo que es ahora, hago lo que me da la gana y me río de todo el mundo: lo mismo se me importa á mí de un ministro, que de la carabina de Ambrosio, aunque sea mala comparación.

—¿Para la carabina, ó para el ministro?

—¡Vaya usted á averiguarlo! contestó mi hombre, sonriendo con la sonrisa de patán enriquecido y omnipotente que le caracterizaba. Lo cierto es que aquí no manda nadie más que este cura.

—¿Y cómo ha conseguido usted llegar á tanto, don Bartolomé de mi alma?

—Haciéndome rico. El que tiene dinero puede comprar casas y fincas; el que compra casas y fincas, tiene inquilinos, braceros y arrendatarios; el que tiene arrendatarios, braceros é inquilinos, tiene votos, y el que tiene votos, tiene todo lo que necesita tener para disponer lo mismo de un alguacil de Ayuntamiento que de un ministro de la Corona.

—Eso es de veras, don Bartolomé?

—¡Pues no lo está usted viendo con sus

ojos! Mire usted: entre unas cosas y otras, manejo yo las dos terceras partes de los votos que hay en la provincia; esos votos van donde yo digo, porque, de lo contrario... ¡figúrese usted!; el arrendatario se iría á la calle, el inquilino moroso á la calle también, y los braceros á robar ó á morir de hambre por esos caminos de Dios y de la Guardia civil. De modo que yo digo: "¡á votar!", y unos por lo que me deben, y otros por lo que puedan deberme, van como un solo hombre, y el puchero es mío. ¿Se entera usted?

—Hasta ahora me entero de que usted posee muchos votos; lo que no me cabe en la cabeza es que, aun poseyendo esos votos, pueda usted hacer lo que le venga en gusto.

—Pues muy sencillo, señor, muy sencillo. ¿Hay unas elecciones municipales? —pongo por caso: —yo le digo á éste ó al otro candidato á concejal: "Mira tú, ó mire usted: lo de la entrada en el Municipio corre de mi cuenta; pero una vez dentro, hay que servirme, porque si no, al año que viene no salís, ú os armo un *escalaperras* que acaba en la cárcel," y como todos saben que eso es verdad, pues se conforman; y el Ayuntamiento no es del pueblo, ni de la ciudad, ni del Gobierno, ni de la opinión; es mío; porque yo tengo mayoría, y nombro

el alcalde y el secretario. ¡Míá tú quién será secretario sino el que me convenga á mí! ¿Se entera usted? Lo mismo ocurre con la Diputación provincial; aquí no hay más Diputación provincial que don Bartolomé Pérez.

—¿Y los diputados á Cortes?

—Pues lo mismo. Como aquí no hay opinión, ni los partidos que mandan ó quieren mandar se ocupan en hacerla, resulta que eso de las mayorías de las Cortes hay que fabricarlas desde el ministerio de la Gobernación, y lo que es sin nosotros, se hunde la fábrica. El Ministro necesita sacar tantos diputados por aquí; ya sabe él que proponerse algo sin contar conmigo, es lo mismo que si se rascara la cabeza para curarse el dolor de estómago, y va el hombre y coge la pluma y me escribe—¡poquitas cartas tengo yo guardadas en un cajón!— "Querido don Bartolomé: El Gobierno espera en usted para conseguir el triunfo de sus ideas; ayúdele usted, y luego pida por esa boca...." Yo le sirvo, porque para el caso lo mismo me sirven á mí liberales que conservadores...

—Le sirve usted, y luego...

—Luego, es natural: que me estorba un Ayuntamiento: escribo al Ministro: "Suspenda usted eso," y lo suspende. Que quiero ganar un pleito ó que algún pariente

mío ha estropeado á uno y el juez no me da la razón. ó quiere castigar á mi pariente; Otra carta al Ministro: "Traslade usted al juez," y lo traslada. ¿Que me conviene que pase un ferrocarril por delante de mi casa? Otra cartita, y pasa el ferrocarril: ¡ya lo creo que pasa!... ¡De sobra saben ellos cómo las gastó! Cuando voy á Madrid, me reciben con palmas en todos los sitios; porque, no tenga usted duda; de mi conducta y de la de los caciques de las otras provincias depende todo. De manera que, cuando yo pido una cosa, justa ó injusta, se hace, y punto concluido.

—Pero, don Bartolomé... ¡eso es un colmo!

—Oiga usted, dijo el cacique; ya sé yo, palurdo y todo como soy, que si aquí hubiese hombres enérgicos y opinión y desinterés y verdadero amor á las ideas y al país, yo y mis homónimos (se dice homónimos, ¿verdad?) no seríamos nada; pero aquí donde se sacrifica todo por un distrito, por un cargo político, por un triunfo electoral; aquí donde para satisfacer las ambiciones personales se tiran por el balcón la conciencia y la justicia y el bien público, aquí no hay más amo que yo, aunque usted se avergüence y le pese, y al país lo parta por la mitad. Yo hago lo que hago, porque puedo hacerlo. ¿Qué dice usted?

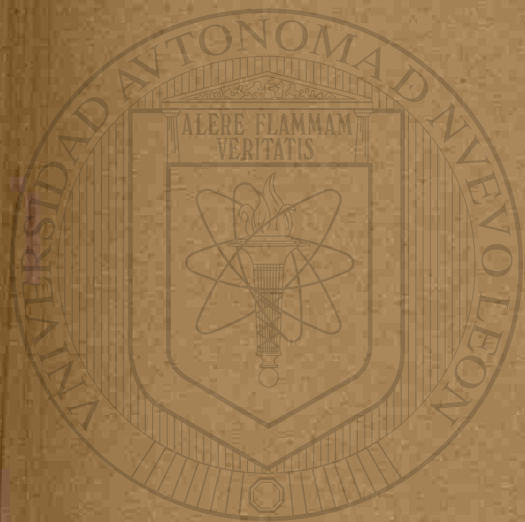
—¡Que obra usted como un sabio; que su proceder de usted es muy justo, porque no va usted á ser más papista que el Papa; que si los que deben tener vergüenza no la tienen, no va usted á tenerla por ellos, y que desde este momento puede usted contarme en el número de sus admiradores, ya que no me cuente en el de sus súbditos, porque aún no he perdido el decoro personal!

Y me despedí de don Bartolomé Pérez, haciéndome la promesa de influir para que le levanten una estatua en cuyo pedestal se lea la inscripción siguiente:

Á BARTOLOMÉ PÉREZ,

Los sinvergüenzas reconocidos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

UN ESCÁNDALO



Faltaba poco menos de un cuarto de hora para el comienzo del espectáculo, y la sala se hallaba completamente llena. Sería extraña ésta, hoy por hoy, desusada aglomeración de gente en un teatro de *verso*, si no se tratase, como se trataba entonces, de un estreno; pero iba á representarse una comedia nueva; había carne fresca de autor, y no era cosa de desperdiciarla. Encontrábase en el teatro, por consiguiente, el público de los estrenos. Los elegantes, esa muchedumbre enfracada, descotada, correcta, vanidosa é insustancial, que acude á las primeras representaciones por la mis-

®

ma razón que acude á las carreras de caballos, á los toros, á los bailes y á los conciertos, porque es moda. Estaban los críticos de buena fe, los que sienten el arte y juzgan sin envidia; es decir, tres ó cuatro críticos, y aún me corro; los literatos de fama, y estaban también... ¡cómo iban ellos á faltar! los innumerables escritoruelos y criticastros que concurren al espectáculo teatral con la esperanza de que la obra fracase, esperanza nobilísima que habla mucho en obsequio de los tales sujetos y de la bondad de sus espíritus; estaban todos, y juntamente con ellos el público honrado, el que va á la comedia por la comedia misma, sin vanidades, sin prejuicios, sin odios, con el exclusivo objeto de gozar y aplaudir si la *cosa* le gusta, y de silbarla estrepitosamente en el caso contrario. En suma: *todo Madrid*, como dicen los revisteros cursis, había acudido al teatro, y allí, en el fondo del escenario, entre las sombras que proyectaban los bastidores, tembloroso, impaciente y desasosegado, paseábase el autor, aguardando entre mil zozobras el fallo de aquel tribunal heterogéneo.

El autor es cobarde siempre que estrena; en estas luchas con el público hay mártires; ¡pero héroes!... los héroes no existen; resulta faena improductiva buscarlos. La

razón de esta regla sin excepciones se explica muy bien. A un duelo, al asalto de una trinchera, al combate más desigual, se puede ir con la frente alta y con el corazón sereno; el amor propio, el afecto más desarrollado en el hombre, le sostiene y le escuda; pero cuando lo que se arriesga en la lucha no es la vida, sino el amor propio, se acabó el valiente. Semejante hecho, aquílatado por la experiencia, no habla muy alto en pro de la condición humana; pero es una verdad incontrovertible.

En un palco inmediato al proscenio se hallaba la familia de X., delicioso conjunto representado por una mujer guapa, un marido pacífico, un amante gordo, banquero acaudalado y carnalote, y un tío del marido, que se dedicaba á sacar de apuros á los hijos de buenas casas, previo el pago de intereses enormes y la hipoteca de fincas que valían siete ú ocho veces más que la cantidad sobre ellas prestada. Excelente familia á la que todo el mundo guardaba respetos y consideraciones: por su belleza, á la mujer; por su mansedumbre, al mari-

do; por su capital, al negociante, y por los secretos y las miserias que escondía en el fondo de su arca, á aquel judío espontáneo, nacido en no recuerdo qué pueblecillo de Extremadura.

Nada, sin embargo, más repugnante que este grupo constituido por la codicia y por el adulterio; ella no era la mujer que falta á sus deberes siguiendo los impulsos de una pasión absorbente y avasalladora; había aceptado las pretensiones del banquero, porque, siendo éste rico, la proporcionaba, á cambio de los goces que de ella recibía, las sumas precisas á las exigencias de su lujo y de su vanidad: coches, trajes, brillantes, comodidades, placeres materiales procedían de aquel hombre gordo que amaba á la de X. con todo su cuerpo, y no digo con toda su alma, porque no la tenía más que para hacer combinaciones bursátiles. El marido representaba la imagen perfecta del canalla; iba de acuerdo con su esposa para desvalijar al banquero; aquellos dos seres no eran dos cónyuges, sino dos socios que explotaban juntos una mina.

Sonaron los timbres; acomodóse el público en sus asientos para no perder una sílaba de la obra nueva, y entre el silencio general de la concurrencia se levantó el telón de boca y comenzó el drama.

El asunto estaba fundado en el adulterio; una mujer, unida á un miserable, ultrajada por éste, que la escarnece y la abandona, entregándose á todo linaje de desenfrenos y de infamias, encuentra en su camino un hombre honrado, leal, noble y generoso; este hombre se enamora de ella, ella resiste, lucha; pero al cabo sucumbe y falta á sus deberes.

Así terminaba el segundo acto; el público aplaudió, si bien lo hizo con cierta esquivia parquedad; sólo de lo alto de la galería partieron *bravos* entusiastas; los demás, los caballeros y las señoras, esparcidos en butacas y palcos, protestaban del argumento, como si aquella escena de amores, en que una mujer, sometida á un infame, se entregaba á un hombre de bien, hiriese el pudor colectivo de los espectadores, ofreciéndoles un acto inmoral, ilógico, punto menos que repugnante. Pero entre la indignación general sobresalía la de la familia X., en cuyo palco sucedíanse las visitas sin interrupción.

—¿Hase visto mayor inmoralidad? decía la querida del banquero, encarándose con un jovenzuelo aristocrático que la escuchaba. Estos autores piensan que están autorizados para ofendernos y presentarnos cuadros asquerosos. No comprenden que

ciertas cosas deben ocultarse, atendiendo á lo que exige el decoro del público. Es preciso protestar de tales atrevimientos y desvergüenzas. ¿Vamos á sufrirlos? ¡De ninguna manera! ¡Pues no faltaría otra cosa!

—Tiene usted razón, ¡muchísima razón!—respondía el joven, clavando sus ojos encendidos en el escote de la de X. —

¡Esto es indigno! Protestaremos. De continuar por ese camino, van á convertir los autores el teatro en un centro de perversión y de ignominia.

—¡Oh! exclamaba X. ¡Los escritores modernos se figuran que no existen en la tierra seres honrados! ¡Qué afán de hacernos peores de lo que somos! ¡Esa mujer no tiene vergüenza! ¡Y el marido tampoco la tiene si la sufre!

—Aparte, añadió el banquero, de que aun cuando tales cosas sucedan, no deben traerse al teatro. Yo soy enemigo de todos los dramas. Las comedias se hacen para divertir al público, y á mi, francamente,



estas escenas no me divierten poco ni mucho.

El tío de aquel esposo honradísimo tro-naba también contra el drama, porque en él aparecía un usurero, y un personaje tenía el atrevimiento de llamarle ladrón. ¡Ladrón un hombre que prestaba dine-ro cumpliendo con todos los requisitos le-gales!

¡Se ha visto injusticia más grande y car-go más gratuito!

Lo que ocurría en el palco de la de X., ocurría también, en mayor ó menor escala, en otros palcos, en las butacas, en el vestíbu-lo y en los corredores; no parecía—según se expresaban contra él—sino que el adulterio imaginado por el autor era el primero que ocurría en el mundo; no parecía sino que todas aquellos señores y señoras eran per-sonas impecables, pertenecientes á una so-ciedad virtuosa, incapaz de delitos, de trai-ciones, de infamias, de apasionamientos y de locuras. La moralidad colectiva, esa moralidad de momento que desaparece en presencia de los actos particulares del individuo, se había apoderado de los espec-tadores, y no faltaba caballero pronto á prostituir á toda su familia por un billete de cien pesetas, que hablase de los san-tos lazos conculcados, y de otra porción

de cosas por el estilo. ¡Oh sagrados rubores de las masas! ¡Qué risibles seríais, si no fuérais, como sois, temibles y perjudiciales! ¡Pobre autor de la obra! A él tocaba la culpa del crimen; era la suya producto de observaciones continuadas; los sucesos llevados por él á la escena, resultaban ciertos; pero el público necesitaba castigar su atrevimiento. ¡No faltaba sino que los autores pudiesen decir en voz alta lo que pasa en la calle! ¿Y la moral?

La obra estaba juzgada, debía morir; y cuando en el tercer acto la mujer enamorada presencia nuevos escándalos de su marido, y siguiendo los consejos de su amante se decide á partir con él, rompiendo el yugo ominoso que la sujeta á un miserable, el público entero protestó, y la de X, arrojando sobre sus hombros desnudos un abrigo de pieles que la había regalado tres días antes el banquero, se puso en pie, y dijo muy alto, para que todo el mundo lo oyese:

—¡Esto es insoportable! ¡Vámonos de aquí!

Y salió altiva, arrogante, apoyada en el brazo del banquero y haciendo gala de su honradez.

Porque lo que ella diría para sus aden-

tros, al acostarse sola ó acompañada, no importa por quién:

—Una cosa es que una falte á sus deberes, y otra que se lo cuenten en el teatro.

Lo primero es un hecho vulgar y corriente.

Lo segundo un escándalo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



FIN DE MES

HACE poco tiempo atravesaba yo la plaza de la Bolsa, y excuso decir que la atravesaba casualmente, diciendo que ni vivo allí, ni mucho menos tengo papel que vender y valores que cotizar; pero es tan curioso el aspecto que por sí misma, y por cuanto en ella ocurre, ofrece la mencionada plazoleta,

que muy pocas personas de cuantas la cruzan dejan de pararse un momento para contemplarla; en ella hay entretenimiento para el curioso, motivos de estudio para el observador, y asunto para una novela realista de primer orden.

El estrecho y sombrío pasadizo que desde el Banco conduce al edificio de la Bolsa, representa, comparado con las anchas y alegres calles que lo circundan, lo que un desfiladero angosto y temible en un camino de travesía; y así como en presencia del desfiladero acuden á la mente del hombre obligado á cruzarlo imágenes medrosas de bandidos que acechan su paso con el fusil entre las manos y la blasfemia entre los dientes, dispuestos á todo y ajenos á la compasión y á la piedad, así también, al internarse en la callejuela de la Bolsa, siente uno recelos invencibles y lleva inconscientemente la mano al sitio de la levita donde se guarda la cartera.

Claro es que semejantes recelos no tienen base lógica alguna y constituyen un simple fenómeno imaginativo. Las personas que á la Bolsa y sus alrededores concurren, son gentes honradas, incapaces de una mala acción, y muy cuidadosas en lo que á la observancia de los preceptos legales respecta; todo allí es correc-

ción, formalidad, respeto, y no hace falta que intervenga, como en el camino, la Guardia civil.

En la Bolsa se trafica con los valores públicos, y cada uno procede usando de su perfecto derecho, así en la calle, donde se reúnen grupos por entre los cuales circulan de tiempo en tiempo noticias y telegramas, como en el interior del edificio, en aquel patio con honores de sala, desnudo de muebles y lleno por el vocerío desenfrenado y vibrante de los bolsistas que venden y compran, anunciando entre suspiros de angustia los unos, sonrisa de esperanza los otros, juramentos de vencido éstos y carcajadas de triunfador aquéllos, el curso de las operaciones y su alcance; grupos heterogéneos, dignos de un pintor genial, los que allí se forman; montón confuso y vario, en el que pululan todas las clases sociales, y que guarda perfecta semejanza con los grupos de jugadores que, anhelante la fisonomía, inquietas las pupilas, crispadas las manos, fiando en éstas ó en las otras probabilidades, pero aguardándolo todo de los caprichos de la suerte, se reúnen en torno de una mesa de *baccarat* y siguen el movimiento de las cartas, de aquellas cartas negras y rojas que parecen pintadas con la sangre de los suicidas y con la tinta

que sirve para firmar hipotecas y pagarés.

También los bolsistas juegan; también lo hacen con más ó menos probabilidades de éxito; quién confiando en un cambio de Gobierno, quién en una Real orden, quién en los efectos de un discurso, quién en un motín, quién en la muerte de un personaje; y todos juntos se muestran ansiosos de lograr la victoria en esta lucha del interés, donde giran, impulsados por el vértigo del combate, desde el banquero que tiene fondos de resistencia y agentes hábiles y buenas relaciones en los centros políticos, hasta el burgués iluso que confía á la *alta* y á la *baja* el fruto de largos años de trabajo; todos se revuelven en ese torbellino de ganancias y pérdidas, como se revuelven entre las bullidoras aguas de un torrente troncos robustos, árboles enanos y débiles ramas que, impulsados por la sacudida monstruosa de las aguas, tan pronto suben á incomparable altura, siendo admiración de los ojos, como se precipitan con estruendo, perdiéndose en sombrías é ignoradas profundidades.

Es la de aquellos hombres, una fiebre incesante de dinero, fiebre que aumenta en grados cuando se aproxima el *fin de mes*, el plazo terrible que trae aparejada la ruina de muchos y la fortuna de unos pocos.

Entonces son de observar, como nunca, los latidos de esa muchedumbre que considera el enriquecimiento como el fin exclusivo, único y providencial para que el hombre fué creado. ¡Felices los que tal piensan! Con ser tan difícil enriquecerse, es, de todas las ambiciones y de todos los deseos humanos, el más fácil y el más posible de lograr.

Día de *fin de mes* era, indudablemente, aquel en que yo atravesaba la plaza de la Bolsa. Así parecían indicarlo la extraordinaria aglomeración de bolsistas y la ansiedad suprema reflejada en los semblantes de los individuos apiñados junto á la verja del edificio de la Bolsa. A 75,25 gritaban muchos, y era de ver el contraste que al escuchar tales palabras ofrecían los rostros de vencidos y vencedores.

Mientras ellos se arremolinaban contra la verja para recoger los últimos latidos de la cotización, un hombre joven, desaharrado, de andar vacilante y mirada incierta, desembocaba por el angosto callejón que á la plazoleta de la Bolsa conduce. La miseria había grabado en él su marca de fábrica, marca brutalmente impresa en el traje

del desconocido, si traje se puede llamar una gorra mugrienta, una camisa deshilachada, rota y llena de agujeros por todas partes, como si tuviera á gala descubrir la piel linfática de un pecho enflaquecido, al través de la cual se dibujaban las costillas como se dibujan las vigas carcomidas en las paredes de una casa á medio derribar; traje irrisorio, dignamente rematado por un pantalón hecho jirones y por unas botas que mejor servían de peso que de abrigo á los pies encargados de sustentarlas. Y si del traje se dirigían los ojos hacia el dueño, aún era más triste y más cruel el espectáculo; aquel semblante flaco y livido, aquellas pupilas sin vida, aquellos pómulos salientes, aquellos labios blanquecinos y secos, aquel tronco enfermizo, del que se apartaban en actitud de súplica dos manos encogidas y temblorosas, representaban una síntesis tan expresiva de hambre, de agotamiento y de miseria, que era difícil, muy difícil, casi imposible, no conmoverse en presencia suya.

El hombre se dirigía al compacto y oscilante grupo que formaban los bolsistas. — ¡Hace tres días que no como! — gritó, todo lo que puede gritar una voz que se extingue. — ¡Por caridad, señores!

Los que estaban en el centro del grupo

ni siquiera oyeron la súplica del infeliz; los más próximos á él volvieron la cabeza, sorprendidos de que en aquel sitio sonase una voz de hombre para otra cosa que para manifestar el estado de la cotización.

— ¡Déjenos usted en paz! — exclamó uno de los jugadores. — ¡Vaya un momento oportuno de pedir limosna! — Y le volvió la espalda.

Los otros hicieron lo mismo. ¿Por malicia? No. Cualquiera de ellos hubiese dado la limosna pedida; pero en aquel instante de egoísmo, de lucha y de vértigo, todo lo que no fuera las oscilaciones de la Bolsa constituía un desacato y un estorbo.

El pobre, el mendigo, no respondió nada; en su rostro se reflejaron la desesperación y la angustia; pálido, mucho más pálido que lo que estaba al entrar en la plaza, oscilando sobre sus piernas flacas y angulosas, retrocedió dos pasos y extendió las manos con objeto de apoyarse contra la pared; pero antes de lograrlo le faltó el equilibrio, y cayó desplomado sobre la acera.

Una mujer, que salía de una casa inmediata, se acercó al hambriento, dispuesta á socorrerle; algunos de los del grupo dirigieron los ojos hacia el lugar de la ocurrencia, pero ni uno de entre ellos se acercó al mendigo; más que la desgracia de éste, les atraían y les dominaban las voces de los

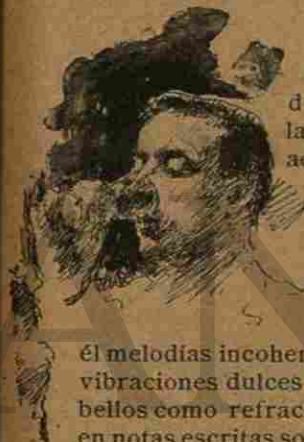
corredores, que gritaban sin interrupción:
¡A 75,25! ¡A 75,25!...

¿Qué significaba para ellos, junto a semejante noticia, síntesis suprema de sus esperanzas, y de sus ambiciones, el desdichado obrero tendido sobre las baldosas de la calle? Nada, absolutamente nada.

Ellos estaban allí para cotizar valores, y la caridad es un valor que no se cotiza en el mercado de la Bolsa.



ALEGRIAS



Sonaban las guitarras, diestramente tañidas por las manos groseras de aquellos dos mozos de negros ojos y tez oscura, los cuales mozos, hiriendo con sus dedos ágiles las cuerdas del popularísimo instrumento, arrancaban de él melodías incoherentes, sonidos extraños, vibraciones dulces y ecos armoniosos, tan bellos como refractarios á ser convertidos en notas escritas sobre el pentagrama de un compositor; música que parece formada con todos los rumores que produce el viento al quebrarse entre las ramas de los olivos, entre el azahar de los naranjos, entre las hojas de las rosas y entre las ondas de los ríos que brotan y florecen y viven y murmuran en los campos, en los huertos, en los jardines y en las riberas de nuestra hermosa

Andalucía, de esa tierra tostada por un sol de fuego, cubierta por un dosel infinito y azul, y poblada por una raza muelle, lasciva y soñadora; raza poética como los árabes, que cruzaron el Estrecho para formarla, y como ellos también vengativa, fatalista y sensual; música que posee todos los tonos, porque abarca todos los sentimientos; que tan pronto se queja y solloza con acordes henchidos de melancolía y de ternura, como se desvanece con las ondas del aire, suspirando amores, placeres y deseos, ó se pierde en el espacio, retozona y alegre, semejante á las voces de esas mozuélas que ríen y corren, y cantan por los sembrados, con la sonrisa de la inocencia en la boca y el germen de todas las pasiones en la sangre.

Retozona á ratos, á ratos enloquecedora y lúbrica, era la música que entonces arrancaban á las guitarras aquellos dos hombres: y mientras otro hombre, moreno como ellos y como ellos joven y fuerte, entonaba coplas incorrectas y bellas. (también hay belleza en la incorrección, aunque algún crítico opine lo contrario), una muchacha de dieciocho abriles, con el pelo lleno de flores y los ojos de luz, recogía su falda de vistoso percal, disponiéndose á bailar sobre el angosto tablado que improvisa-

ron en el comedor del cortijo las necesidades del momento, y clavaba sus ojos en un mancebo que, algo apartado de la fiesta, la contemplaba con ansia, con deleite, ajeno á las risas y á las murmuraciones de los varios grupos de hombres y mujeres allí reunidos, por entre los cuales circulaban de tiempo en tiempo sendos vasos de oloroso y transparente Montilla.

—Vamos, Julia, exclamó el arrendatario del cortijo, encarándose con la muchacha; baila esas *alegrías*, que estamos rabiando por verte.

—¡Allá va! respondió la joven, haciendo ademán de levantarse.

Pero antes de que lo consiguiera, el cantor, inclinándose hacia ella, murmuró á su oído las siguientes palabras:

—Te advierto que me estoy enterando de todo. Mira lo que haces, y ten mucho cuidado conmigo.

—¿Qué dices? replicó Julia, con fingido acento de sorpresa, y en voz baja también.

—Lo que digo. No mires más adonde está Curro, porque vamos á tener jarana.

—¡Ay, qué gracioso! ¡Ni que tú fueras mi marido!

—Pues no mires.

—Pues miraré.

El la dirigió una mirada de celos; rasguearon los *tocadores* en sus guitarras, y mientras el desdenado cantor entonaba una copla, la mozueta se puso en pie.

Era hermosa, con esa hermosura de las meridionales, que abrasa la sangre y sacude los nervios; los rizos de su pelo, cuidadosamente peinado y cubierto de flores, se desbordaban por su frente, avaros de acariciar aquellos ojos negros, sombríos, apasionados y voluntariosos; su naricilla, remangada y corta, daba expresión de juvenil descaro á su rostro de tez morena, en el que se destacaban, para embellecerlo, una boca de labios rojos y atrevidos y una dentadura blanca é igual. Fresco y gentil semblante, al que hacía el resto del cuerpo honrosa competencia, porque todo era de admirar allí, así la anchura de los hombros como la robustez del seno y la flexibilidad del talle, del cual se desprendían dos líneas vigorosas que, ensanchando hacía el arranque de las caderas y esparciéndose luego en curvas enérgicas, mal encubiertas por los pliegues del vestido, remataban sobre unos pies pequeños y bien contorneados.

Julia era hermosa, y más hermosa pareció aún cuando, adelantándose sobre la tarima, con la cabeza echada hacia atrás, los

brazos en alto, la sonrisa en la boca y la lujuria en las pupilas, dió comienzo al baile, que las guitarras acompañaban con sus compases. Los pies de Julia, siguiendo los acordes del instrumento músico, herían el piso de madera con rítmico é intermitente pataleo; su cintura describía en el espacio caprichosas ondulaciones; movíanse sus caderas voluptuosamente, y sus manos, subiendo por encima de la cabeza como si trataran de coger las flores en ella prendidas, se retorcían con lentitud, mientras su cuerpo, doblándose en arco, dejaba al descubierto las redondeces del seno y los primores de la garganta. Danza carnal y lúbrica que hizo prorrumpir en gritos de entusiasmo á la concurrencia, en un suspiro de angustia al cantor, y en una sonrisa de placer á la joven. Sí: Julia estaba muy satisfecha, porque el hombre que la contemplaba al principio desde un extremo de la sala, fué adelantándose poco á poco, atraído por su imagen hechicera, y no detuvo su marcha hasta que, llegando junto al tablado, se apoyó en él y clavó sus ojos, enardecidos por el deseo, en la hermosa criatura que tenía enfrente.

Pero donde el entusiasmo del público no tuvo límites, fué al llegar la *falseta*, ese momento del baile durante el cual enmude-

ce el cantor, cesa el taconeo de los acompañantes, y sólo se escuchan los acordes de la guitarra, los sonidos melancólicos, apasionados y profundos que brotan de las cuerdas heridas por las manos del tañedor y el ruido acompasado con que se deslizan sobre la tarima los ágiles pies de la bailaora, describiendo, tan pronto en el suelo como en el aire, curvas inciertas, intangibles y rápidas. Julia era maestra siempre en este género de baile, mezcla de la danza árabe y de la danza egipcia, ardiente como la una y simbólico como la otra; pero entonces fué más que una maestra; fué un sueño de voluptuosidad y de lascivia, encarnado en el cuerpo de una mujer. ¡Y cómo no serlo, si tenía delante á Curro, al hombre objeto de su cariño, y Curro la contemplaba con ojos ávidos y relampagueantes de amor!

Para él era su baile; por él quería lucir todas las maravillas estatuarias de su contorno; y producía asombro á las pupilas y sacudidas eléctricas en los nervios verla recorrer la tarima, con el cuerpo doblado por la cintura, el busto saliente, los brazos abiertos y la cabeza flexionada sobre la nuca; actitud provocadora, bien pronto sustituida con otra, pues eran los movimientos de la joven tan varios como rápidos y

artísticos; unas veces retorció su cuerpo, doblándolo hasta el suelo, tocando la tarima con sus manos, medio arrastrándose por ella como gata cariñosa que se des-pereza y juguetea á los pies de su amo; otras se erguía con ruda y salvaje majestad, dominadora, absorbente, dueña absoluta de todo cuanto la rodeaba; otras recogía el vertido, ciñéndoselo por delante para remarcar las líneas esculturales de su cuerpo; otras lo ahuecaba para que aquellas líneas fuesen adivinadas más por el pensamiento que por los ojos; tan pronto se balanceaba con perezosa lentitud, como agitaba sus caderas con movimientos desapoderados y frenéticos. Era, en fin, no una mujer, no un sueño, como antes dije, sino la imagen espléndida de la carne, con todas sus palpitaciones, con todas sus sublimidades y con sus impurezas todas, agitándose, estremeciéndose y ofreciéndose en su eterna hermosura y en incontrastable poder á los ojos absortos de la concurrencia.

Todo esto lo veía Curro, por cuyos labios secos se escapaba el aliento abrasado, y también lo veía el cantor que, lívido, siniestro, siguiendo con los suyos la dirección fija que tuvieron durante el baile los ojos de Julia, murmuró con voz amenazadora y terrible cuando ella pasó cerca de él:

—¡Ten cuidado! ¡No mires más, porque no respondo de mí!

Ella dió otra vuelta al tablado con las manos en alto y taconeando sobre la tarima; sonrió á Curro, y en el momento en que llegaba junto al celoso y mal humorado cantor, exclamó por lo bajo, con su vocecilla provocadora y burlona:

—¿Qué decías?

—¡Que tengas cuidado con lo que haces!

—¡Bah!

—¡Julia!

La joven hizo un gesto de burla, de desprecio, y adelantándose hasta el sitio donde estaba Curro, mostrándose ante las absortas pupilas del mozo con sus mejillas encendidas, sus ojos entornados, su boca entreabierta y su cuerpo nervioso y jadeante, alzóse sobre las puntas de los pies, abrió los brazos como si tratara de estrecharle entre ellos, encorvólos después hacia adentro, y colocando la punta de los dedos en sus labios carnales, le envió un beso frenético, acariciador y delirante.

El cantor se puso lívido; incorporóse bruscamente en su silla, metió su mano derecha en la faja, y sacándola armada de un puñal, lo hundió hasta el mango en el costado izquierdo de la joven.

Julia cayó de bruces sin pronunciar una

palabra, sin proferir un grito. En aquel instante de silencio general y de mudo asombro, se oyó un sonido amargo como una maldición y doloroso como un lamento.

Era la última nota de la guitarra, que se desvanecía en el aire.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

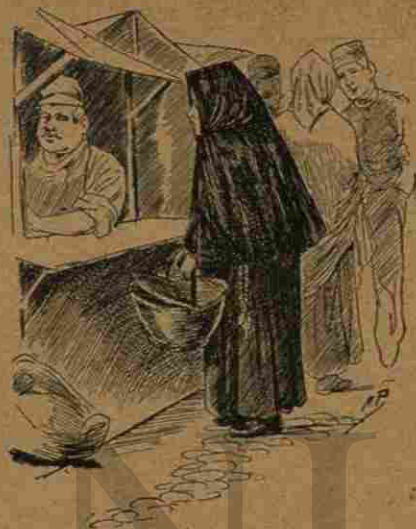
"ALFONSO REYES"

1445 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE E



EN LA PLAZUELA

ERAN las siete de la mañana, hora de mercado en todas las plazuelas de Madrid, cuando yo atravesaba la del Carmen, no á título de madrugador, sino en clase de vecino trasnochado, deleitándome con el pintoresco espectáculo por ella ofrecido en aquel instante de alegre barullo y de rego-

cijadas transacciones. Madrid entero, con el estómago vacío y la boca abierta de par en par, aguardaba el retorno de sus emisarios para satisfacer su apetito, reparar sus fuerzas y proseguir su vida de amarguras y de placeres, de esperanzas y de ambiciones. La asendereada cortesana se desperezaba sobre su lecho, dispuesta á engullirse el desayuno.

Y á fe que era la plazuela modelo á propósito para las impresiones de un pincel colorista. Las vendedoras al por menor, con el pañuelo de percal al cuello, la falda recogida y el cesto de legumbres en la cadera, interrumpían el tránsito voceando su mercancía y metiéndola por los ojos de los transeúntes; tablajeros, pescaderos, fruteros y verduleras se desgañitaban en sus puestos respectivos para atraerse los favores de la parroquia; las criadas, con la mano en la cesta y con el pensamiento en la sisa, regateaban el precio de los víveres, volviendo amorosamente los ojos hacia el soldado ó el chulo que las servía de escolta, saboreando la esperanza del futuro almuerzo y de la diaria cajetilla; tipos miserables, con más hambre en el cuerpo que monedas en el bolsillo, bordeaban de cuando en cuando los bulliciosos grupos para constituir la nota triste en aquel concierto

de apetitos voraces; y de todas partes salían á la vez gritos, interjecciones, cuchufletas, ruido de plata que se cambia, de calderilla que se cuenta, de acero que desgarrá la carne, y de carne partida que cae á golpe sobre el mostrador. Aquello era un himno, himno vibrante y estruendoso, ento-



nado por la multitud ante el estómago de una ciudad.

Yo contemplaba el espectáculo con ojos distraídos, y no hubiera salido de mi distracción en mucho tiempo, á no sacarme de ella una figura que contrastaba por modo absoluto con aquel enjambre de pañuelos de seda, de mantones de color, de risas francas y de rostros felices. Era esta figura la de una religiosa que, sujetando entre sus manos un saco de lona, se detenía fren-

te á los puestos, más como quien suplica que como quien contrata.

Yo soy enemigo declarado, y por serlo me felicito, de las instituciones religiosas; encerrarse entre cuatro paredes para vivir la vida egoísta de la contemplación y del aislamiento, me ha parecido siempre digno de estigma y de censura. La castración moral, el olvido del sexo y el odio al mundo, son determinaciones criminales si para violentarlas se adoptan, estériles é ineficaces locuras del espíritu cuando honradamente se acometen y cumplen; pero en mis hostilidades hago una excepción para las religiosas mendicantes y para las hermanas de la caridad. ¿Por el hábito que visten? No; por los oficios que desempeñan: socorrer al menesteroso y aliviar al enfermo son actos que, realícelos quien los realice, merecen el aplauso de todo el mundo.

De una religiosa mendicante se trataba entonces; pertenecía á esas congregaciones que imploran la caridad pública en beneficio de los pobres y desvalidos, y en tal faena se empleaba cuando llegué á verla y á sentirme atraído por la expresión humilde y resignada de su rostro.

Buena ocasión sería ésta de describir á la religiosa, para un romántico; el cual diría seguramente que era bella, que la blan-

ca toca encuadraba á maravilla en su rostro pálido y enflaquecido por los desengaños de la tierra y por las privaciones del claustro, y que su imagen reunía, á los encantos de la mujer, los contornos puros y seráficos del arcángel. ¡Buena ocasión para lucirse describiendo líneas y contornos estatuarios! Pero yo soy amante de la verdad, y debo decir que la religiosa era fea, muy fea.

Su cuerpecillo enclenque y mal configurado, sólo dibujaba ángulos y deformidades en el pardusco manto de estameña que lo cubría; y la toca negra, plegándose antiestéticamente sobre sus sienes, para caer á lo largo y formar un estrecho nudo en la garganta, dejaba al descubierto un cutis picado de viruelas, una nariz larga y torcida, una boca de labios estrechos y desiguales, unas encías desdentadas y una barba prominente y aguda; sólo sus ojos, desprovistos de pestañas, brillaban con dulzura infinita entre sus párpados. La infeliz mujer estaba coja, á mayor abundamiento de fealdades.

Mientras yo la miraba, ella se detuvo frente al puesto de un tablero, hombre robusto, de fisonomía pletórica, de ancha frente y hombros hercúleos, el cual, con el velloso pecho descubierto por la abertura

de la desabrochada camisa, remangados los brazos y empuñando una enorme cuchilla, descuartizaba una vaca, arrojando sobre el mostrador pedazos de carne ensangrentada y fresca.

La religiosa, metiéndose por entre los parroquianos, se encaró con el tablajero y le dijo con tono humilde:

—¿No hay nada para los pobres?

El tablajero alzó la vista, miró á la recién llegada de arriba abajo, y encogiéndose sus atléticos hombros, prosiguió su tarea sin responder una palabra.

—¿No hay nada para los pobres, amigo mío? repitió la mendicante, adelantando un paso.

—¡Para los pobres! repuso el carnicero sin dejar su puesto y apoyándose brutalmente en el cuchillo. ¡Para los pobres! ¡Para vosotras, querrás decir, bruja! ¡Si te figurarás que no os conocemos aquí y que váis á engañarnos como á tontos! ¡Cuidado si tienen gracia estos demonios de mujeres! ¡Para los pobres! Para engordar vosotras y engordar á los frailes; eso es lo que hacéis, y á los pobres que los parta un rayo. Digo que no hay nada: ¡já engañar bobos á otra parte, que aquí os han conocido!

—¡Y cuidado, añadió volviéndose hacia la gente que rodeaba el puesto; cuidado si es

fea la chupacirios; parece una cucaracha sin patas!

La gente soltó una carcajada de burla, y la religiosa, impasible, tranquila como si no hubiese escuchado la afrenta, repitió de nuevo con voz serena:

—¡Por caridad, señor!

—¿Pero aún está usted ahí? gritó el tablajero. ¿No le he dicho á usted que se vaya? Ea, ¡largo de aquí!

La mendicante siguió en su sitio contemplando al hombre que la insultaba; y éste, enfurecido por aquella muda oposición, exclamó adelantándose hacia el mostrador:

—¡Largo de aquí! ¡Fea, asquerosa, chupalámparas, beata, carlistona, vieja, pedigüeña, insolente!...

La mujer recibió aquel torrente de injurias con los ojos bajos y la vergüenza en las mejillas; y cuando su detractor puso término, por falta de resuello, á tan grosero vocabulario, le dijo con voz dulce, y clavando en él sus pupilas henchidas de compasión y de ternura:

—Bueno; todo eso es para mí; y para los pobres, ¿qué me da usted?

El tablajero se puso lívido: retrocedió dos pasos, vaciló sobre sus pies como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza, y cogiendo un trozo de carne, el más grande,

el más sano, el más jugoso, se lo arrojó á su contrincante, y murmuró, mientras le volvía la espalda con vergonzosa brusquedad:

—Tome usted... Hasta mañana.



EL PORVENIR

La estación de las Delicias ofrecía un aspecto regocijado y bullicioso, un conjunto lleno de color y de luz, un cuadro de tonalidades energicas y de atrevida composición, en presencia del cual dilatábanse con placer los ojos y se estremecía el alma de entusiasmo. Gran turba de gente agolpábase en los andenes para formar grupos originales y vocingleros; esbeltas figuras de mujeres jóvenes que, apiñadas junto á los coches del tren, dispuestos á partir, se contoneaban para destacar los contornos

del cuerpo, ó discutían gesticulando para lucir la dentadura y los graciosos hoyuelos del semblante; ancianas con el traje negro, los cabellos blancos, el dolor en el rostro y la esperanza en las pupilas; hombres vestidos de paisano, de apostura marcial, de tez curtida y canoso bigote; chiquillos traviesos que correteaban enredándose entre las piernas de sus padres: tal era el espectáculo que, acompañado por el rumor de las voces, por el chirrido áspero de los carretones atestados de equipajes, por el resoplido intermitente de la máquina y por el andar brusco de los mozos de carga y descarga, presentaba la estación pocos momentos antes de salir el tren de Toledo; y por entre aquellos grupos, dando la mano á éstos, abrazando á aquéllos, sonriendo á los de más allá, haciendo un saludo amistoso á los unos y un guiño picaresco á las otras, encaramándose por los vagones arriba y promoviendo, al tomar posesión de sus sitios, una algarada ensordecedora, veíase un tropel de mozalbetes, imberbes en su mayor parte, con el rostro rebosando salud, robustez y fuerza, que lucían el uniforme de soldado y se aprestaban á separarse de Madrid. Eran los alumnos de la Academia General Militar.

Terminaban las vacaciones, y ellos, des-

pidiéndose de sus familias, volvían al cumplimiento de sus deberes, á conquistar la estrella de oro ó de plata que iba á transformarles en oficiales del ejército.

El hecho no puede ser más sencillo, carece de importancia; y no obstante, yo me sentía entonces dominado por extraña impresión, como deseoso de abrazar á aquellos muchachos de semblante franco y enérgico que, sin preocupaciones de ninguna especie, sin enseñanzas dolorosas de la vida, sin temores en el alma y sin amarguras en la conciencia, andaban de un lado á otro, ufanos con sus uniformes, satisfechos de su juventud, con los ojos puestos en la novia y la mano en el sable, aún virgen de manchas sangrientas y de mellas brutales. Aquello significaba para mí algo muy grande, muy digno de ser visto con orgullo, estudiado con atención y despedido con entusiasmo. Aquello era el porvenir militar de nuestra patria.

En esos mozuelos imberbes están cifradas todas nuestras esperanzas guerreras, todos nuestros afanes de engrandecimiento, la honra nacional, el prestigio patrio, la independencia de nuestro suelo, la conservación de nuestra gloria y el respeto de nuestro nombre. Dentro de algunos años esa juventud, esparcida en los regimientos de li-

nea, en los escuadrones de caballería, en las baterías de campaña y en las secciones de ingenieros, constituirá la oficialidad del ejército español, y de ella dependerá todo: la disciplina del soldado, el éxito parcial del combate, el clamoreo victorioso del triunfo y el heroico rugido de la derrota. La honra del país va á estar depositada en sus manos. ¿Cabe empresa más grande y responsabilidad más terrible?

Por eso los contemplaba yo en la estación de las Delicias, y al verlos jóvenes, entusiastas, vistiendo con soltura de soldados viejos el flamante uniforme, llenos de ilusiones, desafiando las contingencias de la vida, ostentando todas las cualidades propias á este ejército español, sobrio, entusiasta, audaz, generoso y valiente, estremeciame de gozo y creía que nuestras glorias no han muerto, que nuestras aspiraciones siguen en pie, y que una dirección acertada y un plan de estudios práctico puede hacer de esos jóvenes, que son nuestra salvaguardia en el presente, el instrumento de nuestra grandeza en lo futuro.

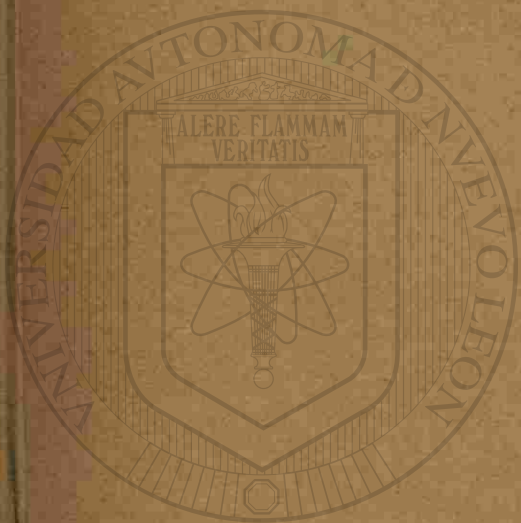
Mientras yo pensaba esto, ellos iban acomodándose en los coches con la imaginación llena de batallas que ganar, de grados que conseguir, de cruces que poner en el pecho, de estrellas que coser á la bocamanga

Los riesgos del combate y el laurel severo de la victoria, veíanlos ellos formando hermosa y halagüeña unidad, y hallábanse entonces dispuestos á derramar la sangre de sus venas á cambio de una hoja de aquel laurel ennegrecido por la pólvora, con el cual podrían dirigirse en busca de la madre viuda, del padre envejecido, de la mujer amada, para endulzar sus penas, contribuir á sus alegrías ó embellecer el idilio de sus amores.

¡Hermosa época de la vida ésta en que se emprende la marcha sin mirar atrás, y se sigue adelante sin fijarse en los que van quedando en el camino!

De pronto oyóse el repiqueteo vibrante de la campana; golpetearon las portezuelas á compás, dió la máquina un intermitente silbido, brotó por la ennegrecida chimenea un chorro de vapor negruzco, asomáronse los alumnos á las ventanillas, escuchóse en los andenes el último adiós, y el tren, majestuoso, potente, seguro de su fuerza y satisfecho de sumole, emprendió el camino de Toledo, llevándose dentro de sus coches, representado por unos cuantos pantalones rojos y por un ciento de muchachos alegres, el porvenir militar de España.



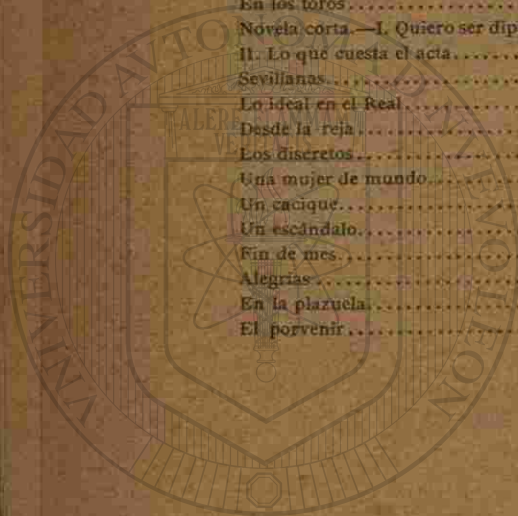


ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria.....	7
Los blanqueros.....	19
Los pudibundos.....	27
Los bohemios.....	35
Nochebuena.....	43
La flor del pantano...	51
El retrato del Rey.....	57
Conflicto franco-alemán.....	63
La epopeya de una cingara.....	69
En la estación.—I. El Jefe.....	79
II. El maquinista.....	85
Su excelencia el galón.....	93
El arte de la Regencia.....	99
Los eunucos.....	105
Un idilio en una jaula.....	113
Un autor al uso.....	121
La nieve.....	127
Críticos espontáneos.....	135
Conjunciones.....	143
Un chico listo.....	149

Páginas.

Primavera	157
1870-1890	165
En los toros	173
Novela corta.—I. Quiero ser diputado.....	179
II. Lo que cuesta el acta	185
Sevillanas	193
Lo ideal en el Real	199
Desde la reja	207
Los discretos	215
Una mujer de mundo	221
Un cacique	233
Un escándalo	241
Fin de mes	251
Alegrías	259
En la plazuela	269
El porvenir	277



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

